LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 2 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 240

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

Cuanto más se profundiza el estudio de las costumbres en la Edad media, mayor convencimiento se adquiere de la triste suerte que cabía á la mujer, aun cuando su buena estrella la hubiese deparado una cuna dorada en la más suntuosa cámara de un viejo castillo. La dureza de la vida podía tener sus encantos para aquellos hombres de hierro que, á falta de mejor distracción, se batían encarnizadamente en campo abierto ó cerrado, uno contra uno, ó ciento contra ciento... Pero la mujer, la mujer nacida para amar y ser amada, la mujer cuya delicadeza física es comparable solamente con la delicadeza de sus sentimientos de esposa y madre, ¿qué papel representaba en el interior de un cuartel llamado castillo, unida á un varón ó barón que, cuando no tenía fortalezas que asaltar, asaltaba caminantes, y madre de un hijo á quien se educaba para que en todo se pareciese á su padre?...

La consecuencia natural de esas costumbres había de ser forzosamente la nostalgia de la mujer y del niño; de suerte, que el autor del cuadro que publicamos ha sintetizado una época, y, bajo la poética forma de una dama y de un infanzuelo, ha hecho la más severa crítica del feudalismo. La sociedad en que padecen de aburrimiento, en que mueren de nostalgia las madres y los hijos de más elevada alcurnia, es una sociedad fuera de su centro, condenada á morir, como el ser sometido á la influencia de la máquina pneumática.

Las figuras de nuestro cuadro revelan perfectamente el estado de su ánimo: en esa mujer, joven, hermosa, opulenta; en ese niño, bello y candoroso; hay un abandono, una indiferencia, un malestar del alma, genuinamente expresados por un artista digno de este nombre.

LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

Este cuadrito, aunque sencillo, ha contribuído mucho á dar á conocer á M. Woods como artista aventajado, creándole cierto renombre entre los aficionados ingleses. Es un estudio de claro-oscuro hecho con inteligencia y soltura, cuyas dos únicas figuras se distinguen por su naturalidad y expresión, que hace innecesaria la descripción del asunto.

¿Qué podrán hacer dos vecinas desocupadas, departiendo mano á mano, sino murmurar del prójimo que habita en el mismo edificio que ellas?

¿Qué ocupación más agradable para cierta clase de gentes que la de sacar á colación faltas ajenas, la mayor parte de las veces sin fundamento ó basadas en simples apariencias?

Que las vecinas de nuestro cuadro se dedican á tan compasiva tarea, es indiscutible: basta observar el interés con que se entregan á su sabrosa plática para comprenderlo así, y para conocer también que tienen descuidadas sus respectivas obligaciones y aun el aseo de su persona por ocuparse seguramente de lo que no les importa.

El cuadro de Woods es un cuadro de género en la verdadera acepción de la palabra.

LA APLICACIÓN, apunte de Werner

Asunto simpático, dibujo correcto, expresión bien definida; tales son las condiciones de este apunte, obra de un artista alemán de envidiable reputación.

CURIOSOS, cuadro de Luis Passini

Passini, á pesar de su apellido italiano, es alemán, mejor dicho austriaco, pues nació en Viena durante el otoño de 1832. Los artistas alemanes tienen una singular afición á los cuadros de género; su tendencia más generalizada es producir un buen número de figuras que representen un sentimiento dado, un impulso común, como lo es la curiosidad en el cuadro que publicamos.

Raras veces, empero, en este orden de composiciones, se consigue un éxito tan completo como el obtenido por Passini con esa escena veneciana, en la cual no hay uno solo de los muchos personajes que la componen, que no se halle en carácter y contribuya al efecto que el artista se ha propuesto. Por debajo de uno de los setecientos puentes de la capital del Adriático, acaba de cruzar una góndola. El autor no ha querido mostrarnos lo que ocurre á bordo que así llama la atención de los transeuntes; lo más probable es que la embarcación conduzca á una de esas familias inglesas que tienen el don de atraerse las miradas de todos los babiecas y de muchos otros que no deberían serlo. La causa de la curiosidad general queda ignorada; pero esa curiosidad reviste tantas y tan expresivas formas, anima de tal suerte el cuadro y ha dado lugar á una colección de figuras tan bien acabadas todas ellas y con tal acierto agrupadas, que de este cuadro de género puede decirse que es un modelo en su género.

LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matías Schmid

Raras, muy raras veces acierta el mejor artista en el conjunto y detalles de una obra, cuando ésta se compone de gran número de personajes dominados por una idea común. Un cuadro, cuando representa algo más que un asunto trivial, es la escena culminante de un drama que, sin salirse de los límites de la naturaleza, ha de hacerse más y más interesante merced á los recursos del arte. Este los tiene poderosos; pero los tesoros del genio son como los tesoros materiales; no están distribuídos por un igual. ¡Dichoso el artista cuyas manifestaciones pueden ser realmente espléndidas!

Esta condición tiene el cuadro de Schmid. La terrible ley de la guerra, los egoístas recelos de la política, la miseria tal vez, alejan á todo un pueblo de sus hogares. Allí, en el fondo, está la aldea abandonada, pequeña, pobre, triste; pero al fin y al cabo, es la patria de los emigrantes, es el lugar en que fueron bautizados, es el lugar donde trascurrió su apacible existencia, es el lugar donde tenían preparada su sepultura. ¡Cómo despedirse tranquilamente de tales sitios, si ellos son arca santa de los recuerdos de la edad inocente y sepulcro de los huesos de sus padres!...

Este sentimiento, esta pena, la ha interpretado Schmid de una manera admirable. En la distinta edad y condición de los personajes se comprende que los emigrantes no son tales ó cuales familias, sino un pueblo entero: este pueblo se halla dominado por un dolor común; pero, ¡cuán diversas formas toma ese dolor según los personajes que lo sienten! ¡Qué grupos tan bien formados, qué actitudes tan bien sentidas, qué lágrimas tan bien lloradas! Desde el veterano impotente para reconquistar la patria, hasta la rapazuela que se aflige de la aflicción de los demás, la pena domina en todos los emigrantes y trasciende al espectador sin esfuerzo aparente alguno, sin recursos de relumbrón, por la simple fuerza del talento de un artista.

Schmid, insiguiendo en lo que decíamos al principio, es de los pintores que pueden dilapidar impunemente los recursos del arte.

ALGO SOBRE ANTROPOFAGÍA

Un lobo á otro no se muerden, dice el proverbio, y aunque no falte quien sostenga que los refranes son axiomas á que ha dado forma la literatura popular y que en calidad de tales no pueden ser desmentidos, fuerza es convenir en que el que encabeza estas líneas está completamente desautorizado por el insaciable apetito de las razas que con orgullo llamamos civilizadas.

Mordiendo con los acerados dientes de la crítica á esos desventurados habitantes de algunos pueblos de América y de Africa que se dan suculentos festines con las más ó menos frescas carnes de sus congéneres, no hacemos más que lo que haría el lobo hincando el colmillo en el lomo de otro lobo.

¡La antropofagía! Palabra que nos llena de horror y que, sin embargo, está más frecuentemente puesta en acción entre nosotros que entre las tribus bárbaras. ¿Quién no ha sentido oprimido el corazón y revuelto el estómago al oirla pronunciar? Y al mismo tiempo, ¿quién no ha sentido los mordiscos del prójimo? El casero, el prestamista, el editor, la suegra... hé aquí diversas familias de antropófagos ante quienes nos quitamos el sombrero y á los que guardamos toda especie de consideraciones sociales.

¿Hay alguna diferencia entre esos seres y los que se adornan con un manojo de plumas colgado de las ternillas de la nariz? Una terrible. Mientras los antropófagos salvajes acaban de una vez con sus víctimas para preparse apetitosos rosbeefs, los civilizados se van comiendo las suyas de vivo en vivo.

Antropófagos por antropófagos, estoy por los primeros. Conste, pues, que al referir á mis lectores algunos de los episodios de la vida de esos masticadores de carne humana, los saludo con la misma delicadeza que guardo hacia los que encuentro todos los días en mi casa y en la calle.

***

Un amigo mío que ha vivido veinte años entre los indios, me ha referido la anécdota siguiente:

En una excursión que hizo al oeste de los Estados Unidos acompañado de otros cinco ó seis viajeros, se encontró una tarde rodeado de una banda de hambrientos Chickasaws. Los belicosos indios lanzaron al aire su grito de guerra y como por encanto los europeos cayeron destrozados por las mazas de los guerreros. Mi amigo, sin embargo, se encontró salvado milagrosamente; una negra, que debía gozar de grandes preeminencias entre los Chickasaws, le tomó bajo su protección, y esto bastó para que nadie se atreviera á tocarle al pelo de la ropa. Aquella excelente criatura se llamaba Ouaití.

Al cabo de algún tiempo el afortunado viajero abandonó la tribu para pasar en calidad de lugarteniente á la de los Muscolgulgos, y dos años después tuvo ocasión de hacer una visita á los Chickasaws.

El jefe de la tribu, cumpliendo con una ley de cortesía, invitó á comer al lugarteniente de sus aliados, y como lo salvaje no parece que quita á lo cortés, fuerza es convenir en que le trató con la mayor cordialidad y le prodigó las más delicadas atenciones.

Animado por la conversación y por lo apetitoso de los manjares, se atrevió al fin á dirigir algunas preguntas á su huésped:

—¿Y aquella simpática Ouaití, qué ha sido de ella?

—¿Ouaití?—preguntó el jefe de los Chickasaws.

—Sí.

—En este momento os la estáis comiendo,—respondió el indio con la más apacible de las sonrisas.

—¿Cómo?... ¿Este trozo que tengo entre mis dedos?...

—Es de ella,—respondió el indio, acompañando sus palabras de una franca carcajada.

Mi amigo debió sentir un instintivo movimiento de repulsión, pero comprendiendo que una indiscreción podía exponerle á servir él mismo de manjar en la mesa de su hospitalario huésped, se contentó con decir estas breves palabras:

—¡Era una excelente mujer!

A lo cual el indio, mordiendo un trozo de los más magros, se limitó á contestar:

—Jamás me ha parecido tan buena como ahora.

***

Un escocés que se dirigía al país de los mormones tuvo la desgracia de caer en medio de una tribu india. Tanto sus compañeros como él comprendieron que lo mejor era captarse las simpatías de aquellos caballeros, de cuyas intenciones no estaban muy seguros, y al efecto partieron con ellos los abundantes víveres que llevaban.

Tal impresión produjo en la tribu la esplendidez de los visitantes, que, cautivados los salvajes por el agradable trato de los extranjeros, trataron de corresponder á sus agasajos.

Aquel momento le pareció al escocés el más favorable para hacer propaganda en pro de los europeos, contra los que los indios sienten una invencible aversión.

—¿Es cierto que no amáis á los que vivimos al otro lado de los mares?—preguntó á un indio que chapurreaba el inglés.

El salvaje hizo un movimiento negativo.

—¿Y por qué?—insistió el natural de Escocia.—Los europeos no tenemos interés en haceros daño. Además, nuestra civilización está mucho más adelantada que la vuestra: en Europa se cultivan las ciencias, las artes, la industria y el comercio y estos ramos son los que dan el bienestar á los pueblos.

—Es posible,—respondió el indio.

—Entonces, ¿por qué no pensáis en estrechar las relaciones con nosotros?

El salvaje pareció reflexionar un instante; pero después, sacudiendo la cabeza como el que trata de desechar un pensamiento importuno, respondió bruscamente:

—No, no, jamás podremos entendernos con semejantes hombres.

—¿Y por qué, amigo mío?—preguntó cariñosamente el escocés, que trataba de encontrar la causa moral de semejante antipatía.

—Porque,—contestó el indio,—la carne de los europeos es salada y á nosotros no nos gusta la sal.

***

Una familia alemana, compuesta del padre, la madre y dos niños de los cuales el uno tenía diez años y el otro doce, se fué á establecer en Kansas.

En una excursión que hizo el emigrado á los alrededores de su morada, encontró bañado en su propia sangre á un infeliz Piel-roja que mostraba en la cabeza las huellas de un terrible golpe de maza.

A pesar de aquella herida, había logrado escapar de los enemigos de su tribu; pero una vez terminado el combate se encontró solo, abandonado y á punto de espirar á causa del hambre, de la sed, y sobre todo de la pérdida de sangre.

El alemán tuvo piedad de él y le recogió en su casa, en la que acabó por mirársele como un individuo de la familia.

Un día, durante la comida, el alemán preguntó al salvaje:

—¿Te encuentras bien entre nosotros?

—Perfectamente,—respondió.

—¿Y puedes decir que nos amas?

—¡Oh! mucho, muchísimo.

—Pero, ¿hacia cuál sientes más predilección, hacia mí, hacia mi mujer ó hacia mis hijos?

—Hacia uno de vuestros hijos.

—¿Cuál?

—El menor.

—¿Y por qué?

—Porque está más gordo y su carne debe tener un sabor más delicado.

Al día siguiente el emigrado se apresuró á despedir al gastrónomo, que sin duda alguna corrió á reunirse á sus compañeros de tribu.

***

Hace poco más de medio siglo, un francés, ganoso de hacer fortuna, se trasladó á Panamá con el propósito de cambiar una considerable cantidad de diversos géneros que había reunido, por las perlas que abundan tanto en aquellas comarcas.

Panamá era entonces un país mortal para los europeos. Los que escapaban á los estragos de la fiebre amarilla tenían casi la seguridad de perecer á manos de los salvajes que poblaban aquellos lugares, trasformados hoy gracias á la civilización difundida por los Estados de la Unión.

Esta era la causa por la que pocos europeos se aventurasen á emprender semejante viaje; pero, como la fortuna es tentadora, no faltaba de vez en cuando alguno que se jugara la vida en una partida que, al propio tiempo que una muerte casi segura, ofrecía también grandes probabilidades de enriquecer á los jugadores de corazón bien templado.

Nuestro aventurero partió para el temible y deseado país donde le esperaban los salvajes y las perlas, la fiebre amarilla y la fortuna.

El principio de su viaje no había podido ser más ven-



LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

turoso. Un día más de camino y podría llenar sus bolsillos de aquellas preciosas conchas que tanto abundan en Panamá.

Mas ¡ay! en el momento en que soñaba en sus riquezas futuras, una banda de salvajes, de los más temibles del contorno, le rodeó, se apoderó de su persona, y después de un maduro examen se resolvió á amarrarle á un árbol.

Después sólo se trató de decidir de su suerte.

Entre los salvajes se encontraba un negro cimarrón que había sido esclavo en Santo Domingo y que chapurreaba un poco el francés.

—Preparaos á morir, porque hemos decidido comeros,—dijo.

—¿Está completamente resuelto?

—Sin apelación.

—Me extraña el capricho.

—Pues es lo más natural del mundo; somos aficionados á los buenos manjares y no es cosa de dejar perder la ocasión de darse un buen banquete.

—¿Y sabéis cómo me vais á comer?

—Vos estáis gordo é indudablemente se os asará á la parrilla.

—Y á los delgados, ¿cómo se les come?

—Cocidos.

—La verdad es que ni lo uno ni lo otro es muy alegre.

—Para vos no; pero para nosotros no puede ser más divertido.

—¿Es decir, que también vos me comeréis?

—Mi parte no se la cedo á nadie.

El francés guardó algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales, dando un salto, como si se hubiera sentido acometido de una súbita inspiración, exclamó dirigiéndose al negro:

—¿Y qué haríais si yo os indicara un medio de comerme de una manera más sabrosa?

—Os quedaríamos eternamente reconocidos,—contestó el negro con la mayor naturalidad.

—Vosotros, hombres primitivos, ignoráis ese arte delicioso, el primero de todos y al que nosotros llamamos culinario. Sabed que hay más de cincuenta maneras de preparar una misma sustancia alimenticia, y puesto que mi suerte está decidida, sería criminal en mí no presentarme á vuestro paladar de la manera más recomendable posible.

—Ese amor propio os honra y os asegura nuestra gratitud. Pero, ¿cómo haréis para condimentaros vos mismo?

—¡Ah diablo!—dijo el francés,—no había pensado en esa dificultad... Pero, hay un medio,—añadió dándose una palmada en la frente.

—¿De veras?—preguntó el negro profundamente admirado.

—De veras. Voy á preparar ante vosotros un animal cualquiera, á vuestra elección; vosotros me veréis condimentarlo, y si encontráis mi guiso aceptable, emplearéis conmigo el mismo procedimiento.

—La idea es excelente,—dijo el negro.—Voy al instante á trasmitir vuestra proposición á nuestro jefe.

Sol de la noche, que este era el nombre del jefe de la horda, aceptó el trato y puso un mono á disposición del francés. Este, que manejaba la cocina regularmente, en calidad de aficionado, le preparó con una salsa tártara capaz de satisfacer el paladar más exigente.

Jamás manjar alguno pareció tan delicado á *Sol de la noche*, el cual, después de chuparse los dedos, como se dice vulgarmente, dijo al improvisado cocinero:

—Estimable amigo, tus votos se verán cumplidos. Serás guisado, según tus deseos, en esta deliciosa salsa, y para probarte que no soy insensible á tu galantería, te prometo cortar con mi propia mano la cabeza del que se encargue de prepararte, si su salsa no resulta tan sabrosa como ésta.

Y volviéndose á los suyos añadió:

—¿Quién de vosotros quiere tener el honor de guisar á nuestro prisionero?

Los salvajes se miraron prudentemente unos á otros, sin atreverse á aventurarse en una empresa que podía tener fatales consecuencias.

—Veo,—se apresuró á decir el prisionero,—que estos caballeros necesitan otra lección. Si Vuestra Gracia lo permite, voy á preparar otro mono delante de ellos.

Sol de la noche aceptó; pero en lugar de la salsa tártara el francés hizo esta vez una salsa picante que pareció todavía mejor que la primera.

—No es esto todo,—dijo el prisionero al jefe de la tribu,—aun sé condimentar de infinitas maneras las viandas. Si queréis, ensayaremos mis talentos culinarios hasta el fin.

—Ya lo creo que quiero,—respondió *Sol de la noche*,—tú serás nuestro cocinero hasta que encuentres uno de los nuestros lo bastante instruído en tu arte para reemplazarte y para que te condimente con el esmero á que tus méritos te hacen acreedor.

Desde aquel momento no hay para qué decir que el francés puso en juego todo su ingenio para encontrar cada día una nueva salsa y prolongar así su existencia.

Por fin, después de cierto puding á las remolachas y de una mayonesa á la Marengo, el jefe indio dió un salto de entusiasmo y convocó inmediatamente á los dignatarios del reino en asamblea extraordinaria.

El prisionero compareció ante los grandes, y S. M., con voz entera y no desprovisto por completo de formas oratorias, exclamó:

—Hombre singular, tú eres de los que hacen comer y no deben ser comidos. En atención á estas razones te hago gracia de la vida, con la sola condición de que continúes encargado de la cocina y procures formar discípulos. Además de esto te nombro desde ahora sucesor de mi trono. Hasta aquí nuestro pueblo valeroso, pero mal alimentado, no ha sido gobernado más que por héroes; justo es que desde hoy comprenda que no hay gran pueblo mal comido.

Todos sus súbditos aplaudieron tan acertado acuerdo. *Sol de la noche* era un rey filósofo.

Desgraciadamente murió con el disgusto de no dejar su corona en las sienes de un digno heredero, porque el francés, desdeñando el cetro, aprovechó la primera coyuntura para volverse á su patria.

***

La moraleja de las precedentes anécdotas no puede ser más que una. Los antropófagos civilizados son mucho más temibles que los salvajes. De los últimos es fácil que le libren á uno el ingenio y la audacia. De los que nos chupan la última gota de sangre vestidos de levita, ¿quién puede librarse?

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

—¿Será V. firme?

—Sí.

—Es que una mujer joven y guapa que llama con los brazos abiertos, tiene mucha, pero mucha fuerza, para con Vds., que no pueden pasar, ¿verdad que acierto? que no pueden pasar sin caricias de mujer... ó hembra...

Se expresaba, entre amenazadora y despreciativa.

—Sin caricias de hembra puedo y podré siempre pasar; sin las de una mujer adorada, dueña de mi alma y de mi vida, no.

Parecía que un apuntador diabólico me iba dictando las palabras.

—Corriente; voy á hablarle á V. de mi novio... y antes de mí... y por fin de V. mismo.

—Sí, sí; hablemos.

—Pues, en primer lugar, conviene que V. sepa que si empleo con V. esta franqueza, que V. para sus adentros calificará de desvergüenza ó poco menos...

—¡Teresa!

—Si me explico así, á la segunda vez de hablarnos,—decía,—es porque hace ya tiempo que le conocía á V... sin conocerle.

—¿Cómo?

—Verá usted. Personas que frecuentan mi casa,—su amigo de V., Leonardo entre ellas,—habían ponderado mucho á mi padre las cualidades de V., lo cual me había despertado alguna curiosidad de conocerle; mi hermana y algunas amigas habían hablado delante de mí de los famosos amores de V. con Calipso, lo cual había aumentado la curiosidad. Cuando le conocí á V. de veras, esto es, personalmente, tuve una de las ideas, de las perversas ideas, lo confieso, que suelen asaltarme, la de indisponer á V. con Calipso. Después sentí cierto deseo de estudiarle á V., para lo cual apelé á cierta coquetería y le otorgué larga conversación. Ahora me interesa V. de un modo, y por causas que V. mismo no puede adivinar todavía, que preveo que mi cariño no ha de acabar nunca.

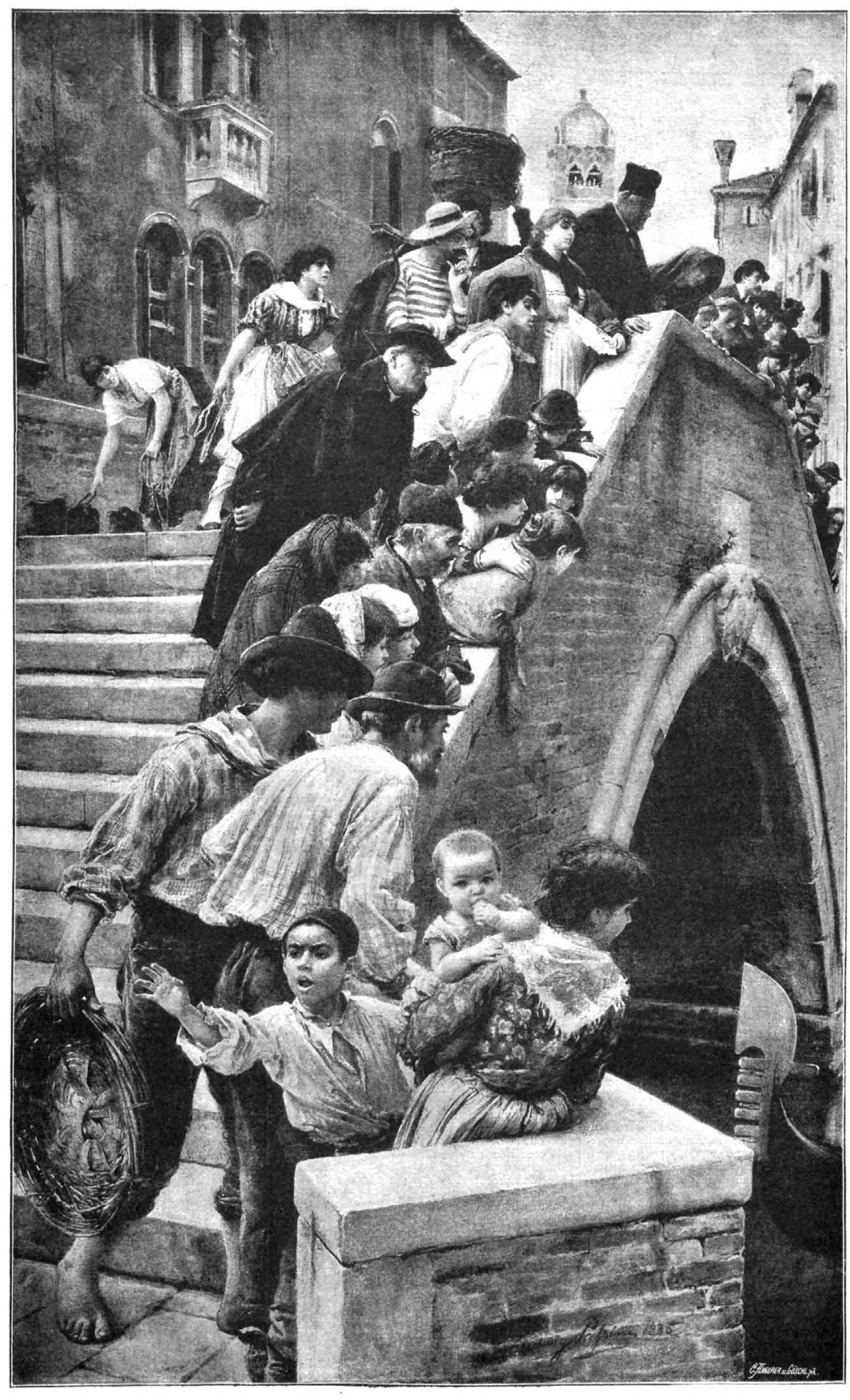
—¡Cómo Teresa! ¿Usted de verdad me quiere?

—¿Por qué no? Oígame V. atento, porque importa.

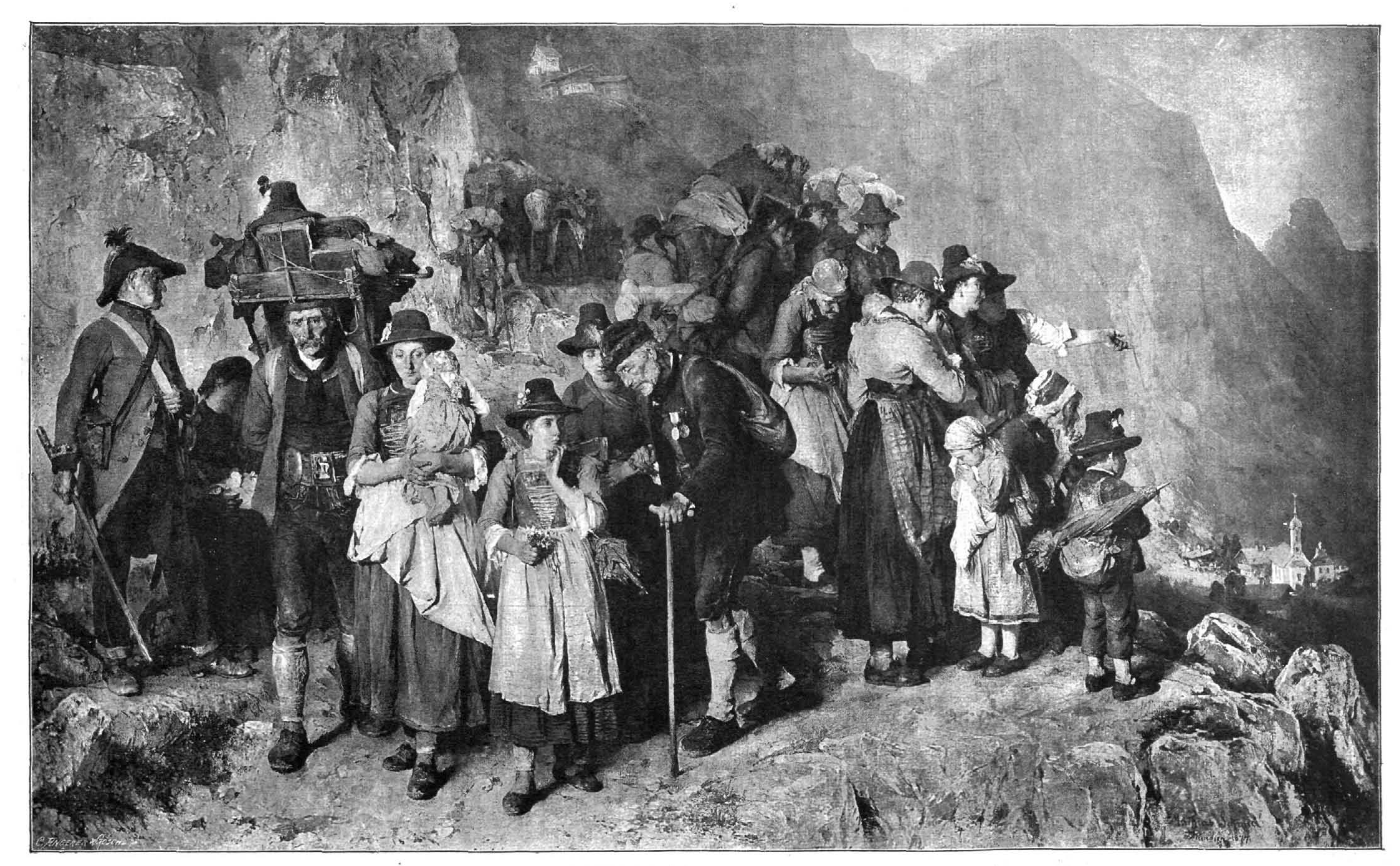


LA APLICACIÓN, apunte de Werner

He recibido una educación que dió resultado completamente distinto del que mi buen padre se proponía. Encierro, devociones, lecturas místicas, recato estrechísimo,



CURIOSOS, cuadro de Luis Passini



LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matías Schmid

cuanto se me impuso hasta los veinte años, sólo sirvió para enardecer mi sangre que me bulle siempre en las venas como fuego...

Pronunció esta confesión de un modo y la acompañó de una mirada tal, que yo á mi vez sentí como una llamarada que me envolviese de pies á cabeza.

– Leía devocionarios, – prosiguió Teresa, – por ejemplo, el mes de María, y sólo reparaba en las ternezas y cariños que en dulces coplas dirige á la Virgen el autor. Cogía las obras de Santa Teresa y olvidando sus oraciones y sus cánticos místicos, se hincaban como clavos en mi memoria versos como aquellos que dicen:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí,
Y yo soy para mi amado.

Se me vino á las manos la Sagrada Escritura un día, y hojeándola, me encontré con el «Cantar de los Cantares.» ¡Qué revolución produjeron en mí las voces ardientes y apasionadas de la Sulamita! ¿Piensa V. que me sirvieron de algo las notas? de nada. Devoraba yo una y cien veces los versículos en que ella llama á su amado con una pasión y un entusiasmo que á mí me abrasaban hasta la mano con que sostenía el libro... Y así con todo cuanto leía ú oía ó aprendía... Hay que reconocerlo y confesarlo: mi padre me educaba con gran cuidado para el cielo y á mí me atraía cada vez más el infierno...; si infierno es, como debe de serlo, el amor...

Calló un momento Teresa que había dicho las últimas frases con voz queda, pero con expresión vehemente y á la vez sombría. Yo la contemplaba silencioso y trastornado.

– Llegué así á los veinte años. Entonces, desde el caserón que habitábamos en un pueblo de Navarra, donde no veía más que á curas, labriegos y antiguos jefes del ejército carlista, nos trasladamos á Madrid. Mi madre se había mostrado siempre completamente rehacia á este proyecto; profesaba verdadero horror á la corte; decía que era la Babilonia prostituída de los libros sagrados; en fin, que no había que pensar en hablarle del asunto. Pero mi madre murió, y mi padre, que no era en este punto tan exagerado y que comprendía que el centro de dos muchachas de buena familia no es un lugarón navarro, ni había allí de casarnos según convenía, nos trajo á la corte, – aquí, donde residimos hace unos seis años. – Tengo veinticinco cumplidos, sépalo V., – añadió alzando la cabeza con orgullo, segura de ostentar la plenitud de su belleza y de su vida... – En Madrid conocí hace un año á mi novio.

– ¡Ah! – interrumpí.

– Sí; ahora vamos á la segunda parte. Mi novio puede citarse como modelo de caballeros; es de buena presencia; tiene talento é instrucción; pertenece á una noble familia, posee abundante caudal... No había el menor pretexto para no quererle y en efecto, le quise.

– ¡Maldito sea! – murmuré entre dientes.

– Tanto más, – continuó Teresa como si no me oyese, – cuanto que él, desde la primera vez que habló conmigo, – y fué por cierto en un baile, – se enamoró de mí con la formalidad y el candor (son las palabras propias) con que se enamoran las personas como él... Pero mi novio es liberal rabioso mientras que mi padre, como sabe V., es furioso absolutista; es también sabido que D. Ramón de Fueros, cumplido y cortés cual ninguno en sociedad con todo el mundo, está firmemente resuelto— y es muy lógico,—á no casar una hija suya con persona que profese las ideas que él más aborrece. Quiere, pues, decir que mantuvimos ocultas nuestras relaciones, prestándose él— con una obediencia y una exactitud militares,—á no verme más que tales y tales días y á estas ó las otras horas... Es hombre, ya lo he dicho, muy formal; nunca se le ocurrió cometer una imprudencia... Tenía amistad con mi familia y visitaba mi casa alguna vez; los jueves, por supuesto, no. Yo, por mi parte, mientras me era posible, no salía á la reunión.

Una tarde vino á casa con pretexto... no, con el motivo verdadero de ver á mi padre y tratar no sé qué asunto con él. Hizo la casualidad, ó el diablo, que Angelita estuviera en cama un poquillo indispuesta, y mi padre en la calle, como á aquella hora siempre solía estar, pero el criado que le vió salir no fué el mismo que abrió á mi novio é hizo pasar á éste al despacho.

Allí en vez del padre se encontró con la hija, conmigo, que estaba de bata, medio despeinada y no muy ceñida, como en mi casa y sola... Al verme, así..., de improviso, aquel bravo caballero, tan enérgico en sus cosas, de tanto valor y talento, se quedó cortado y confuso; balbuceó palabras de excusa é iba á retirarse... Tuve que detenerle y que decirle que supuesto que la suerte nos procuraba aquel rato, no lo debíamos desdeñar. Siempre confuso, se sentó junto á mí, y rehaciéndose, empezó á hablarme con una pasión, con una vehemencia que realmente me conmovieron... más aún que los versos de Santa Teresa y los versículos de la Sulamita...

Había venido él entrada la tarde y engolfados en la conversación empezó á faltar la luz cuando mayor era el fervor de mi galán y más fervorosa estaba yo escuchándole. «Nos quedamos á oscuras, – murmuré sin moverme. – ¿Y qué importa? – replicó él, – estás con un caballero... y tan segura como en plena luz y en plena calle.» Tanta hidalguía me abrumó; le dí las gracias, y me iba á incorporar para despedirle... porque era ya inconveniente seguir así, cuando oí al lado, en el gabinete, la voz de mi padre que me llamaba.

De un salto acudí al llamamiento.

– Haz salir á ese hombre, sin que lo note nadie, – me dijo con voz acre y dura, – y ven á mi cuarto.

Obedecí sin replicar: mi novio quería presentarse á mi padre, defender mi honor, sostener que no había osado en lo más mínimo, que... Yo le dije que no se apurara de tal modo, que saliera aprisa y que ya le avisaría de lo que ocurriese.

Apenas lo puse disimuladamente en la escalera, acudí al cuarto de mi padre. Mediaron pocas palabras, y todas frías, entre los dos:

– ¿Te quiere ese hombre?

– Sí.

– ¿Se casaría contigo?

– Sí.

– Pues casaos.

– ¿Lo exige usted?

– ¿Es que no quieres casarte con él?

– No.

– En buen hora; mas no pienses ni hoy ni nunca casarte con otro. O él, ó nadie. ¿Entendido?

– Sí.

Nada más dijimos ni era menester, porque los dos nos conocíamos perfectamente.

Mi novio no supo nunca esta conversación ni tampoco, – porque yo le hice creer lo contrario, – que mi padre me había sorprendido á solas y á oscuras con él, y que me tenía por deshonrada... Por otra parte, mi mismo padre le saludó cual de costumbre cuando le vió; le invitó á comer algunas veces y permitió que continuara visitándonos. Yo seguía hablando con él por el balcón, – por este mismo,—como antes, aunque con poca frecuencia... porque ya no me probaba el relente...

Poco tiempo después tuvo el novio que emprender un viaje; yo me mantuve un poco retraída y un mucho fastidiada: una noche salí á la tertulia por orden de mi padre y por conocer al... amigo de Calipso; V. me habló dos veces, enfermó Calipso, V. ha venido aquí y yo aquí estoy..

Calló Teresa y quedóse mirándome con la brava fijeza que le era propia. Estaba hermosísima; llevaba una bata de color muy claro, si no blanco, y sobre los hombros, á guisa de abrigo, un chal de crespón rojo con flores negras, que acentuaba más su belleza enérgica y propiamente amenazadora.

Había escuchado yo anhelante su narración y sin que me asaltara la menor sospecha acerca de su verdad; había en sus conceptos una audaz franqueza y en su acento una energía que no permitían dudar.

– ¿Me consiente V. algunas preguntas? – dije yo apoyando mi frente en los hierros del balcón, al nivel de la suya, pues Teresa seguía reclinada, como indiqué, sobre un cojín y tan cerca de mí, que aspiraba yo perfectamente, no tan sólo el penetrante olor de heliotropo con que estaba perfumada su ropa, sino el perfume natural de su aliento.

– Pregunte V., – repuso.

– ¿El novio ha vuelto?

– No.

– ¿Volverá?

– Tal vez.

– ¿Y si vuelve?

– ¿Y si Calipso insiste?

– Será en vano.

– Pues digo lo mismo.

– ¿De modo que ya no le quiere usted?

– Ya no.

– ¿Y á mí?

—Empiezo...

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

Chicago.—Los *stock yards* y los mataderos.—Los depósitos de maderas y los parques

Al visitar la ciudad de Nueva York, creeríase que en ninguna otra parte se puede ver mayor movimiento en las calles, ni tanta actividad como la que cada cual despliega para despachar sus negocios; pero Chicago presenta un golpe de vista más extraordinario aún. En las vías principales, y particularmente en State Street (calle del Estado), el número de vehículos es prodigioso; los tranvías, unidos y siempre llenos de gente, se siguen unos á otros, formando una compacta fila, y al verlos diríase que van enlazados con una cadena sin fin; los transeuntes circulan en medio de todo esto y completan el interesante espectáculo de la ciudad, que parece no existir más que para el trabajo. Si el viajero se dirige hacia el pequeño río de Chicago, en cuyas orillas están los depósitos de trigo, el golpe de vista es aún más curioso: los barcos de vapor mezclan sus columnas de humo con las de gigantescas fábricas; innumerables barcas cruzan la corriente á cada momento; y es tan considerable la multitud que circula por los puentes, que basta mirarla para sentirse sobrecogido de una especie de vértigo.

Después de recorrer las calles, lo más curioso que hay en la ciudad son los *stock yards*, ó mercado de reses para el consumo público, y los mataderos adjuntos.

Algunas cifras bastarán para dar idea de ese inmenso mercado de animales. En los diversos parques que de él dependen hay bastante espacio para 25,000 vacas, 100,000 cerdos y 22,000 carneros, sin contar las cuadras, que tienen cabida para 500 caballos. En la construcción de las cercas de estos parques se han empleado más de 9,000 metros de tablas y tablones, y el conjunto de aquellos ocupa una milla cuadrada de superficie, es decir, unos 2.592,100 metros cuadrados. Cada parque está separado por avenidas destinadas á la circulación del público y de los dueños del ganado. En todas partes se han puesto numerosos planos inclinados para que los animales puedan bajar fácilmente de los furgones de trasporte y entrar en los parques, ó en los mataderos, según convenga. Los trenes del camino de hierro llegan cargados de provisiones de Texas, de Pensilvania, del Ohío, etc., y el espectáculo que presenta aquella multitud de 150,000 animales, ó poco menos, que mugen y aullan en todos los tonos, juntamente con el incesante movimiento del público, el cual llena las numerosas calles formadas por las cercas de los parques, constituye un cuadro que sólo podría verse en una ciudad de los Estados Unidos. Los gastos hechos para las construcciones del gran mercado pasan ya de 15.000,000 de pesetas, y todos los días se ensanchan más. Trescientos guardianes vigilan ese establecimiento, verdaderamente prodigioso.

De los numerosos mataderos que aquí hay, el establecimiento Armour y C.ª es el más considerable.

El edificio, construído con madera, es inmenso, y según parece, sus dueños le ensanchan á medida que lo exigen las necesidades, pero sin concretarse á ningún plano determinado, pues todo se hace apresuradamente, sólo para obviar las dificultades del momento. Esto es un verdadero laberinto de cobertizos y salas enormes que se comunican de diversos modos por galerías, escaleras, ascensores y puentecillos suspendidos, por donde pasan los operarios y circulan también los coches del tren. Cualquiera que no conozca la localidad se perderá seguramente en estos edificios inmensos si no le acompaña una persona para indicarle el camino. El director, M. Cudahy, ha tenido á bien concederme el permiso necesario para verlo todo, disponiendo que un joven empleado me sirva de guía. No se podía esperar mayor amabilidad.

Cuando se entra en los mataderos, lo primero que se visita es la sala donde se inmolan los cerdos: éstos llegan uno á uno á los compartimientos (fig. 1), obligándoseles á pasar, desde su salida de los parques, por una especie de senderos formados con tablas. Un hombre los coge por las patas posteriores é introduce en una de ellas un gancho provisto de una larga cadena; otro individuo, situado en la galería superior, tira de aquélla, elevando el animal, y éste, suspendido así por un pie, grita espantosamente. Sus compañeros responden con verdaderos aullidos; mas no por eso adelanta menos el trabajo. La cadena, de cuya extremidad está pendiente la víctima, se arrolla con una especie de manubrio á lo largo de un rail horizontal, y el cerdo se desliza así hasta las manos de su ejecutor, que, casi desnudo y cubierto de sangre, le hunde un ancho cuchillo en la garganta. La sangre corre á borbotones, el animal no grita ya, pero aún se pueden observar las últimas convulsiones de su agonía. Sin más que un ligero movimiento, el verdugo empuja el cerdo de modo que se deslice á lo largo del rail, apodérase de otro, repite la operación, y así sucesivamente; de manera que puede matar siete en un minuto, poco más ó ménos, y quinientos en una hora. No es posible ver esta matanza sin experimentar cierto horror: los gritos de los animales y los torrentes de sangre producen una sensación de disgusto y un malestar indefinibles; pero cuando al día siguiente volví á la misma sala para dibujar á mi gusto, quedé sorprendido al reconocer que mi impresión se había debilitado bastante. El verdugo ha venido á conversar un rato conmigo, y no me ha causado poco asombro observar que aquel hombre, cubierto aún con la sangre de sus víctimas, y vestido muy á la ligera, tenía una fisonomía distinguida, de afable expresión. Dirigióme discretamente algunas preguntas, y cuando supo que mis croquis estaban destinados á un periódico científico francés, hablóme como hubiera podido hacerlo una persona instruída é inteligente. Sus ayudantes, que se le asemejaban en este sentido, me rodearon y pidiéronme detalles sobre los mataderos de París, y hasta sobre la gran ciudad. Estos trabajadores americanos no son seguramente como los franceses; su educación es superior, y me hicieron olvidar que me hallaba en medio de la sangre y de numerosas víctimas.

Los cerdos inmolados y pendientes, como acabo de indicar, desaparecen después bajo un compartimiento de madera para entrar en una piscina de agua hirviente (figura 2), donde unos hombres, armados de largas picas, los someten á un primer lavado. Una especie de cogedero, semejante á una enorme parrilla encorvada, de la misma anchura de la piscina, recoge después cada animal, y dando media vuelta depositále en una mesa de mármol. Hecho esto se engancha el cerdo otra vez en una cadena, que le hace pasar á la máquina de raspar la piel (fig. 3): unas ruedas dispuestas en todos sentidos pelan y raspan el cuero del animal, despojándole de todas sus cerdas; y de aquí sale completamente desnudo, siendo conducido por la cadena á otras mesas de mármol, donde los operarios le lavan por segunda vez bajo unas regaderas que vierten el agua en abundancia.

Después de sufrir estas diversas operaciones, y colgados de nuevo por un pie, para deslizarlos otra vez por un rail, los cerdos son conducidos á una sala, donde se les corta la cabeza, despojándoseles de las entrañas, tripas, etc. Estas últimas partes del cuerpo del animal se llevan al departamento reservado para la tocinería; después se procede á un tercer lavado, y algunos hombres trasla-

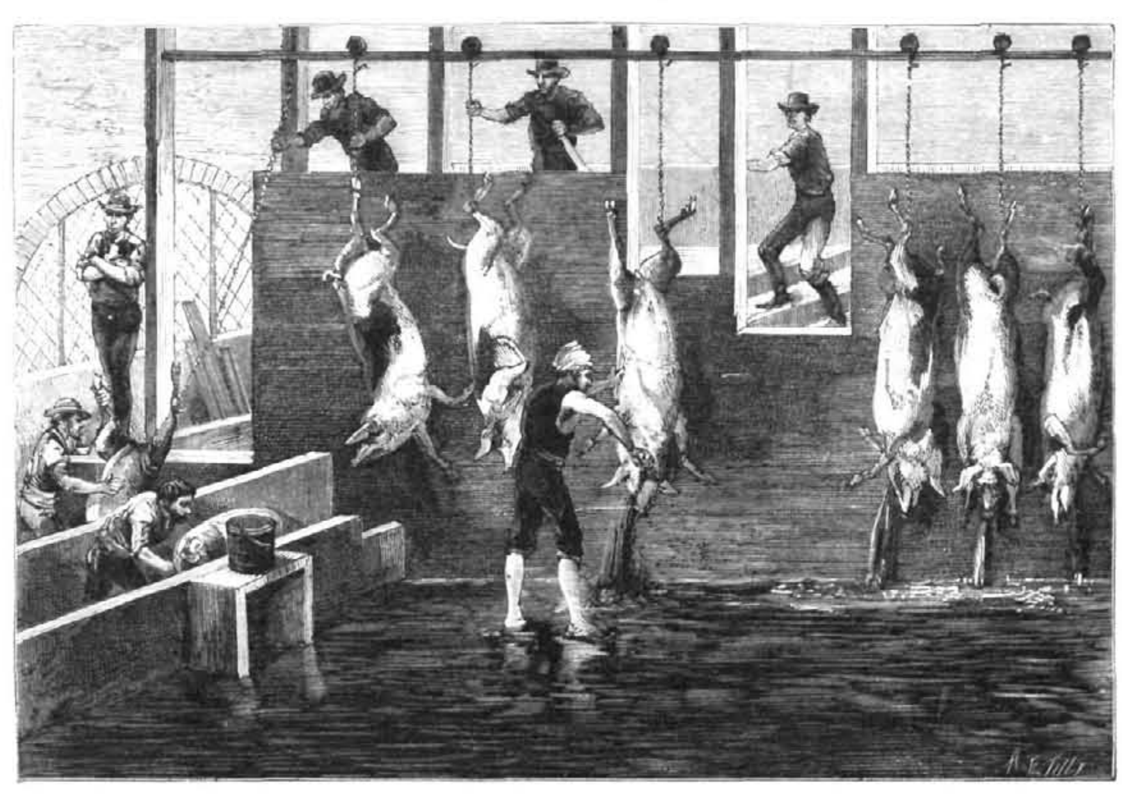


Fig. 1.—Matadero de cerdos en Chicago

dan al fin las víctimas, vacías y decapitadas, á una sala enorme, donde se cuelgan del techo: en este vasto depósito hay lugar suficiente para 10,000 cerdos.

Por último, colocados en los *refrigeradores*, donde permanecen dos ó tres días sin corromperse, bajo la acción de una temperatura constante de 38° Fahrenheit, los cerdos pasan al departamento donde se deben descuartizar por los carniceros. El trabajo de estos hombres no deja de ser curioso, y en la sala donde se hallan reina siempre una actividad prodigiosa: cortan todas las partes del cuerpo del animal con una destreza y prontitud sin igual, y otros obreros las llevan á las diferentes partes del establecimiento donde se han de preparar para la venta. Los jamones pasan á los inmensos hornos en que se someten á la operación de ahumarlos; otras carnes van á los sótanos, destinados á la salazón; y las demás, en fin, se cuecen y colocan en cajas de hoja de lata. Mi guía me conduce después á los diferentes talleres, y entonces veo la sala de la tocinería, donde varias máquinas movidas por vapor recortan la carne para elaborar las salchichas, de las cuales se hacen 52,000 libras diarias. En otra dependencia está la sala donde se embala la manteca: treinta jóvenes cosen sacos, y apenas tienen tiempo de verme pasar, porque su trabajo es de los más activos. Más lejos están los talleres de tonelería, para exportar la carne en salazón; y por último, se llega á las cocinas, admirables por su limpieza y aseo. Las ollas están llenas de carnes de vaca, de carnero y de cerdo, que se ponen después en latas para conservas: unas maquinitas giratorias, muy ingeniosas, las cierran y practican las herméticas cerraduras, que permiten guardar el contenido en buen estado indefinidamente después de la expulsión del aire. En las salas donde se pintan y barnizan las latas, las mujeres ocupadas en esto han de trabajar activamente: en sólo un día pueden despachar de 35,000 á 40,000.

Las vacas no se matan como los cerdos y los carneros: desde el parque provisional donde se hallan se las hace pasar una á una por un estrecho pasadizo formado con tablas; ábrese una trampa, y el animal, hostigado por un hombre que ocupa una especie de estrado, penetra en un compartimiento donde no hay sitio más que para él. Un hábil tirador, provisto de una carabina, y que se halla, como su compañero, en el tablado superior, apunta entre los dos ojos de la víctima, casi á boca de jarro; el animal cae como herido del rayo, y por una segunda trampa, que se abre entonces, pasa á la carnicería. En cuanto á los carneros, sólo se matan 200 y sufren las mismas operaciones que los cerdos. Mi guía me conduce á los inmensos talleres dependientes del establecimiento, destinados á la preparación de las pieles de los animales. En los mataderos se ocupan 3,200 operarios durante el verano y 4,500 en invierno, empleándose más de 100 caballos constantemente para los diferentes servicios. El establecimiento Armour tiene una superficie de 97,104 metros cuadrados. Además de los considerables envíos de carnes en conserva, jamones, etc., que se hacen diariamente para todas las provincias de los Estados Unidos, aquí hay un grande almacén para el despacho al por menor, donde los habitantes de la ciudad hacen sus compras.

La casa Armour exporta más de 600,000 jamones al año, sin contar las conservas. Según los datos que obtuve, los mataderos reunidos en la ciudad de Chicago exportan más de 2.500,000 anualmente.

Vemos por lo dicho que el comercio de carnes excede en esta ciudad á todo cuanto podría imaginarse, y el de las maderas es también de mucha importancia. En las orillas del lago Michigán, y cerca de la desembocadura del de Chicago, hay más de 300 casas que se ocupan en este comercio: tienen 150 depósitos, donde el número de carpinteros empleados es muy considerable. El fuego que destruyó en 1871 una parte de la ciudad ocasionó la ruina de muchos capitalistas; pero ninguno de ellos se desanimó; en los depósitos de las ciudades inmediatas á Michigán é Illinois recibióse orden de remitir los materiales necesarios para la reconstrucción de Chicago, y se trabajó noche y día.

Las personas arruinadas continuaron sus negocios; Chicago renacía de entre sus cenizas como por encanto, y el comercio de maderas recibió extraordinario impulso. En 1877 entregábanse en los depósitos más de 360 millones de metros de vigas y tablas, y expedíanse más de 200 millones por el camino de hierro ó por los barcos de Michigán. Este comercio está en su período creciente; el movimiento de los capitales empleados excede ya al de todos los Bancos de Chicago.

Un paseo por los depósitos de maderas es muy entretenido: en ellos se ven largas calles, cuyos lados se componen de maderos puestos unos sobre otros, y que forman paredes de 10 á 15 metros de altura; pero en vez de colocarlos en sentido vertical, los carpinteros los disponen de modo que formen saliente; de esta manera la lluvia moja solamente los que están encima, secados muy pronto por el viento, y el agua cae en medio de las avenidas en vez de bajar por las maderas. Gracias á esta precaución, la humedad no perjudica tanto á los tablones colocados cerca del suelo. Las avenidas se multiplican en todos sentidos; de suerte que sería fácil extraviarse en este laberinto de paredes de madera; cualquiera creería hallarse en una ciudad fantástica, cuyas casas no tuvieran puertas ni ventanas: el penetrante olor del pino es aquí muy agradable.

Bajo el punto de vista artístico, Chicago no tiene interés alguno; sólo posee algunos monumentos, y su única importancia consiste en sus grandiosas dimensiones. Los parques situados alrededor de la ciudad, bastante agradables, están muy concurridos todas las fiestas, pues los habitantes van á pasar allí una parte del día. En los ríos y los lagos artificiales hay mucho movimiento de barcas de toda especie; con frecuencia se ve un frágil esquife lleno de muchachas de 12 á 15 años que van solas y reman cantando.

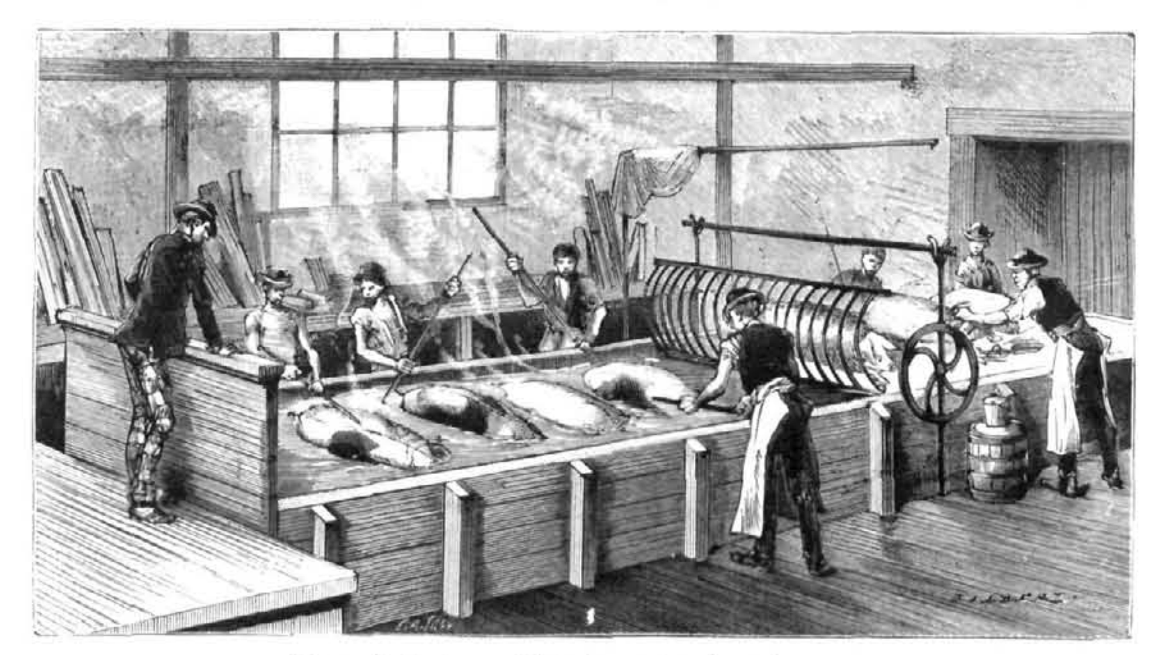


Fig. 2.—Piscina de agua hirviendo para lavar los cerdos muertos

Aquí gustan mucho las flores y los parterres: estos plantíos de mal gusto están más á la moda en Chicago que en Francia, y los horticultores se distinguen por sus extravagancias. El público acudía presuroso á South-park para contemplar unas figuras trazadas con plantas y flores que representaban un elefante, un camello, una mariposa y la bandera americana. Otra de las novedades era un enorme cuadrante solar, figurado sólo con plantas crasas; las horas se indicaban sobre la yerba con otras de follaje rojo, y como el jardinero había orientado muy bien su cuadrante, la sombra indicaba con bastante precisión la hora del día. Estos jardines públicos de Chicago se parecen bastante al *Bois de Boulogne*, de París, porque están dibujados por el mismo estilo; pero South-park y Lincoln-park, con sus ríos y sus lagos, formados por la mano del hombre, se hallan..... ¡á orillas del lago de Michigán! Por este concepto, la comparación es imposible. En ese lago inmenso no se puede ver desde una orilla la opuesta, á causa de su inmensa anchura; y como está surcado por numerosos vapores y barcas de recreo, cualquiera creería hallarse ante el mar. Gracias á la sociedad del *Floating hospital* se ha construído en el lago un muelle de madera de 200 á 300 metros de longitud, adornado con pórticos, y donde hay varios gimnasios destinados exclusivamente á los niños enfermos. Allí, acompañados de sus padres, pueden respirar el aire puro de las aguas del Michigán, y recobrar las fuerzas perdidas haciendo los ejercicios que más prefieren. Esta construcción acuática me parece bastante original, pero no es mala idea, y ya se han tocado los beneficios, pues las pálidas mejillas de muchos *bebés* recobran sus frescos colores en ese paseo reservado.

ALBERTO TISSANDIER

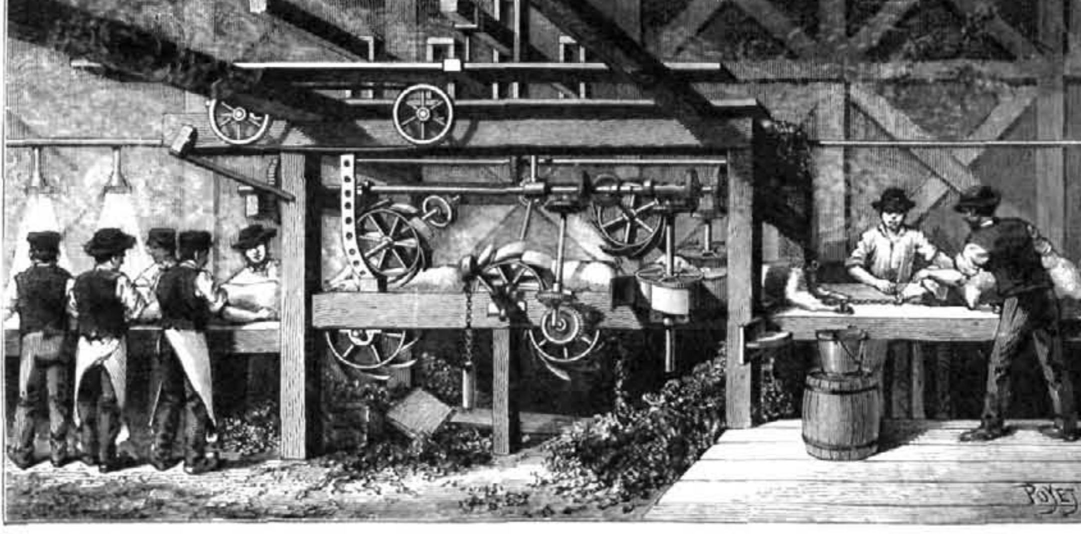


Fig. 3.—Máquina para raer la piel de los cerdos muertos

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

21 noviembre.—A las siete de la mañana, deslizándose rápidamente en medio de la espuma de las cataratas, llega toda una *flotilla de balsas montadas por mandayas.* El poderoso Husip, á quien han seducido las promesas de mis embajadores, viene con toda su tribu para remolcarme.

La balsa mandaya es fácil de fabricar; tres troncos de bambú, enlazados fuertemente, constituyen el conjunto: el hombre que la monta va de pie, sirviéndose de su lanza como de un garfio; todos estos mandayas desnudos, y cubierta la cabeza de una especie de hongo, tienen una fisonomía de las más extrañas.

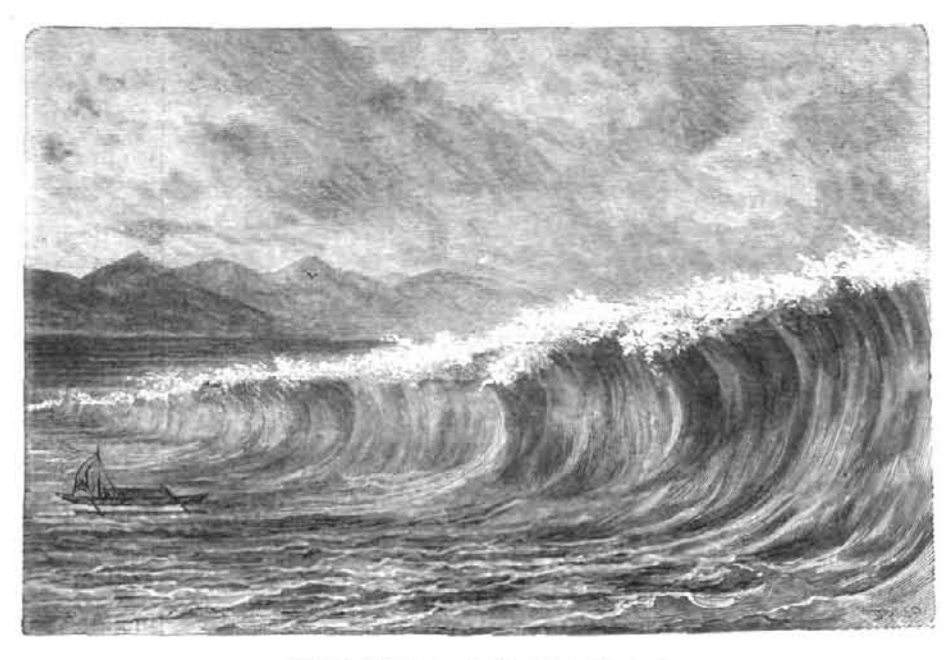
Algunas copas de aguardiente, todo el que me resta, ponen á Husip de muy *buen humor; díceme que el Agusán no* está lejos; que le encontraré en la vertiente opuesta de las montañas que nos rodean; y después da orden de abandonar las balsas á la corriente del río. Los mandayas arrastran mis embarcaciones, cuya ligereza y solidez excitan su admiración; un hermano de Husip golpea frenéticamente en una especie de tambor de bambú; los mandayas se animan, y muy pronto soy arrebatado en medio de las cataratas entre unos gritos y un estrépito que dominan el del Sahug; las más fuertes embarcaciones, aunque fuesen blindadas, no resistirían largo tiempo á la frotación que sufren mis pobres barcas, harto averiadas ya, y que los indígenas arrastran con una especie de furia. Por fortuna, llegamos muy pronto á la vivienda de Husip, al pie del monte Hoagusán (latitud norte 7° 50′40″; longitud este de París, 123° 39′ 30″; altura 100 metros).

Husip me proporciona portadores, con los cuales llego, no sin dificultad, al río Agusán, donde me embarco el 24; el 26 estoy en Bunauán (8° 8′58″ latitud N, y 123° 33′53″ longitud E); el 8 de diciembre en Butuán (8° 55′25″ latitud N. y 123° 13′37″ longitud E); y el 16 llego á Surigao, capital de la provincia del mismo nombre.

VIII

Surigao.—Lago de Mainit.—Costa oriental de Mindanao

El gobernador, coronel D. Alberto Raccaj y Milagro, y el P. Ramón Luengo, superior de las Misiones, religioso tan amable como sabio, me reciben con la mayor cordialidad en Surigao. Durante mis diversas estaciones en este punto, me alojo en casa de D. Carlos Herrera, negociante español, y en la del P. Luengo; todos estos señores, sumamente obsequiosos, ponen á mi disposición su autoridad, su influencia y su conocimiento del país, con una solicitud que no olvidaré jamás.



Viaje á Filipinas.—Barra del río Gigaquit

El P. Luengo me dice que puesto que busco cráneos, no podría ir á ningún punto más favorecido para encontrarlos, y el mismo día despacha á un emisario á la isla de Dinagat para traer los que ha visto. Siguiendo su consejo, me dirijo á Taganaán, en el océano Pacífico, utilizándome de la embarcación del señor Herrera, que quiere servirme de guía.

Llegamos á Taganaán con una celeridad vertiginosa, aprovechando corrientes de marea, que alcanzan cinco ó seis millas por hora. Esta parte de la península de Surigao está preservada por numerosas islas; el mar está tranquilo, y las dificultades de la navegación se reducen á los torbellinos ocasionados por los choques de corrientes *contrarias, que en ciertos puntos se estrellan unas contra* otras. Éste es el resultado de la diferencia de las horas de las mareas en las costas este y oeste de la península de Surigao: cuando el mar está bajo en la bahía de Butuán, se extiende en la costa del Pacífico. Las mareas de las Filipinas presentan, por lo demás, tales anomalías, que han recibido el nombre de *locas*, habiéndose desesperado durante mucho tiempo de llegar á conocer las leyes á que obedecen. Las numerosas islas del archipiélago oponen un obstáculo á la libre propagación de la marea que se forma en el Pacífico; y á esta causa de irregularidad agrégase la que proviene de la relación variable de las ondas diurna y semi-diurna. La combinación de estos diversos factores produce los resultados más extraños; así por ejemplo, en Basilán no hay nunca más de una marea diaria, mientras que en Zamboanga no *se produce el mismo hecho sino durante* diez y seis días del mes lunar.

Encuentro en Taganaán al P. Jaime Plana, muy aficionado á historia natural, que manda preparar inmediatamente su barca y me conduce al pequeño islote donde está la gruta de Tinagho (el secreto), cuyo nombre nada confirma, pues todos los del país la conocen muy bien. Contiene muchos esqueletos, revueltos con ataudes en forma de piragua. La fragilidad de todas estas reliquias es extremada, pero consigo hallar algunos ejemplares en buen estado y muy interesantes, porque *demuestran que en una época muy remota* coexistían en este punto las razas malaya, manobo y negrito. El P. Plana me invita á tomar de sus colecciones todos los objetos que puedan convenirme.

20 diciembre.—Me pongo en camino para visitar el Lago de Mainit, situado en el centro de la península de Surigao, y muy notable: á la vuelta desciendo por el río Tubay, que le sirve de depósito.

Al llegar al pueblo de Tubay, siento un malestar inexplicable; subo instintivamente á la primera caseta que encuentro, y me echo en un rincón, sin tener apenas fuerza para mandar á Marcelo que haga calentar unos guijarros á fin de comunicarme un poco de calórico. Presa de una cefalalgia violenta, pierdo el conocimiento; y al volver en mí, incapaz de moverme ni de elevar la voz, ofrécese á mi vista un espectáculo singular. Los cuadrilleros del pueblo y mis muchachos han empeñado una furiosa partida de monte; media docena de jóvenes bisayas, llegadas de no sé dónde, y evidentemente embriagadas, rodean á los jugadores, escanciándoles vino de nipa en un vaso de cuero. Creyéndome muerto ó moribundo, mis hombres han juzgado sin duda que lo más *urgente era gastar las pesetas ganadas durante el día.* La cólera me da fuerzas, y apoderándome de un bejuco, me precipito sobre los jugadores, que consternados por mi imprevista aparición, huyen por todas las aberturas, profiriendo exclamaciones lamentables, y tapándose los oídos, acto que en los bisayas indica el más profundo terror. Desfallecido por este esfuerzo, vuelvo á mi rincón, donde me sobrecoge el delirio.

(Continuará)

Viaje á Filipinas. – Orgía interrumpida

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 241

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

La mitología no abunda, ciertamente, en escenas edificantes. A los pintores les importa poco la moral de los asuntos, si éstos se prestan á una forma adecuada á su talento. Suponiendo un artista que conciba con grandeza, ejecute con energía y sazone, digámoslo así, con elegancia; pocos hechos, falsos ó verídicos, le inspirarán un buen cuadro como el que la tradición pagana relata, á propósito de la maña que se dió el dios del infierno para encontrar esposa.

Parece ser (habla el mitólogo) que Plutón, en nada obstante su genealogía, era tan deforme, feo y mal reputado, que ninguna mujer, de prosapia terrena ú olímpica, se resignaba á compartir con él la corona de los dominios tenebrosos. Plutón, como es natural, se quejó á Júpiter, que en este particular era tan inteligente como práctico y poco escrupuloso; el cual Júpiter, comprendiendo el ridículo papel que hacía su próximo pariente, le dió permiso para tomar mujer por derecho de ocupación, que es un derecho algo menos respetable que el nacido de las leyes civiles y canónicas.

No se lo dijo á ningún sordo el rey de los dioses, y catahí que vagando un día Plutón por las inmediaciones del Etna, científicamente ocupado en descubrir los cimientos del volcán, se apercibió de una real moza (hija del rey Demeter por lo menos) llamada Proserpina ó Perséfona, que con sus doncellas estaba retozando por aquellos prados, á merced del primer perdulario que la codiciase.

Y la cosa pasó en menos tiempo del que se necesita para referirla. Plutón se lanzó hacia Proserpina, la arrebató de entre sus compañeras y se la llevó al infierno... en coche de cuatro caballos; circunstancia que templó notablemente el enojo de la robada.

Esta escena la han reproducido diversos pintores, entre ellos Rubens. El cuadro de Schobelt está bien concebido, aun cuando la figura del dios no guarda gran conformidad con la ortodoxia mitológica. La composición es valiente y hay en ella el necesario movimiento y la animación propia del asunto.

ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehrer

No es ciertamente nuevo este asunto, ni por la escena que representa, ni por la manera de representarla. Los célebres amantes de Verona se citan todas las noches en el balcón de la estancia de Julieta, que Romeo escala peligrosamente. En esta difícil situación hablan de sus amores y de sus penas hasta que *canta el gallo*, como dice el autor de la admirable tragedia, en cuyo momento cambian un beso y se separan tristes, muy tristes, porque comprenden que su pasión no puede terminar sino en catástrofe.

Falta, como hemos dicho, novedad en el asunto, lo cual no es un defecto cuando se trata un hecho histórico ó convertido en tal por la potencia del genio; pero en cambio, ¡cuánta pasión, cuánta poesía en el cuadro de Vermehrer! ¡Con qué tristeza desciende Romeo la escalera por la cual ha trepado hasta reunirse con Julieta! ¡Con cuánto amor, con cuál frenesí aprisiona Julieta en sus brazos á Romeo, á fin de prolongar un minuto, un instante, el amoroso coloquio!...

Aparte estas condiciones del cuadro, las más nobles tratándose de trasportar al lienzo la pasión de los amantes popularizados por el inmortal dramaturgo inglés, avalora esta obra de arte la misteriosa luz que domina en ella y que imprime un carácter triste á la escena. Los tenues rayos de la luna iluminan el balcón de Julieta, como los poetas se complacen en decir que iluminan las piedras sepulcrales. Vermehrer, al inspirarse en una de las escenas del drama, ha preparado al espectador para la catástrofe final.

EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt

En este lienzo todo es riente, simpático, noble, inocente. La impresión que causa es profunda, pero agradable; los sentimientos que reproduce son una manifestación de que en todos tiempos, y á despecho de todas las vicisitudes, hay en el fondo del hogar doméstico los elementos de una felicidad superior á todas las fastuosidades mundanas. Unos jóvenes esposos se extasían en la contemplación de su primer hijo. Al contemplar su inefable dicha, tan bien interpretada por el artista, se comprende que no la trocaran por todos los tesoros del mundo. Un autor místico escribió al pie de la imagen de María abrazada al árbol de la Cruz: —*¡Decid si hay dolor igual al dolor mío!...* —Nosotros pondríamos al pie del cuadro de Volkardt: —¡Decid si hay felicidad comparable con la felicidad de esos padres!...

Hoy que se tiende á reducir el matrimonio á otro de tantos contratos y en que el hogar doméstico ha descendido muchas veces de santuario á Bolsa en que se cotiza la dicha y hasta la honra de sus moradores; opinamos que nuestro cuadro *El primogénito* debiera fijarse en la puerta de todas las casas habitadas por jóvenes esposos, como nuestros abuelos fijaban en ellas los toscos ejemplares de santos y Gozos, á los cuales atribuían la virtud de cerrar el paso á los malignos espíritus.

FUEGO Y ESTOPA

Este bonito lienzo es realmente notable de expresión. Viendo á esa joven, que se sonríe y ruboriza al mismo tiempo, se adivina la clase de conversación trabada con el *touriste*. La escena tiene lugar al amor de la lumbre; sin embargo, el fuego más ardiente no parte de la chimenea. Hay palabras, hay miradas que promueven y propagan un incendio: esas miradas, esas palabras, las dirige, las pronuncia el huésped de la inocente montañesa. ¡Mala manera, muy mala, de pagar la hospitalidad recibida!...

La actitud de los personajes es natural: sin verse el semblante del viajero se entrevé la fascinación que ejerce en la doncella: hay entre los dos personajes del cuadro cierta analogía con el milano y la paloma; únicamente que en nuestro caso la paloma del mesón no tiene el instinto del peligro como la del aire. Al contrario, todo induce á sospechar que, cual la mariposa, se abrasará en el calor de la llama de que no se siente con fuerzas para huir. Esto ha querido decir el artista, y en esta ocasión no cabe aquello de: *Si lo quiso decir, ¿por qué no lo dijo?*

LA CONTADINA, cuadro de Davis

Buen tipo y buena postura: hay en los ojos de esa muchacha fuego de Italia, á sus labios parecen agolparse besos que embriagarán á quien los reciba; en su actitud hay esa indolencia, no exenta de dignidad, que parece conservar el último resto de la dama romana de la decadencia.

La contadina no sirve para gran cosa sino es como *modela*: en esta profesión (porque en Roma es tal profesión) no hay quien la supere. Toma con elegancia toda suerte de actitudes, identifica su rostro con toda suerte de pasiones, y lo mismo se trasforma en Minerva altiva que en incitante Venus. Si no comprende el arte, lo siente al menos y es el más poderoso auxiliar de quien lo ejerce. Tentados estamos á creer que la hermosa criatura de nuestro cuadro no es sino una *modela* embellecida probablemente. Ello es que la impresión causada es de una mujer que *pone*, como se dice técnicamente.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BIEN VENIDO SEA JESÚS Á SER NUESTRO HUÉSPED, cuadro de Rodolfo Schufter

Este lienzo ha merecido en Berlín una ovación pocas veces tan grande, pocas veces, empero, tan justificada. Mucho aliento y mucha confianza en las propias fuerzas debía tener el autor para tratar un asunto en el cual el realismo y el espiritualismo habían de combinarse de tal suerte que bajo una forma rigurosamente humana se destacara un sentimiento y hasta una figura esencialmente divina, compenetrándose lo material y lo maravilloso de tal suerte que lo uno no perjudicase á lo otro bajo ningún concepto.

Para estimar en lo que vale esta obra, portento de expresión, hay que inquirir qué asunto se ha propuesto tratar su inspirado autor; asunto que, á nuestro ver, no es sino la apoteosis de la caridad ejercida por el pobre. En una mansión que pasa de modesta, una numerosa familia va á reparar sus fuerzas con una cena verdaderamente frugal. Es muy probable que en esa familia abunde más el apetito que los manjares, y que la inesperada presencia de un huésped acorte una ración de suyo escasa. Pero el cristiano no repara en sus propios sacrificios; un pobre es para él la imagen del Dios que también fué pobre; Jesús ha entrado en la casa del humilde; pero en esta casa hay tesoros de caridad.

Como se ve, el propósito del artista es de un sabor bastante parecido á las baladas de sus compatriotas y aun tal vez alguna de estas composiciones haya inspirado tan sorprendente cuadro. Examinándolo detenidamente la admiración sube de punto en cada figura que se estudia, asombrosas todas de expresión, de actitud, de verdad, de sentimiento. Es una obra de empeño colosal, ejecutada con tal maestría, que no dudamos en calificarla de modelo no superado de la escuela naturalista.

EL SENTIDO COMÚN

Allá por los tiempos del rey que rabió, y no dicen los historiadores si al norte ó al sur de Europa, había un suntuoso castillo que se elevaba sobre una empinada cresta semejando, según la expresión de uno de los más galanos de los poetas de la época, un nido de águilas suspendido sobre el abismo.

La castellana de aquella fortaleza sólo había tenido un profundo pesar en medio de las grandes satisfacciones de que siempre se vió rodeada. Este dolor había sido la pérdida de su esposo, valeroso guerrero muerto en campal batalla por otro señor feudal de aquellos contornos que había tenido la incalificable avilantez de querer apropiarse uno de los veintitres roeles de oro que sobre campo de gules componían el escudo nobiliario del ilustre muerto.

Sin embargo, fuerza es confesar que la pena de la altiva castellana, que sabido es que en las leyendas todas las castellanas son altivas, había encontrado en dos cosas su lenitivo: la primera en la justicia de la causa porque había muerto su muy amado esposo y la segunda en el nacimiento de un heredero de los veintidos roeles que quedaban á su escudo.

Verdad es que si hemos de dar crédito á los empolvados cronicones y á los roídos pergaminos que hemos tenido que consultar para escribir esta verídica historia, el ilustre vástago de aquella no menos ilustre casa, manifestó desde sus primeros años una precocidad verdaderamente asombrosa.

Contraviniendo las añejas costumbres de sus antepasados y comprendiendo su madre que aún más que por el valor que con su sangre había heredado, estaba llamado á figurar en los anales de su patria como modelo de ingenio, no dudó en encomendarle á los cuidados del capellán del castillo con el fin de que le procurara una educación tan sólida como brillante. De los rápidos adelantos que hizo el rapaz, sólo diremos que aún no tenía éste cumplidos los diez y siete años y ya conocía cuatro de las cinco vocales de que se compone el alfabeto.

Esto ya era para inspirar serios temores, á quien sabía que la excesiva precocidad del entendimiento puede ejercer una influencia perniciosa sobre la parte física del individuo; pero cuando la alarma subió de punto fué cuando el joven señor comenzó á aplicar á la vida práctica los opimos frutos de su talento.

Oyó un día decir que la cosecha de sus viñedos, á los que tenía particular afición á causa del excelente vino que producían, se había perdido por las inclemencias de los hielos y los pedriscos, y asaltado de súbito por una luminosa idea, hizo arrancar una por una todas las cepas y las trasplantó á los más resguardados salones de su castillo.

Tenía puestos los ojos en un soberbio caballo de silla, único que montaba, y sabiendo que la alimentación es la base de la salud decidió afinarle el pelo haciéndole comer faisanes dorados y tencas rellenas de anchoas en vez de la paja y cebada que le servía de alimento. El caballo, no acostumbrado á tales regalos, empezó á enfermar; pero él oyó decir á su preceptor que los egipcios conservaban á sus antepasados por medio del enbalsamamiento y sin escuchar impertinentes objeciones, rellenó al antes brioso corcel de los más ricos aromas y de los más costosos perfumes.

Ante tan poco comunes rasgos de ingenio, la castellana tembló por la suerte de su tierno vástago y decidida á atajar el mal se resolvió á convocar una asamblea compuesta de los más profundos teólogos de algunos centenares de leguas á la redonda.

La asamblea duró setenta y cinco días, al cabo de los cuales, los doctores probaron con copiosísimos textos tomados de los Santos Padres y de la filosofía de Aristóteles, que no habían logrado entenderse. Sólo un anciano, que no había tomado parte en ninguna de las setenta y cuatro sesiones anteriores manifestó que él creía haber encontrado el remedio.

Apremiado á que hablara, expuso sin valerse de formas oratorias que lo que podía remediar la perniciosa precocidad del ilustre enfermo era una sola píldora de sentido común, pero manifestó al propio tiempo que creía difícil se encontrasen los simples que debían componer la preciosa medicina.

Los teólogos que habían agotado ya el vasto repertorio de su erudición no deseaban otra cosa que retirarse, y asintieron al parecer del preopinante, no creyendo, sin embargo, fuera tan difícil encontrar las drogas apetecidas, y proponiendo cada cual un sitio donde debían irse á buscar.

Aquel mismo día, un crecido número de pajes, escuderos y correos extraordinarios partieron del castillo á las más apartadas regiones; y al cabo de algunos meses empezaron á aparecer.

El primero que llegó venía nada menos que de la docta universidad de Montpeller y después de manifestar que la petición no había podido parecer más sencilla á los doctos varones que explicaban las más enrevesadas ciencias en aquel centro del humano saber, sacó del fondo de la ropilla una redoma de cristal que llevaba en un rótulo escritas estas palabras: *La sabiduría es todo.*

Con grandes precauciones se destapó la vasija, temerosos de que de ella se escapara algún espíritu maligno, y con gran sorpresa se vió que el contenido no salía á pesar de haberse quitado el bien lacrado corcho. Rota la redoma sólo se encontraron unos trozos de pergamino muy delgados en los que había escritos tres apotegmas de Hipócrates y unas cuantas sílabas cabalísticas con más unas cinco ó seis dracmas de pedantería y como cosa de tres escrúpulos de erudición.

Vano fué el intento de querer hacer con aquello la píldora apetecida; los ingredientes ligaban tan mal que hubo que renunciar á la empresa.

En pos del primer mensajero llegaron otros varios. Los unos venían de la India y traían unas hojas de flor de loto, una pequeña cantidad de agua del Ganges y las primeras letras de cada uno de los capítulos de los libros Védicos; los otros venían de España y mientras unos habían recogido entre los restos de las escuelas de Córdoba media docena de suros del Corán, los otros traían una mordaza y unos leños para hacer una hoguera que les había facilitado un inquisidor modelo de sabiduría y de santidad.

Todos estos cachivaches daban un resultado tan idéntico que no hubo necesidad de hacer la experiencia más que con el primero de ellos para convencerse de la inutilidad de proseguir.

Cuando aquella decepción iba abatiendo el ánimo de la castellana llegó otro de los correos, que á lo que parecía había buscado la medicina por mejor camino. Venía de una docta asamblea de sabios cuya única misión era mantener el lustre del idioma de su país y había entregado al mensajero un libro perfectamente cerrado en que aseguraban estaba contenida la receta de la medicina que se buscaba. En la cubierta del infolio había escrita esta máxima: *No aspires á saber nada mientras no aprendas tu idioma*. La castellana lo hojeó con rapidez, pero apenas vió que no había una sola página que no estuviera plagada de garrafales faltas gramaticales y ortográficas renunció á buscar en él la receta anunciada, y al tomar esta determinación, recordando que todos los mensajeros menos uno habían vuelto ya, se dió por vencida.

Mas ¡ay! qué verdad es aquello que de donde menos se espera salta la liebre. Aquel paje de que nadie se acordaba ya, era precisamente el que había recogido la sustancia con tanto afán buscada. En vez de recorrer populosas ciudades y centros científicos, habíase dado á vagar por los más solitarios campos y los más yermos desiertos y había acabado por dar con su cuerpo en una especie de Tebaida en que sólo se veía una choza.

Más que el deseo de proseguir sus pesquisas, el de tomar algunos instantes de reposo le hizo entrar en una morada que á pesar de su estrechez no parecía estar exenta de esas comodidades que la naturaleza ofrece benéfica en ciertos climas. Un arroyo que pasaba lamiendo sus paredes de paja ofrecía frescas y cristalinas aguas y hacía crecer en su orilla copudos árboles que brindaban tan apacible sombra como sabrosos frutos.

El único habitante de la choza era un hombre que frisaría ya en los cincuenta años, pero cuyo semblante rebosaba todavía juventud; tal era el vigor, la placidez y la salud que delataban sus facciones.

La acogida que hizo al viajero fué tan cordial que éste no dudó un momento en contarle el objeto de su viaje. El hospitalario huésped le escuchó silencioso y por única contestación le refirió su historia.

Criado en una ciudad musulmana no distante de aquel desierto había pasado una juventud llena de privaciones, pero consagrada al estudio. Hombre ya, la misma oscuridad en que había vivido hizo que el sultán fijara en él sus miradas y deseando tener un primer ministro tan honrado como sabio, le ofreció aquel codiciado puesto. El, sin embargo, buscó las mejores razones que encontró en su mente para renunciarle y logró que en su puesto se nombrara á otro hombre que nada tenía que envidiarle en punto á instrucción y á virtud. Al mes escaso un capricho del sultán dió por resultado el empalamiento del primer ministro.

Poco después de este suceso, uno de los más nobles y opulentos magnates del reino murió dejándole por heredero de sus cuantiosos bienes y de sus títulos nobiliarios; mas él en vez de aceptar la fortuna que se le ofrecía hizo buscar á uno de los parientes del muerto y renunció en él la herencia. A los pocos meses el rico heredero se convirtió en un avaro y soñando en que podrían robarle se volvió loco por no dormir.

Por último, una princesa se prendó de él y le ofreció el trono con su mano. Trabajo le costó librarse de las seducciones de la enamorada princesa, pero sus razones la convencieron al fin y cetro y mano pasaron á las de un gallardo mozo, íntimo amigo del desdeñoso amante. Antes del año de la boda la princesa huyó en compañía de un esclavo, y los vasallos, atribuyendo las dilapidaciones de la reina á su inocente marido, le asesinaron en su mismo palacio.

Estas y otras parecidas aventuras acabaron por impulsar al héroe de ellas á abandonar la ciudad y á buscar el asilo en que le había encontrado el paje, y en el cual vivía con la mayor suma de felicidad.

Al tocar al término de su relato volvióse á su interlocutor y terminó diciendo:

—Ya veis que si en el mundo existe quien haya encontrado el precioso licor que se llama sentido común, sólo puede alabarse de poseerle el que como yo se ha procurado con él la paz y la ventura.

El paje, convencido de aquella verdad, le rogó entonces le diera una sola gota de él y como su huésped no se negara á ello al día siguiente partió muy agradecido llevándose lo que apetecía en una redoma poco más ó menos grande que una avellana.

Al entrar en el castillo de su dueña, lo primero que hizo fué trasmitir letra por letra la historia del hombre venturoso que había sabido huir de todos los disgustos de la vida. Todos los que la escucharon convinieron con inmenso júbilo en que por fin se había encontrado el solo ingrediente que había de curar por completo al nobilísimo hijo de la castellana y apremiaron al afortunado mensajero para que le mostrase cuanto antes.

Una vez que todos examinaron la redomilla, se hizo venir al ilustre enfermo; el capellán recitó una breve oración de acción de gracias y con las más exquisitas precauciones se procedió á destapar el frágil receptáculo.

Por espacio de algunos instantes la ansiedad tuvo embargados todos los ánimos, pero al cabo de ellos la más profunda pena sucedió á tantas esperanzas. La redoma estaba vacía. El benéfico licor, no pudiendo soportar la temperatura que allí se respiraba se había evaporado por completo.

Desde entonces no hubo otro remedio que renunciar á la cura del ilustre vástago de cien generaciones de héroes; la altiva castellana murió de pesar de allí á poco, y todo siguió en el mismo estado que hasta allí.

Lo único que haremos constar para consuelo del lector es que según el testimonio de los más graves cronistas á pesar de la incurable dolencia que le aquejaba, el protagonista vivió largos años y aun dejó un heredero de los veintidos roeles de su escudo. En aquellos tiempos, lo mismo que en estos, ciertas enfermedades sólo servían para prolongar la vida.

R. DE V.

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Conclusión)

—¡Ah!—exclamé alborozado, y por un movimiento rápido, casi brusco, me apoderé de una de las manos de Teresa y la besé apasionadamente.

Recordé al punto el efecto que le había causado el jueves la palabra «beso,» porque el beso real, aunque en la mano, le trastornó de manera que pensé que se desvanecía.

Recobróse merced á la energía que le es propia, y me dijo:

—Le dejo á V. ocho días de tiempo. Digan lo que quieran, una de las mayores pruebas de amor que puede dar un hombre, es dejar una mujer joven, guapa, de *especiales* atractivos y de la que es dueño, por otra que, en resumidas cuentas, es, cuanto más, una esperanza. Si en la semana de plazo, V. rompe completa y definitivamente con Calipso, vuelva V. aquí el mismo día de hoy y á la misma hora. Si halla V. alguna excusa para mantener, aunque sea por días, esas relaciones, no se canse V. en venir... ¡Ah! para mi seguridad es preciso que el jueves asistan Calipso y V. á la tertulia. No haga V. más que saludarme, pero del modo cómo se porte V. con *ella*, deduciré yo pronto y bien lo que haya...

—La prueba es dura,—objeté.

—Es cierto; pero ¿acaso, sabe V. cuál será la recompensa?

Dijo esto de un modo que me estremecí de pies á cabeza.

—¡No se marche V. aún! – le supliqué.

—Ya habrá V. podido conocer que soy firme en mis resoluciones... Hasta el jueves...

Me tendió la mano; la cogí con las mías y, – te lo aseguro, Leonardo,—poco faltó para que la mordiera: tanto alteraba mi cuerpo el roce aterciopelado de aquella piel, el calor que sentía bajo mis labios.

Teresa, sin moverse, me dejó la mano cuanto quise entre las mías y junto á mi boca. Después, se levantó; entornó el balcón suavemente, me repitió «hasta el jueves» y se perdió tras las cerradas maderas.

Cumplí al pie de la letra sus órdenes; entreveía tal premio á mi sacrificio que ya nada más que Teresa me preocupaba y me importaba. Sin embargo, el trance era amargo; la pobre Calipso no me había dado motivo de querella.

Tuve que inventarlo y que escribirle una carta, á medias bárbara y á medias absurda, donde había el inevitable: «todo ha concluído.»

Calipso no me contestó, pero haciendo de tripas corazón, asistió el jueves siguiente á la tertulia de los de Fueros; el instinto sagaz de la mujer celosa le designaba el origen del daño. Esperaba á más, sin duda, atraerme de nuevo.

Para ello, en vez de mostrarse airada y ofendida, me saludó cariñosa y me pidió, me rogó, sin importarle que lo notaran, que me sentase á su lado.

—Necesito que hablemos,—dijo en voz baja y amorosa, – y si en algo te he ofendido ó molestado, que me perdones...

Habilidad ó cariño, aquella manera de tratar de recuperarme era verdaderamente muy peligrosa para mi promesa. Quedé perplejo, ¿cómo negarme á hablarla? Me senté junto á ella.

Por fortuna apareció Teresa en el gabinete donde estábamos; salía del despacho. Su vista me dió bríos; las dulzuras de Calipso se deshacían al sentirme como azúcar en vinagre; sus frases de cariño daban en mí como en piedra fría y dura; estuve heroico, estuve sublime..., como que llegué á estar grosero. Calipso se levantó pálida de rabia, y salióse al balcón para que no repararan en su estado. Yo había hecho cuanto se podía exigir de mí y buscando con la mirada á Teresa la hallé en el salón conversando con un amigo, pero mirándome.

—Si V. me lo permite,—le dije, acentuando las palabras,—me retiraré; ya sabe V. que no estoy bueno.

Sí, – contestó, – basta ya de sacrificio por complacernos... Retírese V... Hasta la vista.

Me estrechó la mano, salí y me alejé calenturiento por la escena violentísima con Calipso y por las vagas esperanzas que su rival me había hecho concebir.

A las dos de la madrugada del siguiente día esperaba yo (no lo habrás dudado) al pie del balcón... Estaba nublado y lloviznaba; con este motivo no transitaba nadie por aquel sitio con gran complacencia mía.

Eran las dos y cuarto y permanecía cerrado el balcón de Teresa: los quince minutos los había contado yo como sesenta.

«Y sin embargo, – me decía yo á mí mismo contestando á preguntas tácitas, – ella no es capaz de burlarme ¡no lo es, no, no!»

En el tercer *no*, el más fuerte, dudaba ya... Iban á dar las dos y media... ¡dieron!... «¡Me ha engañado!»

Rechinó el balcón; se abrió poco á poco; destacó una figura del fondo negro de la habitación...

– ¡Bendita seas!... ¡Cuánto me ha hecho V. esperar!

– Atiéndame V., – dijo Teresa con voz breve y que por primera vez sonaba algo trémula: – Mire con cuidado si alguien viene por cualquier parte. ¿No? Me alegro... Ahora ponga V. el pie en el suelo del balcón y salte usted adentro... Le espero á usted.

Se retiró y dejó el balcón vacío. Quedé tan aturdido que no acerté á contestar y no me apresuré á subir..... ¡Cómo! el triunfo que apenas me atrevía á esperar como término de larga y costosa lucha, se me ofrecía sin el menor combate!...

¿Qué mujer era aquélla?

Salté al cuarto de Teresa, que tal era el que recibía luz de la calle por el balcón que escalé, que estaba apartado de los demás dormitorios de la casa y que era vecino del despacho de D. Ramón.

Dí un paso á tientas en la oscuridad y tropecé con los brazos de Teresa extendidos hacia mí...

Te confío tan grave secreto, mi queridísimo Leonardo, porque conozco perfectamente tu sigilo y tu caballerosidad, pero en una carta, aun dirigida á un amigo como tú, no es posible entrar en pormenores de semejantes entrevistas; la mano... la pluma misma, se resiste.

Sí te diré, porque es esencial que te lo diga antes de pasar adelante, que aquel extraño comportamiento de Teresa no nació de liviandad usual ni muchísimo menos. Oyelo bien: lo que yo logré no fué el fruto de su ligereza, sino las primicias de su amor. En este punto un hombre medianamente experto no puede engañarse y yo no me engaño, Leonardo, no. El estallido formidable de pasión que por mi ventura produje, era la primera erupción de aquel volcán, la primera...

La misma Teresa, con sinceridad ingénita y cruda y sin afeites de ningún género además, me explicaba todo esto en nuestra segunda cita, tres noches después, sentados ambos en un diván de su aposento y reclinando su cabeza en mi hombro:

– Quizá me habrás juzgado mal, – decía; – motivo tienes poderoso, sin embargo, para juzgarme con alguna indulgencia... No soy por naturaleza casta, tampoco viciosa; tenía hambre de amante, no de hombre. Lo quiero todo en el amor; regatear las caricias me parece miserable. ¿Es lo que hecho pecado? Pues bien, me consumía el deseo de pecar... Pero por más pecado tengo negarte á tí mi honra que otorgar una mirada á un hombre á quien no amase... ¿No repiten los libros que me hicieron leer, que la materia nada significa, y que el espíritu es el todo? Pues si te entrego el alma, que es lo más, ¿por qué he de guardar el cuerpo, que es lo menos?

Toda ella se retrataba en estas tremendas afirmaciones... Creía, según sus creencias religiosas, que se condenaba, pero caminaba con la frente alta y la mirada fija hacia el infierno.

A mí, y no debes de extrañarlo, me tenía enloquecido; nunca había yo hallado, si así puedo decirlo, un deleite de tanto corazón, ni un espíritu con semejantes explosiones de la carne...

El hecho es que fuimos felices sobre toda ponderación más de un mes. Casi todas las noches acudía á la misma hora al mismo sitio; asaltaba el balcón y permanecía en brazos de mi hermosísima amante hasta que apuntaba la luz del día.

Nada había vuelto á saber de Calipso, y á decirte verdad, su silencio y su ausencia me tenían inquieto. Las tertulias de las de Fueros continuaban á pesar del verano y continuaba yo asistiendo á ellas, aunque cuidando escrupulosamente, lo mismo que Teresa, de no infundir la más lejana sospecha sobre nuestros amores. Ningún jueves volvió Calipso y ya no recibí de ella carta ni recado. ¿Se habría conformado por orgullo ó por no haber otro remedio? Difícil lo consideraba y esto mismo sostenía allá en el fondo de mi ánimo algún recelo... La existencia de inefables delicias, que gracias á la pasión de Teresa gozaba, me inducía á no hacer caso de tales recelos y muy á menudo me los hacía olvidar.

Eran, por desgracia, fundados. Escucha si no. Una noche entré como todas en el cuarto de mi amada; media hora habría pasado allí, cuando de improviso, en la puerta (que ella cerraba siempre por dentro), sonó un golpe que nos produjo terrible sobresalto.

– ¿Quién es? – preguntó, sin embargo, Teresa con voz firme.

La de su padre, seca y dura, repuso:

– Yo; te he oído andar y he supuesto que estarías enferma; abre.

El tono de la orden contradecía el pretexto de la llamada y no admitía réplica. Pero apenas la hija de don Ramón hubo reconocido la voz de éste, me señaló el balcón con ademán imperioso y sin pronunciar palabra.

En el momento de saltar yo á la calle decía ella, descorriendo el pestillo:

– Ya abro.

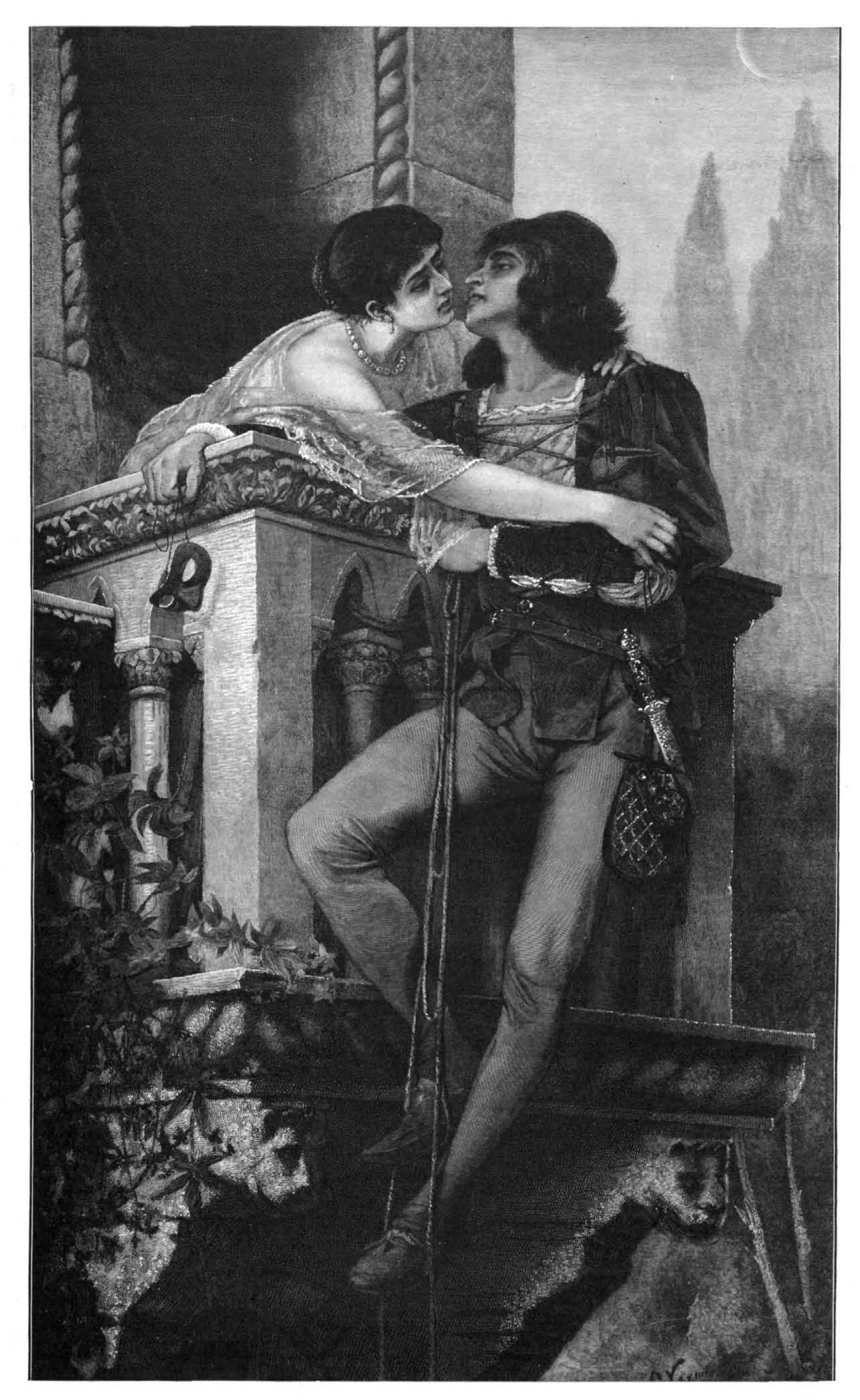
No oí más; cerróse el balcón al momento y yo me encaminé poseído de angustia mortal á mi casa. Permanecí todo el día en ella sin saber qué hacer y al siguiente recibí la carta que copio y en la que te ruego, amigo mío, que te fijes.

«Lo que pasa, Rafael de mi vida, es muy diferente y mucho más horrible de lo que podías imaginar. Mi padre venía seguro de sorprendernos; le habían avisado. Por indicios materiales y por mi instinto seguro de mujer, adivino que que quien nos ha descubierto y delatado es Calipso. Pero no es esto lo que importa: mi padre sabía únicamente que un hombre entraba de noche en mi cuarto. – «Ese hombre, – me dijo, – es, por supuesto, N...» (mi novio) – Quedé aterrada. Mi padre, ya lo sabes, ha creído siempre que aquella escena, casi cómica, del despacho se verificó á costa de mi honor. Hubiera sido inútil negárselo. ¿Cómo pensar otra cosa de una mujer que se halla sola y á oscuras junto á un hombre que le dice apasionadas ternezas? Pero mi padre no puede en modo alguno creer que si he sido liviana ó débil con uno, lo soy también con otro. ¡Ni yo, Rafael mío, puedo consentir que lo crea! ¿Comprendes ahora lo espantoso de mi situación? ¿Comprendes que primero moriré que decirle á mi padre: – «El del despacho era Fulano y el de mi dormitorio Mengano...?» ¡Sería prostituirme y á la vez calumniarme yo misma!... Callé, pues, cuando me habló; callé porque no podía, no debía hacer otra cosa.

»Mi padre prosiguió: – Aquel día te pedí que te casaras con él; hoy lo exijo. Si tú has querido vivir como una mujer mala, yo he de obligarte á que vivas como las mujeres decentes: casada, no amancebada. Te doy de plazo un mes; entiéndete, pero sólo por escrito, con tu amante, y antes de los treinta días que se haga pública la boda. Hasta entonces ni me hables ni me busques. Adiós.»

»¿Imaginas, Rafael, mi espanto? ¿Qué recurso me queda? A mi ver, ninguno. Casarme con el otro sería fácil; pronto me pondría en comunicación con él y á la primera indicación, él, tan sencillo y tan leal, se apresuraría á pedir mi mano... ¡Pero si no le amo, si hoy le odio, le maldigo! ¡Si es causa de los tormentos infernales que sufro! ¡Si me parece ahora tan abominable como en el lance aquél me pareció ridículo!... Ven en mi auxilio, Rafael de mi alma; ven tú, mi amante, tú, mi dueño; sálvame, porque fuera de tí no hay salvación ninguna. Piensa y dime si existe algún medio que me libre, ó del casamiento ó de la deshonra más inmunda. ¡Ay de mí! ¡Creo que no lo hay!

»No podemos ya hablarnos por el balcón y no podemos



ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehrer



EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt



FUEGO Y ESTOPA

tratar por cartas tan terrible asunto. No veo otro recurso sino que vengas el jueves á la reunión, como siempre. De tí mi padre nada sospecha; allí podremos hablar y decidir...

»No quiero terminar estas líneas sin hacer constar, porque quiero que conste, que si, lo que no creo, lo que no quiero creer, la desgracia me obligara á casarme con *él*, tendría en mí una estatua honrada, pero estatua nada más. Mis recuerdos, mi amor, mis deseos, mi alma, todo, mientras yo viva, será tuyo. Dios sea testigo de esta promesa. Tú me conoces sobrado para asegurar si sabré cumplirla...

»Hasta el jueves, Rafael, primero y único dueño de tu *Teresa.*»

Recibí en sábado la carta; en el intervalo de aquel día al jueves de la siguiente semana estalló la revolución de Setiembre. Tú sabes qué sagrados compromisos políticos y de gratitud me obligaban á correr á la frontera para acompañar en el destierro á la Señora. Cumplí como súbdito leal y hombre agradecido.

No me atreví á escribir á Teresa. Podía, por mi significación política, interceptar la policía mi correspondencia; podía una circunstancia cualquiera, hacer que en tan azarosos días, se extraviase la carta. Y en esa carta había de estar la honra de aquella mujer. ¡Comprendes que no podía escribir!...

He aquí, mi querido Leonardo, por qué te he dirigido este volumen manuscrito. Era necesario que tú, mi amigo de la infancia, mi confidente único, mi hermano, supieras todo lo ocurrido antes para averiguar lo ocurrido después, desde hace dos meses – ¡dos siglos! – en casa de Teresa, y para aconsejarme en tan espantosa tribulación.

Espero afanoso tu respuesta. ¡Quiera Dios traerme en ella la solución del conflicto!

Te abraza con todo su corazón tu hermano en cariño – *Rafael.*

CARTA SEGUNDA

Leonardo á Rafael

Madrid 27 de diciembre de 1868

Sólo puedo contestarte, con la afrenta en el rostro y el odio y la desesperación en el alma, que casé hace dos meses con Teresa... – *Leonardo.*

LUIS ALFONSO

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

A mi amigo de la infancia el ingeniero de la Armada don Andrés A. Comerma

I

El pueblo de Alcornocal, teatro de la presente historia, era, en el año de gracia de 1877, una aldea de cincuenta vecinos, situada en un pequeño ribazo á doscientos metros próximamente de la vía férrea que une dos de nuestras capitales de provincia. Asentado el ribazo en mitad de una hondonada, rodeaban la aldea altas y próximas montañas cubiertas de bosques de pinos, hayas y robles, por entre cuyas quebradas se despeñaba bramando un río, semejante á un jabalí al que acosan los alanos. Las faldas de las montañas más próximas al pueblo veíanse alfombradas de sembrados y viñedos, formando con sus verdes matices grandes cuadros, tan regularmente distribuídos y en tal disposición, que traían sin querer á la memoria del observador un inmenso enladrillado de azulejos. La hondonada, ni extensa ni reducida, ostentaba en



LA CONTADINA, cuadro de Davis

su mayor parte frondosos olivares que constituían, al decir de los vecinos, la riqueza principal de nuestra aldea, y á la izquierda de la misma, mirando á la vía férrea, á espaldas de la iglesia, abríase un barranco ancho y profundo, poblado de alcornoques, de donde tomaba el nombre Alcornocal. Y á la verdad que para llamarse así no necesitaba el pueblo de semejantes árboles, pues se bastaban y aun sobraban á darle el susodicho nombre los habitantes del lugar, siendo difícil precisar con exactitud si aquellos alcornoques eran lugareños vegetantes ó si eran los lugareños pedazos animados de aquellos elocuentes vegetales, en un villorrio como aquél, sin más vías de comunicación que algunos caminos de herradura conduciendo á los pueblos comarcanos y á la carretera general que á una distancia de tres kilómetros, atravesaba la provincia. En cuanto al camino de hierro, de poco ó de nada servía á los alcornocaleños, como no fuese de asombro ó distracción, si se tiene en cuenta que los trenes pasaban por allí sin detenerse, como en son de burla, atontándolos con sus silbidos, asfixiándolos con su humo, vomitando á veces insultos y cuchufletas de los viajeros menos cultos, dejando con un palmo de boca abierta, con unos ojos como puños, con las manos apoyadas en sus útiles campesinos, á los honrados cuanto sencillos labradores de aquella triste tierra. De suerte que Alcornocal y sus vecinos, poco menos que encerrados entre dos capitales de provincia, circundados de riscos y montañas, sin más vías de comunicación que las referidas y viendo para mayor escarnio pasar los trenes que no utilizaban y cuya existencia ni siquiera comprendían, parecíanse mucho á un injusto paréntesis trazado en el mapa por la caprichosa mano del progreso, ya pujante al atacar resueltamente el último tercio de nuestro osado siglo.

En cuanto á la población, arquitectónicamente considerada, si tal adverbio puede aquí serle aplicado, formábanla cincuenta casas ó casuchas, una por vecino, negras y destartaladas, distribuídas en una calle con visos de carretera por su sobra de baches y su falta de adoquines, en mitad de la cual se abría una pequeña plaza cruzada por otra calle transversal, más corta que la primera, que iba á morir en el barranco de los alcornoques por un lado y en la hondonada de los olivos por el otro, á lo largo de cuyas calles y plaza holgaban á su sabor muchachos desarrapados ó medio desnudos, cerdos, gallinas y conejos, alternando en el uso de cierta igualdad debida á una naturaleza democrática, con las comadres alcornocaleñas, sentadas en bajas sillas de enea, ya esparcidas, ya en corrillos, siempre menguando la calceta, ó retorciendo el huso, ó mondando legumbres á la puerta de sus viviendas. Las voces desaforadas de los muchachos, unidas á las menos estridentes de las comadres; el gruñido de los cerdos, el cacareo de las gallinas, el chirrido de tal ó cual carreta con su yunta de tardos bueyes, el campanilleo de las caballerías cargadas de despojos campesinos, los cantos ó las chanzonetas de los labradores al volver de sus faenas al hombro la manta y los aperos, todo entrecortado por la esquila de la iglesia recordando á aquellas buenas gentes la salutación del Angel, no dejaban de prestar á la caída de la tarde, cierta rústica animación, no desprovista de poesía á nuestro desheredado Alcornocal. Ni tampoco este último negábale á la vista su lado pintoresco, pues contemplado el lugar desde las montañas vecinas, y sobre todo desde la vía férrea, con sus cincuenta casas agrupadas en torno de la iglesia cuya torre cuadrangular, relativamente elevada, las dominaba todas, ofrecía no poca semejanza con una escuela de párvulos acosando á su maestro, ó con un rebaño de negros carneros rodeando á su pastor.

Sobre las cincuenta casas de Alcornocal destacábase por su elevación y blancura otro edificio situado en la plaza, fronterizo á la iglesia, de construcción más moderna y esmerada, con estuco y cariátides en el frontispicio, rematando de una parte en ancho y anguloso tejado, y de otra en empinada azotea con antepechos de balaustres y jarrones en las esquinas. Esta casa, llamada el palacio por los lugareños, era propiedad de D. Ramón del Soto, primer contribuyente del lugar y por tanto lo que un político al uso hubiese llamado su cacique.

(Continuará)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A la mañana siguiente ha pasado el acceso; cuadrilleros y muchachos parecen avergonzados, y esperan sin duda un enérgico correctivo; pero conténtome con proferir terribles amenazas, menos odiosas, pero tan inútiles como los golpes. Mientras me halle en estado de mandar, estoy seguro de mis hombres, que para obedecerme expondrían su vida sin quejarse; mas si por casualidad pierdo el conocimiento, el recuerdo del castigo no les impedirá seguir los impulsos de su carácter indiferente.

1.° enero 1881. – El año comienza por un *baguio* (tempestad) de excesiva violencia; la fiebre y el mal tiempo me obligan á permanecer en Tubay, cuando tanto tengo que hacer en los alrededores. El *capitán* del pueblo habla un poco español, pero es sumamente estúpido; hasta cuando habla parece dormido, como todos sus subalternos; pero me da cuatro huevos y seis camotes, que no ha podido obtener sin grandes esfuerzos, á lo que él dice; valiéndome de algunas amenazas, ridículas á fuerza de ser exageradas, le arranco algunas hojas de tabaco húmedo, y lo pago todo sin contar, satisfaciendo diez veces más de su valor. El capitán debería moverse un poco y buscarme algunos víveres; pero no lo hace: todos estos manobos conquistados, antiguos y recientes, caracterízanse por una anatonía incurable.

3 enero. – El viento cesa, y puedo hacerme á la mar para volver á Surigao; el 4 doblo la punta de Bilán en pleno día, y veo algunos grandes bancos de polípero, aunque las corrientes son muy violentas; en toda la costa de Butuán no los había observado, cualesquiera que fuesen las profundidades, lo cual me induce á creer, á pesar de lo que se dice, que su desarrollo depende más de la naturaleza del fondo que de la tranquilidad de las aguas.

Llego á Surigao para meterme en cama, pues la fiebre me sobrecoje con más fuerza; pero ahora estoy en casa del P. Luengo, en un buen convento, donde nada falta. Nunca podré agradecer lo suficiente las delicadas atenciones de mi patrón, las del P. Ricart, y de su auxiliar don José Ubach. Estos religiosos, tan indiferentes para su bienestar, saben buscar para mí los manjares que mejor pueden comunicar algún vigor á mi estómago deteriorado. ¡Qué diferencia entre esto y Tubay! Mis muchachos tienen cierto aire de arrepentimiento que me conmovería si no supiera que son incapaces de resistir á la primera tentación.



Viaje á Filipinas. – ¡Hombre al agua!

Muy pronto me restablezco, y prepárome á volver á Davao, siguiendo por mar la costa oriental de Mindanao: es el camino más interesante bajo el punto de vista geográfico, objeto principal de esta parte de mi viaje. En efecto, los recientes trazados no llegan por el norte sino hasta la punta Cauít, extendiéndose por el sud sólo desde el cabo San Agustín hasta Baganga. Si se compara el trazado de la costa entre Baganga y la punta Cauít con la carta marina francesa y la hidrográfica española, se hallarán grandes divergencias.

Me advierten en Surigao que en la presente estación es imposible este trayecto; pero probaré fortuna, á costa de retroceder cuando no pueda pasar adelante: en su consecuencia hago mis preparativos, ayudándome con su concurso todos los españoles residentes en Surigao. El coronel Racaj y D. Carlos Herrera me convidan á comer, y me honran, brindando por el buen éxito de mi empresa. Gracias á la intervención del señor gobernador consigo que me alquilen la mejor embarcación del país, montada por cinco robustos marineros bisayas; y el coronel me da cartas de recomendación para todos los capitanes ó gobernadorcillos de su provincia, previniéndoles terminantemente que me faciliten al punto cuanto pueda desear.

Salgo de Surigao, conservando un grato recuerdo de los pocos días que acabo de pasar aquí. Antes de marchar tengo el gusto de ver al P. Cirici, misionero de Dinagat, y darle gracias por los cráneos que me ha enviado.

11 enero. – Salgo de Surigao á las doce y cuarenta y cinco minutos de la mañana, y llego á las cinco de la tarde á Taganaán, donde cómo con los PP. Jaime Plana y Santiago Puntas, á quienes ya encontré en Talacogón, en el Agusán. El P. Puntas se dirige á Cantilán, en el Pacífico; de modo que debemos encontrarnos muy pronto. Prosigo mi marcha á las ocho y cuarto de la mañana, á fin de aprovechar una corriente de marea, y anclo á las diez menos cuarto en una caleta del Océano Pacífico, delante del pueblecillo bisaya de Placer. Envío mis muchachos á dormir á tierra, conservando sólo dos; y un poco fatigado, me duermo profundamente.

12 enero. – Me despierto á corta distancia de la costa, encontrándome solo á bordo; durante la noche los muchachos se han escapado; habían salido de Surigao sin un cuarto, según dijeron; pero los marineros conservaban el resto de mis adelantos, y obedeciendo á la costumbre de los bisayas, todos han pasado la noche haciendo libaciones. Por fortuna el viento conduce mi barca á tierra; izo la vela, y muy pronto recobro mi personal.

Salgo á las seis de la mañana. Al sud de Placer la costa sólo está ligeramente protegida por las islas; la brisa refresca y el mar comienza á picarse; á las once mis remeros dan muestras de fatiga, porque han navegado durante cinco horas contra el viento nordeste; mas por fortuna puedo anclar al abrigo de Cabgán, islote situado á media milla al sudoeste de Gigaquit.

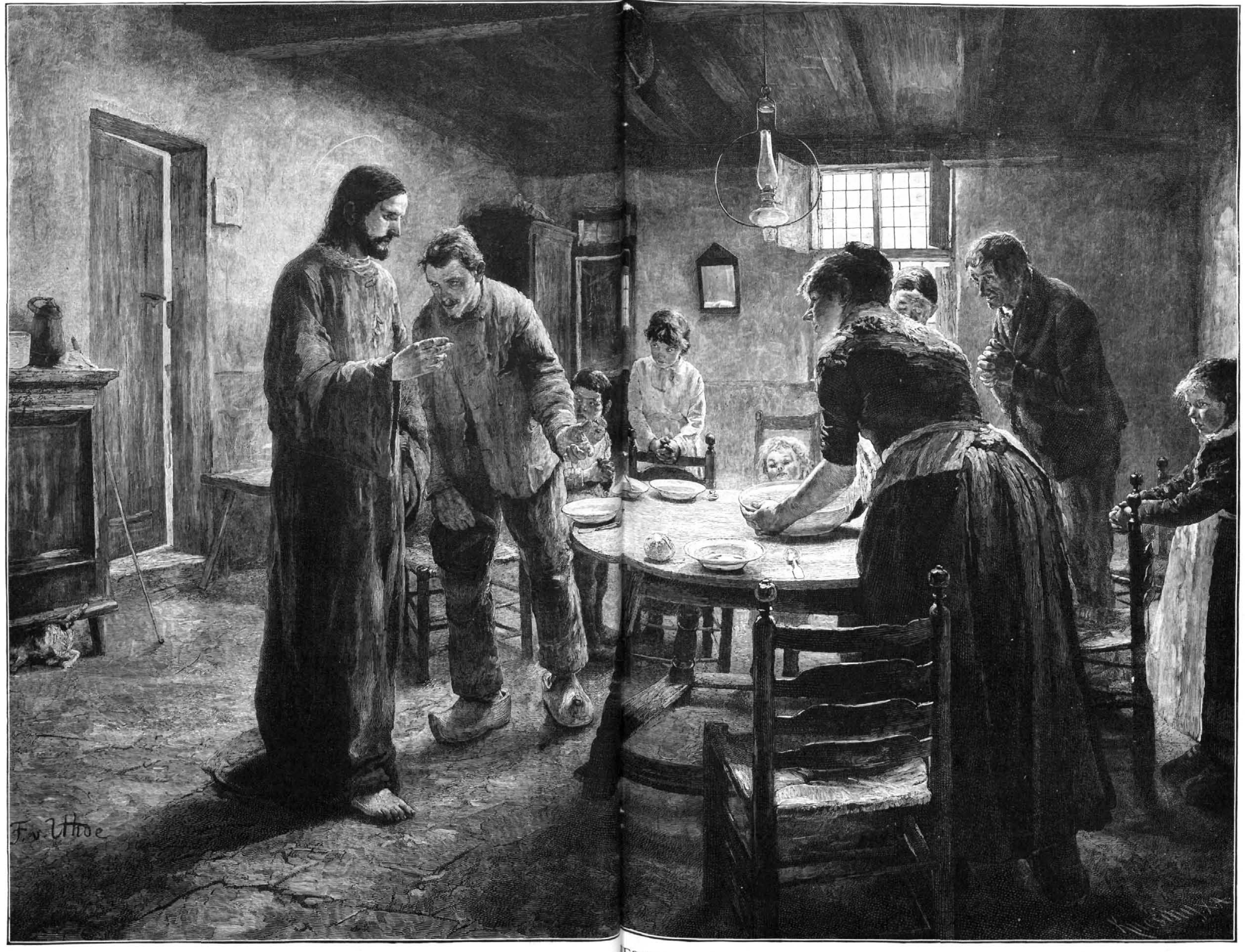
La *calla* (1) ha comenzado; dura el 12 y el 13, y apenas podemos tenernos en pie en la playa del islote por el lado del viento; éste se debilita el 14 un poco, y no tardo en echar de ver que mi tripulación ha consumido cuatro veces más víveres de los que debía, dejando averiar los demás; de modo que es preciso ir á Gigaquit á fin de comprar nuevas provisiones. A pesar del estado del mar, los hombres se embarcan sin decir palabra, y enderezo el rumbo hacia el pequeño río de Gigaquit, al sudoeste de Cabgán; el viento que sopla con furia del nordeste me hace franquear con rapidez la zona de los fondos bajos que me separa de la costa; á pocos cables del río las olas son más grandes, y la barca se desliza fácilmente en la superficie.

(Continuará)

(1) Se da este nombre á las lluvias continuas, con borrascas frecuentes, durante varios días consecutivos.

Viaje á Filipinas. — Camino entre San Juan y Quinablangán

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



BIEN VENIDO SEA JESÚS Á SER NUESTRO HUÉSPED, CUADRO DE RODOLFO SCHUFTER

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 16 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 242

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

Siendo la representación de la belleza uno de los objetos preferentes de toda noble arte, nuestros favorecedores han de estimarnos que aumentemos, con un tipo más, la preciosa colección de verdaderas hermosuras que venimos publicando. Todas ellas son distintas en sus facciones, todas ellas revelan un temperamento propio; y en verdad que si algún inteligente estuviese llamado á convertirse en otro París para hacer presente de la manzana á la más digna de ella, difícil habría de serle hacer justicia con general aprobación. Con las mujeres bellas hay que hacer lo que con las flores: entre la rosa y la camelia, entre el clavel y la magnolia, mejor que escoger la más bonita, es hacer un ramillete con todas ellas.

PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE Á LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen

Mucho se declamará contra las prácticas religiosas; gran número de *espíritus fuertes* pondrán en ridículo á los débiles de corazón que cometen *la inconveniencia* de creer en Dios... ¡Inútil tarea!... El hombre siente la necesidad de creer, hasta tal punto que la convicción de lo sobrenatural es en él lo más natural dentro de su manera de ser. El padre lleva su hijo recién nacido al templo, no ciertamente insiguiendo una costumbre, sino porque su afecto le hace comprender la necesidad de proporcionar á su hijo amado una protección más eficaz, más incontrastable que la de su padre mismo. De igual manera, cuando se ha visto la muerte de cerca y se ha recobrado la salud perdida, á despecho de diagnósticos equivocados y de remedios más que dudosos, el primer impulso del convaleciente es dar gracias á Dios, cuya bondad suple la deficiencia de las pócimas. «El hombre es el único *animal adorador*,» ha dicho un filósofo naturalista; y el más terrible de los revolucionarios franceses añadía: «Si Dios no existiese, tendríamos que fabricarlo.»

En la piadosa costumbre de visitar el templo después de una enfermedad aguda, se ha inspirado el autor de nuestro cuadro, produciendo una obra de buena impresión y verdaderamente notable en algunos detalles. La figura menos atendida es quizás la del protagonista; pero en cambio la de su hermana se capta desde luego la atención y simpatía del espectador. Las dos criaturas del primer término son deliciosas, y el conjunto respira una tranquilidad, un bienestar del alma, que nos da ganas de orar donde oran los que tienen la dicha de creer y de esperar en Dios.

EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Geller

Caprichoso y aun algo rebuscado es el título de este cuadro. Para comprender su intención, bastante epigramática, hay que recordar aquel pasaje de la historia eclesiástica en que se refiere que siete hermanos, murados dentro de una caverna en tiempo de la persecución de Decio, fueron encontrados profundamente dormidos reinando Teodosio el Joven. De suerte que los siete hermanos durmieron nada menos que un sueño de cuarenta años; de lo cual les viene ser conocidos con el calificativo, verdaderamente apropiado, de *los siete durmientes*.

Conocida la tradición religiosa, se comprende el significado del cuadro. El pastor se ha dormido, se ha dormido tan profundamente, que se le ha pasado la hora de salir á apacentar su rebaño. En vano las ovejas balan en torno del lecho y manifiestan su justa extrañeza por la falta de consideración con que son tratadas: el joven pastor ha cogido el sueño de *los siete durmientes*, y según duerme á pierna suelta, parece no ha de despertar hasta que suene la trompeta del juicio. Es un verdadero competidor de los siete hermanos.

El cuadro de Geller es de una ejecución acabada. El lugar de la escena, la figura del pastor, el rebaño, todo, en fin, demuestra el buen talento y la precisión con que el artista ha estudiado los objetos reproducidos. Hay, además, en esta obra un feliz concierto de realismo y de poesía bucólica que, sin disminuir en lo más mínimo la verdad de la situación pintada, le quita indudablemente una parte de su rústica crudeza. Geller es un artista que ve las cosas á través del cristal de una bella arte.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Por lo que toca al vecindario, no hace falta decir que en su inmensa mayoría componíanlo labradores, viniendo á constituir la plana mayor de aquel pequeño ejército de campesinos el susodicho D. Ramón, el padre cura, el médico, el boticario, el maestro de escuela y el albéitar, con el triple carácter este último de herrador, sangrador y sacamuelas, no, á mayor abundamiento, sin pretensiones de poeta, según lo acreditaba un mugriento tarjetón que, colgado de su puerta, en estrafalarios caracteres decía como sigue:

> Rufo, albéitar, sangrador.
> Se extraen muelas, raigones,
> Y se hacen operaciones
> De cirugía menor.

Tal era, descrita á grandes rasgos, la aldea de Alcornocal, durante el verano del año de gracia de 1877, época en que logra su comienzo nuestra tan singular cuanto verídica historia.

II

La plaza de Alcornocal, al parecer cortada á medida para los alcornocaleños, pues toda la población cogía en ella holgadamente, y aun sobraba espacio para las bestias, venía á ser, si así puede decirse, la Puerta del Sol de nuestra aldea. Su figura geométrica era la de un cuadrado imperfecto, no siendo del todo iguales los cuatro lados ni rectos del todo los cuatro ángulos. Ocupaba uno de los primeros, el fronterizo á la calle Mayor, antes descrita y cuyo nombre no revelaba allí gran inventiva, la casa Consistorial con sus dependencias; á la izquierda, la iglesia pegada á la vivienda del padre cura, con la cual se comunicaba interiormente; al lado opuesto el palacio ó sea la morada de D. Ramón del Soto, que llenaba toda la manzana, con esquina á la calle transversal, llamada del Alcornoque por el barranco de los mismos en que terminaba. Los demás edificios, complemento de la plaza, quedaban reducidos á un café, un estanco, una tienda de comestibles, otra de ropas, una confitería y algunas viviendas particulares, pertenecientes á los vecinos más acomodados del pueblo. Tenía, como la Puerta del Sol, adoquinado, si bien más tosco y desigual; al pilón lo sustituía un pozo de ancho brocal, con dos pilastras de ladrillo, unidas en la parte superior por un madero del cual pendía la garrucha sosteniendo la soga en uno de cuyos extremos, siempre húmedo, veíase la cadenilla destinada á sujetar el cántaro de cobre ó de hoja de lata.

La constante animación del centro madrileño hallaba en la plaza de Alcornocal débil remedo en determinadas ocasiones. Era una de éstas la de las diez de la mañana de un domingo de setiembre, hora en que por celebrarse la misa mayor, casi todos los vecinos, de paso para la iglesia, concurrían á la plaza, donde antes y después de la solemne ceremonia, solían detenerse á tratar de los asuntos propios y también de los ajenos, ya con la rústica sencillez, ya con la zafia malicia que les eran peculiares.

A la hora y día susodichos, varios grupos, entre los cuales sobresalían por sus trajes y maneras el de la plana mayor del pueblo, llenaban el espacio comprendido entre la iglesia y el palacio, produciendo con sus múltiples conversaciones un rumor semejante á un salto de agua lejano ó al zumbido de un moscardón chocando con los cristales de una ventana en estrecho aposento sin salida. En corrillos veíanse allí los labradores conversando alegremente, luciendo sus ajustados trajes domingueros de vistoso terciopelo con botones de metal, con el cigarro en la boca muchos, con un clavel detrás de la oreja algunos, casi todos con el flamante gorro colorado descansando sobre el hombro izquierdo y la chaqueta pendiente del derecho, cruzados sobre el ancho pecho los nervudos brazos, las piernas abiertas y combadas, como echando raíces en el suelo y queriendo reventar cada pantorrilla la lana ó la seda bajo la cual se hinchaba. Aquella reunión popular al aire libre, fatal y espontánea á un tiempo, venía á constituir una especie de lonja rústica, donde se contrataban jornales y se vendían productos agrícolas, donde se discutían y comentaban el tiempo y la próxima cosecha, el precio que alcanzarían el vino y el aceite, la escasez ó la abundancia de aguas de riego con los medios conducentes á su más útil aprovechamiento.

Entre tantas y tan parecidas conversaciones, interesaba por lo excepcional la de un corrillo compuesto de cinco ó seis campesinos, no lejos del que formaban el alcalde, el médico, el boticario y otras personas de viso en Alcornocal, si se descarta á D. Ramón del Soto, quien á la hora referida no había salido aún de su palacio.

– ¿Es cierto eso, Isidro? – preguntaba, estupefacto, uno de los aludidos campesinos.

– Mal rayo me parta, Blas, y Dios me arranque esta lengua pecadora, si mintió á sabiendas. Mejor quisiera ver malograda por el granizo la cosecha de mi viñedo, que calumniar al prójimo. Pues bien, ó yo no sé lo que me pesco, ó brujo y muy brujo es D. Ramón.

– ¡Jesús! – exclamaron á coro, santiguándose, los interlocutores de Isidro.

– Es decir, – prosiguió el llamado Blas, – que nuestro señor de Soto...

– Tiene pacto con el diablo... Estos lo han visto, – repuso bajando la voz y acercando á los ojos las yemas del índice y del cordial de la mano derecha.

Un estremecimiento de terror conmovió el corrillo.

– ¿Y qué es lo que viste? – se atrevió á preguntar un rústico nervioso y delgado, de ojos chispeantes.

– Ví y oí, – respondió Isidro, mirando con recelo en torno suyo. – Escuchadme. Ya sabéis que mi mujer padece un golondrino en el sobaco izquierdo. Anoche se acabó el ungüento, y poco antes de las ánimas, tuve que venir por él á la botica. Como me dijese el boticario que no lo tenía hecho y volviese dentro de un rato, le dejé mi jícara y salí á la plaza. Era el plenilunio; la noche estaba casi tan clara como el día. Con intención de tomar el fresco y echar un vistazo á mi viñedo, mientras me despachaban en la botica, tomé por esa calle.

– ¿La del Alcornoque?

– Sí. Ya sabéis que el palacio se extiende á lo largo de la calle y que sus ventanas traseras caen al barranco.

– Todo Alcornocal lo sabe.

– Pues, al llegar allí, sonó una voz extraña sobre mi cabeza.

– ¿Y qué dijo?

– No lo entendí; pero levantando los ojos, pude ver alumbrada y abierta de par en par una de aquellas ventanas. Volvió á sonar la voz; bajé la vista que fué á caer al otro lado del barranco, y entonces, á la luz de la luna, ví otra cosa todavía más extraña.

– ¿Qué... qué viste? – preguntaron todos agrupándose aún en torno de Isidro.

– Tendidas sobre la viña, al otro lado del barranco, largas y medrosas, ví dos sombras, la del brujo y la del diablo.

– ¡Jesús, María y José!

– El brujo, es decir, D. Ramón, porque era él, traía puesta una bata, la cabeza descubierta y los pelos de punta; el diablo...

– ¡Ave María Purísima!

– El diablo junto á él, sobre una mesa, estaba en cuclillas, con la boca muy abierta, pareciéndose unas veces á un cañón de artillería, otras á un sapo en el momento de saltar sobre su presa.

Los compañeros de Isidro daban diente con diente, y hechos una piña en torno de él, sus cuerpos se estremecían, como al impulso de una corriente eléctrica.

– ¿Y qué hacían? – preguntó Blas.

– Yo entonces quise huir; pero la curiosidad pudo más que el miedo, y haciendo la señal de la cruz y rezando un Ave María á la virgen del Carmen, que me acompaña en este escapulario, arrimado á la pared del palacio, debajo de la ventana de aquellos dos condenados, envuelto en la sombra para no ser visto del espíritu maligno, me puse á escuchar, el oído atento y la mirada fija en la viña alumbrada por la luna. Entonces la sombra del brujo se inclinó sobre la del diablo y le dijo al oído no sé qué; sonó un ruido de huesos ó de escamas, y casi al mismo tiempo, estas palabras que, la Virgen no me ampare si miento, oí con toda claridad: *Soy un diablo del otro mundo.* – Espíritu del Averno, – replicó entonces D. Ramón, – espíritu del Averno, ¿por qué me persigues en éste?

– Y el diablo, ¿qué contestó?

– Nada; se burló del brujo, remedándole. Su voz era ronca y gruesa, como salida de las entrañas de la tierra; el aire olía á azufre, el diablo jugueteaba con el rabo entre las piernas, y en cuanto á D. Ramón, á pesar de su brujería, conocí que no las tenía todas consigo. Yo temblé también, echando á correr como alma en pena. Al volver á la botica en busca del ungüento, mi cara debía ser la de un difunto, porque el boticario me preguntó si me había sucedido algo; le dije que acababa de encontrar un lobo, y me dió á beber una medicina que sabía al mismísimo demonio de D. Ramón.

– ¡Es espantoso! – dijo uno de los labriegos.

– A mí no me llega la camisa al cuerpo, – añadió otro.

– Será cosa de avisar al señor cura, – concluyó un tercero.

– Nada de eso por ahora, – repuso Blas; – esas cosas son muy expuestas, y el diablo, aunque separado del brujo, pudiera tomar venganza en el delator.

– Dios nos libre.

– Amén.

– ¿Desde cuándo está poseído D. Ramón del espíritu maligno?

– Probablemente desde que vino de América, – contestó Isidro.

– ¿Y hay diablos en América?

– Más que aquí. Nunca nos enviaron cosa buena.

– ¿Y há mucho que D. Ramón vino de allá?

– Un mes escaso. Ya sabéis que el brujo vive en la corte, que viaja mucho y sólo pasa en Alcornocal una parte del verano.

– Dí del otoño, pues viene á la vendimia.

– ¿Y está muy lejos eso?

– *¿Cuálo?*

– América.

– Yo no sé; dicen que cae en el otro mundo; primero hay que pasar esas montañas, luego toda la provincia, luego toda España, luego el mar, en seguida...

– ¿Y no se muere uno antes de llegar allá?

– Algunas veces.

– Pacto es preciso tener con el diablo para hacer ese viaje.

– Pues... D. Ramón ya no es un niño.

– Por eso...

– Cierto, nadie mejor...

– ¡Ahora caigo! – dijo Isidro dándose en la frente una palmada. – Sí, amigos, mi mujer, el mes pasado cabalmente, hallándose una noche asomada á la ventana por la parte del barranco, al dar las ánimas, vió venir un brujo por los aires, montado en una escoba.

– Sería él, D. Ramón.

– ¿Quién había de ser sinó?

– Silencio, ahí está.

En efecto, un caballero de unos cincuenta años, de aspecto bondadoso y mirada inteligente, vistiendo *chaquet* y pantalón de color, chaleco blanco y sombrero de jipijapa, salía en aquel momento del palacio, dando el brazo á una hermosa dama como de treinta años, elegantemente vestida y en todo el esplendor de su hermosura, á cuyo lado se veía un joven petimetre de traje y de modales cortesanos que, unidos á su figura distinguida y estúpida á un tiempo, recordaban á un socio del Veloz-Club ó de la Peña. Los tres cruzaron la plaza con dirección á la iglesia, saludando de paso á los alcornocaleños en aquélla reunidos. Al pasar junto al grupo de nuestros campesinos, éstos, agitados y temblorosos, con disimulo clavaron los ojos en el suelo y más de una mano pugnó por levantarse á hacer la señal de la cruz.

– A quien compadezco es á su señora, – dijo uno, – tan guapa... parece un ángel.

– Y ese señorito que les acompaña ¿quién será? – preguntó otro.

– *Él*, el diablo tal vez, – contestó Isidro; – ya sabéis que el espíritu maligno se disfraza cuando quiere.

– Y ella ¿no sabrá nada? ¡Pobrecilla!

– Se han detenido á hablar con el señor alcalde y los del corro... Ya entran en la iglesia. ¡El diablo en misa! Hum, aquí va á pasar algo.

– Pues á mí, – dijo el más nervioso de los labriegos, – que me emplumen si creo en la brujería de don Ramón.

– ¿Por qué lo dices?

– Porque los brujos no van á misa.

– ¡Ta, ta! – replicó Isidro; – van cuando les conviene, á jugar á los santos alguna mala pasada, de embajadores del diablo; ó así va D. Ramón ó no coja yo un azumbre de mi vino.

– Convendría avisar al señor cura.

– Todavía no, – repuso Blas, – tengo una idea.

– Díla.

– Esta tarde en el café. La campana nos llama y el alcalde y sus amigos entran en la iglesia; vamos á misa ahora.

– Y si...

– No temáis, nada ocurrirá.

– Lo dijo Blas...

Un momento después, la plaza de Alcornocal quedaba desierta.

III

Conforme había asegurado Blas, la misa mayor fué devotamente rezada, sin que el diablo manifestara en modo alguno su presencia. Terminada la ceremonia, la plaza se volvió á llenar de concurrentes hasta la una, hora en que aquellas buenas gentes, después de dárselo al alma, daban al cuerpo el sustento apetecido. D. Ramón del Soto, su esposa y el petimetre, saliendo de la iglesia de igual manera que los vimos entrar en ella, se dirigieron al palacio. En cambio la plana mayor de Alcornocal, dando escolta al alcalde, comenzaron á pasear á lo largo de la plaza, en animada conversación, deteniéndose maquinalmente á ratos, gesticulando con energía, ya hablando todos á un tiempo, ya escuchando todos hasta quitársela al único que llevaba la palabra, sin cuidarse poco ni mucho de los ojos de los circunstantes, con frecuencia amenazados por las conteras de los bastones que enristraban sus sobacos.

– Para mí, – interrumpió el boticario, parándose bruscamente en medio de sus compañeros, – algo extraordinario ocurre en casa de D. Ramón.

– ¿En qué se funda V. para creerlo? – preguntó el alcalde.

– Primero en su retraimiento desde que regresó de su último viaje; ya no nos acompaña todas las noches al tresillo según acostumbraba.

– Esa no es razón, – objetó el médico; – desde que está con su mujer y tiene un huésped, naturalmente, pasa las veladas en familia. Además, él nunca fué gran jugador.

– Después, – prosiguió el farmacéutico, – la otra noche, convidando á ello la luna, tuve la humorada de salir con mi practicante á dar un paseo por la orilla del barranco.

– ¿Y qué? – dijo el maestro de escuela.

– Al llegar al pie de las ventanas del palacio, oímos voces y ruidos temerosos, como de una disputa acalorada, próxima á pasar á vías de hecho.

– ¿Y entendieron Vds. algo? – interrogó el albéitar.

– Distintamente, sólo estas palabras: – ¡Voy á arrancarte el alma, infame seductor! – En cuanto á lo demás, todo se reducía á imprecaciones y amenazas, propias de hombres dispuestos á reñir mortal combate.

– ¿Quién las profería?

– Dos eran los interlocutores; en uno de ellos poco hubo de costarnos reconocer á D. Ramón. Por lo que toca á la otra voz, ronca y de bajo profundo, por más vueltas que le dimos, no atinamos de quien fuese.

– ¡Cosa más particular!...

– No es esto todo, sino que la luz de la luna proyectaba sobre la viña de enfrente, al lado opuesto del barranco, la forma larguirucha de nuestro compañero junto á la de un ser extraño, algo semejante á una rana ó á una escoba, mientras aquél manoteaba y se movía como un poseído.

– ¡Ja, ja, ja!

– Señores, no es que yo crea en brujas ni en aparecidos... ¡no faltaba más! Con todo, aquello necesita una explicación que yo no encuentro.

– ¿Y no subieron Vds. á casa de D. Ramón? – preguntó el médico.

– ¿Tampoco saben Vds. si al fin vinieron á las manos? – añadió el alcalde.

– Ni á lo uno ni á lo otro puedo contestar, – prosiguió el boticario, – porque cuando me decidía á lo primero, como la botica se halla á un paso del barranco, fueron á llamarme á mi casa para la confección de un medicamento tan urgente como arriesgado. No me atreví á fiárselo al practicante y le propuse subir al palacio con cualquier pretexto; más al chico no le llegaba la camisa al cuerpo y se negó á verificarlo. Señores, hay más aún: Isidro, el propietario de la viña inmediata al barranco, estuvo anoche en la botica por un ungüento, y como éste exigiese alguna preparación, le ordené volver dentro de diez minutos. Pues bien, á la vuelta traía la cara como un difunto. Al preguntarle la causa, me contestó que había visto las orejas al lobo; pero yo sospecho que lo que vió y oyó fué lo mismo que nosotros. En cuanto á D. Ramón, no es probable que le aconteciera ninguna desgracia; todos acabamos de verle tan orondo.

– Otro tanto puede decirse de su esposa.

– Y del pollo cortesano.

– Señores, ¿quieren Vds. oir lo que yo creo? – repuso el médico.

– Somos todos oídos.

– Pues, con franqueza, que el de Soto va á necesitar en breve de mis servicios, ya que, por lo visto, está chiflado. La chifladura, señores, es la primera manifestación de la locura.

– Más bien creo yo otra cosa, – rectificó el albéitar.

– ¿Y es?...

– Que D. Ramón tal vez sorprendería con el petimetre á su mujer, con lo cual nada tiene de extraño que se armase allí la gorda; él le dobla á ella la edad y las mujeres...

– ¡Imposible! – replicaron todos, – acaban de pasar los tres á partir un piñón.

– No se fíen Vds. de las apariencias; el escándalo asusta al más templado, las conveniencias sociales se imponen en ciertas ocasiones. Pudiera muy bien ser...

– Doña Rosario goza fama de virtuosa, – argumentó el alcalde.

– Y con razón, – añadieron todos menos el albéitar.

– Sí, cobra fama y échate á dormir, – concluyó este último entonando la frase.

– Pero... vamos á ver, ¿sabe V. algo?

– ¿Yo? ni esto

– Pues entonces...

Un dependiente de la autoridad, saliendo de la casa Consistorial, llamó aparte al alcalde y habló con él breves momentos.

– Señores, – profirió éste, – la conversación de Vds. es tan agradable que me distrae de mis deberes; olvidaba que tengo citado al pirotécnico de Riafría para la fabricación de los fuegos que han de quemarse por San Cosme y San Damián, patrones de Alcornocal. Queden ustedes con Dios y no murmuren del prójimo.

– ¡Diantre! – exclamó el médico, – ¡las doce y media y mi enfermo sin asistencia! ¡Abur, señores!

– Oiga V., ¿en qué quedamos? – le gritó el boticario.

– ¿Sobre qué?

– Sobre lo que estábamos hablando.

– Por mi, queden Vds. como quieran; yo doy tiempo al tiempo; lo que fuere sonará, – respondió el facultativo, ya próximo á la embocadura de la calle Mayor.

Y como estas últimas palabras hubiesen llamado la atención de algunos paseantes, que volvieron la cabeza, el resto de nuestros interlocutores reanudaron en voz baja la interrumpida conversación.

No habían trascurrido diez minutos, cuando un alboroto desusado en Alcornocal, cundiendo á lo largo de la calle Mayor y tomando á cada instante más ruidosas proporciones, vino á sobresaltar á cuantos se hallaban en la plaza.

– ¡Allá va! ¡Cuidado con él, cuidado con él! – gritaban muchas voces.

Y el caso á la verdad no era para menos. Un novillo de una vacada que se hallaba pastando en las cercanías, partidario tal vez de una emancipación extemporánea, había penetrado en el pueblo y campaba por su respeto á lo largo de él, dirigiéndose á la plaza, muy dispuesto, según se desprendía de su actitud, á no dejar títere con cabeza. El rabadán le seguía jadeante, dando voces que secundaban los vecinos, mientras la fiera, repartiendo cornadas á diestro y siniestro, intentaba derribar cuanto á su paso se oponía.

En un abrir y cerrar de ojos, todo Alcornocal quedó convertido en un campo de Agramante, la plaza en circo taurino y los alcornocaleños en Lagartijos y Mazantinis forzados. En la calle Mayor, que por ser casi la única era bastante extensa, susto general, corridas de personas y bestias, voces de hombres y mujeres, lloros de niños, gruñidos de cerdos y cacareos de gallinas, cierre de puertas, vuelcos de sillas, tañidos casuales de campanillas y cencerros, alternando todo ello con los frecuentes mugidos de la fiera, repercutidos á intervalos por los ecos de las próximas montañas, componían una sinfonía exótica y salvaje, tan inimitable como digna del oído inculto del hombre primitivo. En la plaza deshiciéronse los grupos como banda de gorriones á la pedrada de un pilluelo; cerráronse todas las puertas con estrépito, y algunos paseantes morosos ó descuidados, sin tiempo para guarecerse en los edificios, quedaron poco menos que incrustados en las paredes, confundidos algunos con las cariátides del palacio, sin otra señal de vida que un nervioso temblor agitando sus cuerpos convulsivos. Casi instantáneamente, cruzando un tren aquella región desheredada, la locomotora lanzó un fuerte silbido en son de burla contra aquellos infelices, y los vagones, al rodar sobre un puente que salvaba el río, traquetearon produciendo un ruido estridente que bien pudiera tomarse por la carcajada del progreso en las barbas desgreñadas de la barbarie.

En tanto el novillo, furioso y resoplante, al llegar á la embocadura de la calle, topó con un asno abandonado en el tumulto, arremetióle en un decir Jesús, y mezclándose mugidos y rebuznos, lo abrió en canal de una cornada. El rabadán, mozo fornido y alto, aprovechando un descuido de la fiera distraída con su víctima, cerró con ella, agarrándola de los cuernos y haciendo esfuerzos inauditos para derribarla, hasta que venciendo el bruto al hombre, lo despidió de una fuerte sacudida, dejándolo en tierra ensangrentado y polvoriento. Acto continuo la fiera penetró en la plaza; cuadróse en mitad de ella, alta la cerviz, hinchadas las narices; arañó el suelo con las pezuñas de las manos y lanzó en son de reto un mugido precursor de nuevas fechorías.

Entonces el alcalde, asomado al balcón consistorial entre dos concejales, gritó con todos sus pulmones:

– Vecinos de Alcornocal, ¿seremos tan cobardes que nos rindamos todos á un becerro?...

Apenas hubo proferido estas palabras, dos guardias rurales, única fuerza pública con que contaba la población, bajaron arma al brazo hacia la plaza. En el mismo instante, todas las puertas, como bocas ahítas, se abrieron vomitando labriegos armados de palos y aperos; quién empuñaba la reja, quién la azada, quién el rastrillo, éste una piqueta, aquél un asador; muchos con ánimo de capear al bicho, salieron medio envueltos en la percalina roja y amarilla de las colgaduras con que en las grandes festividades engalanar solían sus ventanas.

Los guardias rurales, en actitud de apuntar á la fiera, permanecieron indecisos, no atreviéndose á hacer fuego por temor de herir á algún vecino. Todos, enarbolando sus útiles convertidos en *trastos*, haciendo muletas de las colgaduras, cerraron contra el animal, que acosado de tal suerte, arremetió con ellos y derribando á unos y contundiendo á otros, magullado él también, abrióse paso entre una nube de polvo hacia la calle del Alcornoque, seguido en tropel de los improvisados diestros.

El novillo, que era de pies y corría como fiera perseguida, detúvose bruscamente al llegar al borde del barranco; quiso retroceder, más impidióselo una muralla de gente parapetada tras otra muralla de armas amalgamadas. Incierto el animal entre retroceder ó despeñarse, volvió á arañar el suelo con fiereza y lanzó un nuevo mugido.

– No hay nadie enfrente... ¡Esa, esa es la ocasión de darle un tiro! – gritaron varios labriegos dirigiéndose á los guardias.

Los aludidos, apercibidas las escopetas, avanzaron entre la multitud que se estrujaba por abrirles paso. Pero antes que tuvieran tiempo de apuntar, abrióse una ventana del palacio, sonó una detonación, y el toro, retrocediendo de improviso, después de trazar un arco con el testuz, cayó redondo al suelo como si lo descabellara Lagartijo. Todos instintivamente alzaron los ojos á la ventana y vieron en ella al petimetre empuñando una carabina Remington, humeante todavía.

– ¡Soberbio tiro!

– ¡Vaya una puntería!

– ¡Ole por el señorito! – prorrumpieron alternativamente muchas voces.

El héroe de la aventura hizo con la mano un saludo militar en señal de gratitud, y dejando á un lado la carabina, trabó conversación con D. Ramón y su mujer, quienes se habían acercado á la ventana á presenciar lo que ocurría.

En un momento casi todo Alcornocal, hombres, mujeres y niños, rodearon el cadáver de la fiera, y habiéndole atado á los cuernos y cerviz algunas cuerdas, y tirando de ellas á porfía, procedieron á un triunfal arrastre por las calles y plaza del lugar, entre remolinos de polvo y estruendosa vocería.

Isidro y Blas, con sus compañeros de corrillo, permanecieron en la plaza comentando el caso, según el leal saber y entender que á su limitada inteligencia convenía.

– A mí no me la pegan, – murmuraba el primero; – todo eso ha sido obra del brujo; Dios y la Virgen nos amparen, no presiento cosa buena; él azuzó la fiera, él la mató; ese toro era el diablo, el enemigo de Dios y de los hombres.

– Pero, ¡si el diablo no se muere ni le matan nunca! – objetó un rústico.

– Ha muerto como toro, no como espíritu maligno, – observó Isidro.

Sus interlocutores menearon la cabeza, no creyendo ó no explicándose una muerte tan compleja.

– Oíd y lo entenderéis, – repuso el campesino; – ¿es cierto que el diablo se disfraza cuándo y cómo quiere?

– Sí, sí.

– Pues bien, esta vez se ha disfrazado de toro, mejor dicho, se ha metido en el cuerpo de esa fiera...

– ¿De suerte que la fiera tenía el diablo en el cuerpo?

– Eso es. El petimetre de un tiro ha matado á la fiera, y el espíritu, no teniendo ya dónde aposentarse, ha volado á otra parte, sano y salvo como antes. ¿Lo entendéis ahora?

– Perfectamente; como, cuando nos morimos, nuestro cuerpo y nuestra alma se separan, muerto el uno, viva la otra.

– Las fieras y los malvados, – observó Isidro, – todos tienen el diablo en el cuerpo; por eso hacen daño, por eso van al infierno después de muertos.

– ¿También las fieras se condenan? – preguntó uno de los labriegos.

– ¡Qué duda tiene! ¿No viste nunca serpientes, dragones y otras alimañas, acompañadas de los demonios en los infiernos que nos pintan?

– Sí que los ví.

– Pues aquellas son fieras condenadas como el toro que ha matado el petimetre.

– ¿Y adónde habrá ido ahora el espíritu maligno?

– Eso debe de saberlo el brujo.

– Si avisáramos al señor cura.

– De ningún modo, ¡ya os he dicho que tengo una idea! – interrumpió vivamente Blas, quien hasta entonces había permanecido meditabundo.

– ¿Una idea?

– Sí, un plan.

– ¿Y cuál es?

– Muy sencillo, darle una paliza.

– ¿A quién?

– Al diablo.

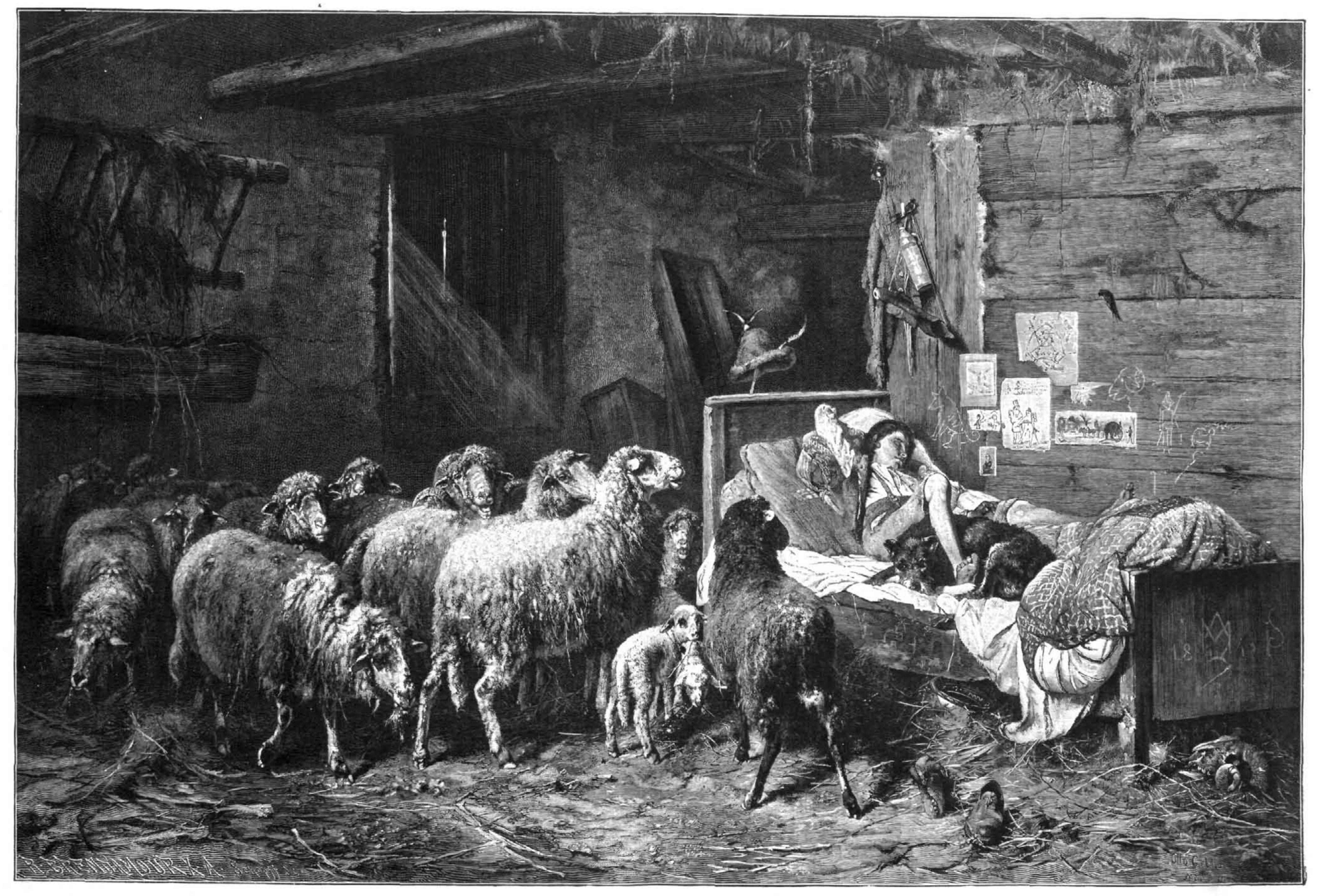
– ¡Al diablo! ¡Imposible!

– Ya veréis.

– ¿De qué manera?



PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE Á LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen



EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Gelle

– Aguardadme en el café esta tarde y hablaremos. Como seais hombres de pelo en pecho, yo os lo fío, ni el brujo ni el diablo han de volver á molestarnos.

– A fe que no faltaré.

– Ni yo.

(Continuará)

INSECTOS Y FLORES

Acontece á menudo despreciar lo pequeño, no poner atención en su utilidad, ni parar mientes en su verdadero papel. También sucede á muchos que miran superficialmente los hechos que á su vista pasan, no reconocen sino lo exterior de las cosas, fijándose poco ó nada en que el hecho natural más insignificante, sobre explicar otros fenómenos y ser fuente de aplicaciones prácticas, lleva dentro de sí una ley suprema que es necesario investigar y descubrir.

Por fortuna la naturaleza presenta de continuo en su evolución perennes ejemplos infinitos de solicitud con lo pequeño, ya proveyendo á sus necesidades, como madre solícita y cariñosa, ya juntando y reuniendo la labor individual y el débil esfuerzo de sus más insignificantes hijos para ofrecerlo á la contemplación de los grandes, según acontece con el trabajo incesante é inmenso de los foraminíferos, ya aprovechando lo pequeño en sus obras perfectas y sublimes, en los momentos de multiplicación de los seres, en establecer relaciones y enlaces entre las familias y aun en la fabricación de galas y adornos que deben ostentarse en las fiestas de la primavera ó en las misteriosas nupcias de las flores.

En esto, que puede calificarse de relaciones de seres y aún de evolución, en cierto sentido, los organismos, si insignificantes por tamaño, bastante adelantados en la escala general de la creación, gozan importantes privilegios, á la par que cumplen funciones admirables. Buena prueba de ello se encuentra en el ya clásico estudio del egregio naturalista Darwin acerca de la fecundación de las orquídeas por los insectos y en la relación de los colores de éstos con los de las flores, acerca de cuyo punto pueden hoy citarse muchos y curiosos fenómenos, que habré de examinar, en conjunto, en el presente artículo. Mas antes de entrar de lleno en el asunto, he de manifestar que reconozco en los seres todos y en la naturaleza misma un como instinto ó sentido á desdoblarse y manifestarse en mil formas diversas, á la manera que las flores encerradas en el capullo ábrense en la primavera para ostentar las bellezas de la corola, ó como los frutos dehiscentes tienen la propiedad ó fuerza expansiva en cuya virtud rompen el pericarpio y dejan caer la semilla, entregándola confiados al maternal cuidado de la tierra. Este como anhelo y necesidad de reproducirse explica multitud de actos y fenómenos inexplicables de otra suerte, y aun la misma adaptación al medio y el modificarse una especie cuando no puede perpetuarse en determinada forma, parécenme á modo de manifestación de esta fuerza que es al cabo el carácter de la naturaleza misma trasmitido á sus hijos todos.

En este sentido el papel de lo pequeño, el trabajo de esos diminutos seres que pululan por todas partes, es sobremanera importante. Hay una planta delicada que vive bajo las aguas, es monoica y la flor masculina crece en las orillas de los ríos. Cuando llega la época de la florescencia, el individuo femenino asciende á la superficie de las aguas, allí abre el botón de su flor y si un insecto no deposita el polen que adherido á sus patas lleva del individuo masculino, no puede haber fecundación, pero al tocar el animal la flor acuática, ciérrase y torna al fondo de las aguas ya fecundada. Este hecho, cuya observación, sobre ser curiosa é importante, es agradable en extremo, constituye uno de los casos más sencillos de este trabajo de los insectos y puede servirnos á modo de punto de partida en el examen de sus relaciones con las flores.

Cuando no se hallan los individuos masculinos y femeninos en un mismo pie de planta la fecundación verifícase por dos medios distintos, á saber: el aire y los insectos, y es realmente cosa notable examinar los caracteres de las flores fecundadas por cada uno de estos dos medios.

En un estudio muy importante acerca del particular, recuerdo haber leído una muy ingeniosa comparación, que puede dar idea de ambos medios y á la par de la solicitud verdaderamente maternal de la naturaleza. Supóngase que se trata de mandar á Europa desde América una cantidad de trigo; podría hacerse—y esto fuera lo más primitivo y elemental—arrojando el grano al mar, confiándolo á la corriente del Golfo, seguros de que llegaría porción insignificante, ó bien embarcándolo en un vapor, de cuya manera las pérdidas serían escasísimas. Estamos en un caso parecido al primero en la fecundación de las flores femeninas por el aire y se asemeja al segundo la fecundación por los insectos. Realmente son estos los procedimientos naturales y conviene fijarnos en la manera cómo se efectúan y en las relaciones que establecen entre las flores y los medios de fecundación, en cuyo asunto se comprenden los siguientes puntos:

Condiciones de las flores y caracteres esenciales, según se fecunden por el aire ó por los insectos (colores, inflorescencias, formas de las flores).

Relación del color de las flores y el de los insectos que las fecundan.

Papel de los olores, esencias y demás productos segregados.

Elección de los insectos de ciertas partes coloreadas.

Respecto del primer punto hay que notar cómo las flores fecundadas por polen que arrastra el aire están siempre en ramas altas y muy al descubierto. Los cálices son rudimentarios generalmente, las inflorescencias en racimo y otras formas por el estilo, únense con frecuencia para ofrecer gran superficie. Son casi siempre de color blanco, verde ó con matices poco definidos y de continuo claros; ninguna cubierta especial protege los órganos sexuales, antes por el contrario, hallánse al descubierto y como desnudos, los masculinos para abandonar con presteza el polen, los femeninos á fin de recogerlo cuando hasta ellos lo lleve una corriente aérea. Todo en estas flores es visible y nada permanece encerrado ó protegido; confiadas en el inconstante viento, á merced de sus corrientes abandonan los gérmenes, de los cuales la mayor parte ha de perderse necesariamente.

Esto explica, en cierto modo, el aspecto probable de la flora de la tierra antes de la aparición de los insectos, flora escasa en especies á cuya multiplicación contribuyen no poco los mismos insectos y el color verde ó á lo más blanco de todas las flores. ¡Triste monotonía en verdad la de la primera infancia del globo, que contrasta con la infinita variación de su edad viril y de su misma vejez!

En cambio examínense las flores fecundadas por los insectos. Escóndense en su interior los órganos sexuales, protegidos por una corola alargada contra las inclemencias del tiempo. Son coloreados los pétalos con matices variables al infinito y allá en el nectario hay glándulas que segregan líquidos azucarados de exquisito aroma. Ábrense estas flores en ramos que casi nunca son terminales y parece que en ellas la naturaleza ha dispuesto las cosas de modo adecuado para recibir á huésped que á la flor trae tan rico presente. Aquí no se pierde polen y no es preciso que lo haya en exceso; porque al insecto atráenle á la planta irresistibles encantos y por nada se posaría en otra flor.

Cuando se observa la coloración de las flores fecundadas por los insectos, puede preguntarse si sus matices atraen en realidad al animal, porque es observación ya antigua que cada flor es preferida por determinada especie de insectos. A fin de comprobarlo citaré tan sólo dos experimentos practicables con facilidad extraordinaria y en cualquier tiempo.

Obsérvase que las mariposas acuden siempre á flores de determinado color; en una planta cualquiera colóquense algunas de ellas artificiales ó aun sustitúyanse todas. Las mariposas acuden lo mismo, se posan en las flores artificiales y revolotean en torno suyo engañadas por la semejanza del color.

También pueden quitarse los pétalos de las flores predilectas de determinados insectos y no se les verá acudir á ellas aun cuando queden intactos los órganos de la germinación, lo cual demuestra que el color de los pétalos ejerce poderosa atracción sobre ellos.

Otras veces, para demostrarlo, se cubre la flor de un color distinto del suyo y habiendo varias en el mismo pie de planta, no se ponen nunca los insectos sino en aquella que tiene su coloración natural inalterable. Todavía los insectos que se alimentan de flores, dejan sin atacar las partes que se han coloreado previamente y sólo devoran las del color que les atrae.

Estos hechos demuestran, en mi sentir, dos cosas: el color de las flores ejerce acción sobre los insectos que las fecundan y éstos, á su vez, poseen en grado eminente el sentido del color y cierta especie de elección estética que puede causar en ellos una suerte de sentido artístico, tan primitivo y rudimentario como se quiera. Así, pues, en el solo hecho de la fecundación de las flores por los insectos hay lugar á establecer cierta serie de relaciones importantísimas entre unos y otros seres. Como en la naturaleza no existe nada inútil y sin objeto, puede afirmarse que entran por mucho en el acto especial de la propagación de las plantas estos que pudieran llamarse accidentes exteriores de la flor; porque si en la corola halla el insecto no sólo sabrosísimo alimento y materiales con que elaborar dulce miel, sino algo como satisfacción de un rudimentario placer estético, ya sirven para algo más que recreo de la vista los ricos aromas y los pintados pétalos, verdadero encanto de quien lleva en sus patas lo que ha de propagar tanta belleza y esplendor en serie indefinida de individuos.

Pero esto sería bien poco si tales condiciones de las flores no tuvieran otro carácter muy singular y notable. Fijando la atención sólo en el color, por ser la condición más saliente, he de hacer notar, que á excepción de algunos himenópteros, en los cuales no está bien estudiada la desemejanza, el color de los insectos tiene grandes analogías con el de las flores que frecuentan, estableciéndose por esto una relación que hace pensar si las plantas pagarán la acción fecundante de ellos, dotándolos de sus mismos matices ó si las flores deberán en realidad su color á los insectos. Paréceme que ambas cosas son ciertas, en cuanto las flores debieron adaptarse primero á las condiciones especiales necesarias para atraer los seres á cuyas patas va adherido el fecundante polen y por adaptación también explícase que los insectos tomen el color de las flores que les sirven de alimento. Se puede probar lo primero examinando las corolas monocromas en relación con los insectos que de ellas se alimentan ó en ellas se posan, para lo cual es suficiente observar cómo las mariposas blancas van de ordinario á posarse en flores claras ó blancas y las oscuras acuden á su vez á las flores oscuras; libélulas, pulgones y otros otros insectos prefieren las partes verdes y en general aquellas que más se parecen á sus colores. En las corolas manchadas se nota siempre gran concurrencia de insectos con manchas sobre una tinta uniforme y por punto general los colores vivos atraen siempre á individuos que también los poseen. Hay, pues, una estrecha relación entre los colores de los insectos y los de las flores; pero no relación tan sencilla como pudiera parecer á primera vista, sino dependencia mutua, en cuanto el matiz de no pocas corolas ha de deberse necesariamente á insectos que las frecuentan y han modificado en tiempo más ó menos lejano.

Es ya un hecho adquirido por la ciencia y confirmado plenamente con las observaciones de Hœckel en la India que casi todos los seres toman el color del medio en que viven, así que la fauna de ciertas regiones es de color verde, sobre todo varias especies de reptiles inofensivos, que sirven de alimento á animales mayores. Tal hecho, que no es otra cosa sino mero fenómeno de adaptación al medio, tiene dos objetos: hacer que el animal, por tener color semejante á las hojas ó á las flores, se libre de la persecución de sus enemigos, ó bien hacerle invisible para su presa, que puede cazar libremente protegido por la coloración. En punto á esto, la importancia del color en la naturaleza es tan grande que no sólo los insectos por las flores, sino unos por otros tienen predilección ó aborrecimiento á causa del color, dándose el caso de ver un insecto atacado por otro, defenderse presentando un matiz determinado, y cadáveres medio devorados con algunos puntos de distinto color que el general del cuerpo, perfectamente intactos como si preservaran del cruel enemigo.

Cuanto va dicho es suficiente para demostrar las mutuas influencias y relaciones de flores é insectos, cuyo papel en la naturaleza se completa y cuyo trabajo, por demás interesante, demuestra los medios ingeniosos por los que la vida se continúa en formas infinitas. Como en el hombre los sentidos constituyen los intermediarios por los que el mundo exterior penetra en nosotros, así en los insectos valen y contribuyen á establecer una vida de relación, si en círculo más limitado y estrecho, no menos interesante y digno de estudio que la vida de relación del hombre mismo, ya que no sólo en lo grande sino quizás con mayor claridad en lo pequeño se ven confirmadas aquellas eternas é inmutables leyes por las que se rige la variación de las formas.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

CARTA DE AMERICA

Nueva Orleans. – Los buques y su cargamento de algodón. – Las prensas del algodón *(cotton presses.)* – El Mississippí y el cultivo de naranjas.

En 20 de diciembre de 1803, Francia cedía la Luisiana á los Estados Unidos, y Nueva Orleans se convertía en americana; pero la influencia del carácter francés, á pesar de los ochenta y tres años trascurridos, es todavía muy sensible en esa gran ciudad, que cuenta hoy más de 216,000 habitantes, de los cuales unos 20,000 son franceses. La alegría y el movimiento que reinan en las calles no tienen el carácter que predomina en las demás ciudades de los Estados Unidos; y en ciertos barrios, el viajero podría creer que está en país francés. Este idioma, por otra parte, hállase aún muy generalizado; los anuncios y los edictos se traducen hoy al francés; y los habitantes de los barrios bajos de la ciudad no podrían vivir en ellos cómodamente sin estar familiarizados con esa lengua.

Muchos nombres de calles y rótulos de tiendas son puramente franceses. Los antiguos colonos y los representantes de Francia en esa ciudad han dejado profundos recuerdos; pero de día en día desaparecen gradualmente, y sin duda muy pronto se perderán para siempre.

Seguramente no hay en el mundo puerto más extraño y pintoresco que el de Nueva Orleans.

Desde setiembre á diciembre una multitud de trabajadores negros y mulatos se ocupa en recolectar el algodón en el interior de la provincia; en los trenes del camino de hierro, y particularmente en los buques, se cargan cantidades enormes, y el movimiento de los negocios es considerable.

Los buques mercantes, que parecen fortalezas flotantes con muros formados por pacas de algodón, llegan de todas partes para inundar muelles y almacenes con los productos cosechados. En un solo cargamento, uno de esos inmensos barcos conduce á veces más de 8,000 balas de algodón.

El que representamos en la fig. 1, el vapor *Henry Frank*, mide 95 metros de longitud y puede contener sobre 2,600 toneladas. Su cargamento se componía de 9,226 balas de algodón, 1,213 sacos de simiente del mismo, otros 1,224 de *oil cake*, ó sean tortas de simiente de lino, 500 sacos de grano de diversas clases y 27 fardos de toda especie. Este conjunto era equivalente á la enorme cifra de 10,226 balas de algodón reunidas.

A su llegada á Nueva Orleans, el 2 de abril de 1881, este vapor produjo sensación en los muelles de desembarque, y su capitán J. F. Hicks fué objeto de una ovación, pues jamás se había visto hasta entonces un buque de aquella especie con tan considerable cargamento.

Uno de nuestros grabados (fig. 3) representa un buque análogo; es el vapor *E. D. Richardson*, sin cargamento alguno, como es fácil ver.

El método para cargar es curioso. El vapor tiene una inmensa sala central, que ocupa casi toda la longitud

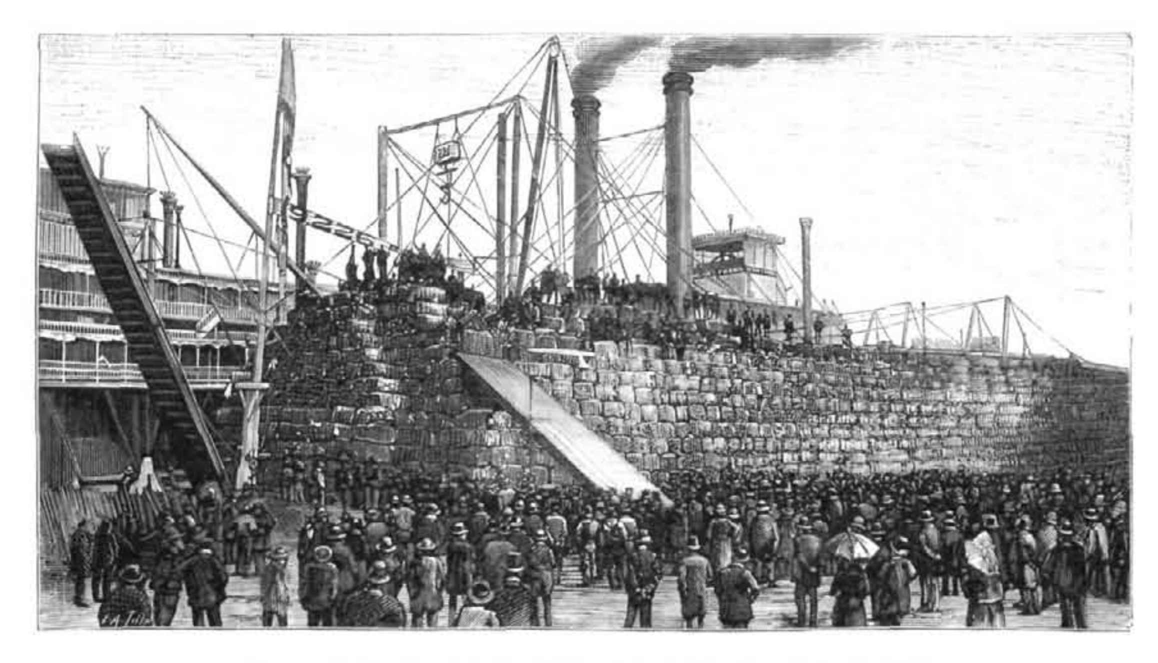


Fig. 1.—VAPOR CARGADO DE BALAS DE ALGODÓN, EN NUEVA ORLEANS

de su puente, destinada para los viajeros, limitada á ambos lados por los camarotes, que tienen cabida para más de 200 personas, y por las diversas dependencias para el servicio. Esta sala recibe la luz de una galería cubierta, que sirve al mismo tiempo para la circulación exterior; el primer piso está construído lo mismo, el segundo corona estas galerías de maderamen, adornadas con cierta elegancia. Al nivel del puente, un ancho entarimado saliente, sostenido sólo de trecho en trecho por las armaduras de hierro que forman parte de la construcción de la sala grande y de los camarotes, aumenta la superficie general del vapor. Este entarimado forma un bao considerable; el del *Henry Frank* mide 17 metros de anchura, y en su superficie se comienza á colocar las balas de algodón, poniéndolas de modo que oculten completamente las salas y galerías donde están los viajeros, y teniendo cuidado de dejar los huecos necesarios para que penetre suficiente aire y luz. Terminada esta operación, las balas llenan los costados del buque, subiendo hasta la galería superior, donde los viajeros pueden circular.

El peso de este cargamento hace que el barco se sumerja mucho; de modo que el nivel del agua alcanza casi á la primera línea de pacas que están en el entarimado N. (cada bala pesa unas 450 libras), y con frecuencia la moja, á causa de los movimientos del buque.

Cuando los cargamentos se desembarcan en el muelle, los traficantes llegan al punto para comprar lo que necesitan, é inmediatamente se envían las balas á las *cotton presses* (prensas de algodón) para comprimirlas.

Una de las cosas más características de la ciudad es el barrio donde se hallan estos vastos establecimientos; cuéntanse unos 25 en Nueva Orleans, y la instalación de cada uno de ellos ha podido costar de 400,000 á 500,000 pesetas. Contienen gran número de prensas de diferentes modelos, pero los más usados son los que llaman *Taylor's hydraulic* y *New Morse*. Este último está en favor desde 1877, pues cuéntanse en la ciudad 55 prensas *New Morse*; mientras que sólo hay 32 de *Taylor*. Mr. Morse, que es el inventor de estas magníficas máquinas, ha fabricado muchos modelos desde 1872, pero el último, el que se llama *Nuevo Morse*, parece reunir todas las condiciones de economía, solidez y fuerza. Muchas de estas prensas han comprimido ya de 500,000 á 1.000,000 de balas sin haber sufrido aún el menor deterioro. Es curioso ver estas máquinas cuando funcionan: varios negros cogen la bala de algodón y la colocan debajo de la prensa, que al punto se pone en movimiento (fig. 2), aplanando el fardo con su formidable peso (5 millones de libras) y reduciéndole á unas tres cuartas partes de sus primitivas dimensiones. Arrollada en un lienzo ordinario, la bala se sostiene y queda sujeta por unos flejes de hierro que se pasan á través de unas muescas practicadas al efecto en las planchas de compresión; los operarios fijan después los flejes, y la máquina arroja la bala de algodón para recibir otra. Los flejes de hierro han sustituído á las cuerdas que antes se empleaban, lo cual es un gran adelanto: fueron inventados, y después simplificados por los ingenieros M. Lewis Miller y S. H. Gilman.

Gracias á las prensas, los buques tienen la ventaja de poder cargar un número mucho más considerable de balas de algodón, y por eso pagan un derecho de 65 centavos ó 3'25 pesetas por bala. Se exportan anualmente unos 2.000,000.

Las dos terceras partes de la población de esta ciudad se ocupan en este tráfico, pudiéndose apreciar en 500 millones de pesetas el valor de la exportación anual de esa primera materia.

Una de las más importantes cuestiones que debían resolverse respecto á las máquinas de comprimir era averiguar si la calidad del algodón sería siempre la misma cuando la bala hubiese sufrido la acción de la prensa.

Asegurábase generalmente que el algodón no se hilaba bastante bien cuando se había comprimido, y que su calidad era inferior á la del que no estaba prensado.

Los fabricantes del norte de los Estados Unidos eran de este parecer, pero según la noticia que M. J. C. Hemphill publicó en el *Special report n.° 47*, *Departement of agriculture of Washington*, vemos que en Inglaterra no se participa de esta opinión. Después de algunos experimentos practicados con balas procedentes de las provincias de la India, las ideas sobre el particular han cambiado aquí, y por otra parte, M. Dumont, gran fabricante en el condado de Gaston, en la Carolina del Sur, parece haber demostrado, después de practicar muchas pruebas, que lejos de disminuir las buenas condiciones del algodón, mejorábanse por el contrario con las prensas. Entre otras cosas, observó con asombro que el algodón comprimido tenía menos pérdida y que resultaba, por lo tanto, un producto más abundante. El hilo fabricado con algodón sin comprimir era tal vez más fuerte; pero la ligereza y regularidad del otro eran superiores, y estas son las cualidades que se consideran hoy de más importancia.

El puerto de Nueva Orleans es uno de los primeros de los Estados Unidos.

El Missisipí es magnífico.

Si se quiere llegar á la desembocadura del río, en el Golfo de México, el viaje durará unas doce horas; pero el grandioso panorama que se ofrece á la vista durante este tiempo es tan interesante con sus variados aspectos, que no puede existir la monotonía.

En sus partes más bajas el río tiene cerca de 50 metros de profundidad; el barco se acerca á menudo á la orilla, y el camino que debe seguir varía según las estaciones, pues el canal se halla tan pronto en el centro del Missisipí como en las márgenes.

Las sinuosidades son numerosas; los campos de cañas de azúcar y los arrozales cubren los campos, así como los grandes plantíos de naranjas.

Los árboles cubiertos de flores y frutas embellecen las orillas, formando deliciosos marcos en las casas y las hermosas quintas de los cultivadores ricos del país.

El comercio de naranjas es considerable en las orillas del Missisipí, en los alrededores de Nueva Orleans. El naranjo no comienza á producir fruto en estas regiones sino al cabo de seis años, y cuando llega á esta edad, puede dar hasta 3,000 naranjas al año; un poco más tarde se recogen en el mismo tiempo hasta 6,000; hasta se habla de árboles que dieron 8,000; pero estas son excepciones.

La conservación del naranjo da muy poco que hacer; por 2'50 pesetas al año un jornalero se encarga del trabajo.

Para comprender el enorme beneficio que un solo árbol produce á un propietario, bastará saber que el ciento de naranjas se vende á razón de 15 pesetas.

Los paisajes se siguen unos á otros, iluminados por los rayos del sol; son cuadros resplandecientes de luz, de un aspecto verdaderamente fantástico. El cultivo es más raro á medida que el viajero se aproxima á la desembocadura del Missisipí; sólo se ven algunas granjas sombreadas por añosos árboles cubiertos de líquenes, que los invaden poco á poco y acaban por matarlos. La gente del país recoge esas plantas parásitas, y después de secarlas empléalas para los mismos usos que las algas que recogemos en nuestras costas.

Fig. 2.—PRENSA HIDRÁULICA USADA EN NUEVA ORLEANS PARA EMBALAR EL ALGODÓN

En este largo trayecto se encuentran muchos buques; he visto, entre otros, un pequeño vapor que se acercaba á nosotros con gran celeridad: era el vapor-correo que hace el servicio para los pueblos y campos ribereños. Cuando este barco está próximo á la orilla, echa una especie de puente levadizo; tres hombres bajan al punto, empujando hacia tierra, barriles, paquetes y otros objetos, bastando un minuto para esta maniobra; los hombres vuelven al barco, levántase el puente levadizo, y el vapor prosigue su marcha para ir á depositar cartas y paquetes en otra parte, siendo tal su rapidez, que cualquiera diría que ha desaparecido como por encanto. El río comienza á estrecharse por fin; las orillas están cubiertas de cañaverales, así como también los terrenos arenosos poblados de una infinidad de aves silvestres que huyen despavoridas al oir el ruido del vapor. El delta del Missisipí ocupa un territorio inmenso, donde los desiertos pantanosos ocupan una extensión que se pierde de vista. La salida del río es muy estrecha, pues hállase encajonada por muelles toscamente construídos sobre estacas con faginas, entre las cuales se han colocado piedras; sólo tiene una anchura de 200 pies, que da entrada al golfo de México.



ALBERTO TISSANDIER

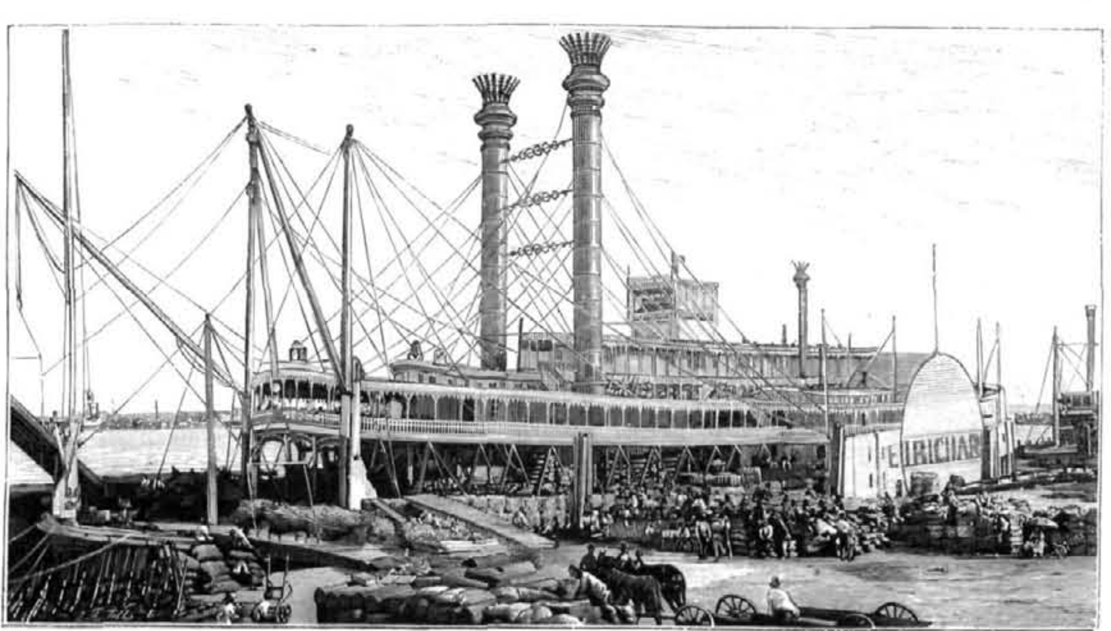


Fig. 3.—VAPOR DESCARGADO DE LAS BALAS DE ALGODÓN

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sabiendo que mis remeros son impresionables y alborotadores, tengo en este instante la feliz idea de mandar recoger velas, excepto el foque. El agua toma un tinte terroso, y las olas son cada vez más verticales: estamos en la barra. Una ola enorme se precipita contra la embarcación, levántala como una pluma y déjala detrás; entonces flota sobre una agua amarilla, unida como el hielo, pero de pronto vemos avanzar por la proa, dominando esta superficie plana, y con la rapidez de un escuadrón de caballería que va al galope, una ola vertical como un muro, coronada de espuma; el cielo presenta un color plomizo, el viento sopla con furia, el aspecto es verdaderamente siniestro..... Pocos segundos después prodúcese el choque; la barca desaparece en medio de torbellinos de espuma, con un estrépito que domina los gritos de la tripulación; la embarcación no sobre nada sino con el auxilio de los balancines, porque está llena de agua, pero hemos avanzado medio cable, y mi gente tiene tiempo para vaciarla casi antes de llegar la ola siguiente; repítese la escena ocho ó diez veces, y el último choque nos lanza al río de Gigaquit.

Las diversas piezas de mi equipo sobrenadan suavemente en el fondo de la barca: furioso al ver esto, cojo al timonel por el cuello y le grito: «¡Miserable *talisan!* (1) ¿Cómo te atreves á venderte por piloto si nunca has navegado por aquí?»

—Dispense usted, caballero, – me contesta, – conozco perfectamente la costa.

—Entonces ¿por qué no me advertías la dificultad de esta barra?

—Dispense usted, caballero; parecía usted tan enojado en el momento de marchar, que no me atreví á hacerle observaciones.

En la orilla del río elévase el convento de Gigaquit; en el instante en que voy á entrar, un europeo, tan mojado como yo, llega por otro lado: es el P. Puntas; ambos llevamos la ropa pegada al cuerpo, y no podemos menos de reirnos al vernos. El P. Esteban Yepes, misionero de Gigaquit, acude presuroso y recíbeme cordialmente, como todos sus hermanos. El convento es grande, con tejado de palastro bien seco; una buena hoguera encendida en un cobertizo me permite limpiar bien todos mis objetos, y á fe que la tarea no es nada fácil, pues únicamente los cronómetros, bien preservados en su caja, no se han mojado.



Viaje á Filipinas. – El dato Manobo (centro de Mindanao)

El P. Yepes me dice que en la presente estación todas las barras de los ríos que van á verterse en el Pacífico son peligrosas, y que los de Gigaquit y de Catel son los peores. Las barras y las grandes olas, tan temidas de los indígenas, reconocen la misma causa. Desde noviembre á abril, época en que sopla casi continuamente el viento nordeste, el mar se desencadena sobre la costa oriental de Mindanao, que no está resguardada, y que no tiene puerto alguno. Las olas que se forman en la inmensidad del Pacífico encuentran bruscamente los fondos bajos constituídos por los bancos de zoófitos, y adquiriendo entonces una gran elevación, estréllanse violentamente, rodeando la costa de una faja de espuma que se prolonga desde Placer hasta la bahía de Mayo.

En los alrededores de Gigaquit la costa está constituída por altas y empinadas montañas, que siguen todas las direcciones, sumergiéndose en el mar con pendientes muy escarpadas. Los plantíos de abacá, el lavado de las arenas auríferas y la explotación de los bosques son los principales recursos de la costa comprendida entre Gigaquit y Surigao, mucho más civilizada que la región que se encuentra al sud de Bislig.

16 *enero.* – El tiempo, cada vez más desfavorable, impide hacerse á la mar; la marejada es enorme; graniza continuamente, y según me dicen, este es el tiempo normal hasta abril ó mayo; pero es preciso hacer la última tentativa para avanzar hasta el sud.

Aprovechándome de un día claro, franqueo, durante la marea baja, la barra de Gigaquit, enderezando el rumbo hacia la punta de Tugas; pero todos los esfuerzos de la tripulación son infructuosos, pues la barca se mantiene inmóvil. Estas embarcaciones, cuyas cualidades elogian algunos viajeros, son por el contrario detestables; los balancines entorpecen la marcha; la forma de su casco impide adaptar un verdadero timón (se suple esta falta con un remo corto, fijo en la proa, no habiendo por lo tanto fuerza ni precisión); y por último, su estabilidad desaparece por una fuerte marejada, cuando no se gobierna á favor del viento. El pobre Francisco, arrebatado por una ola, cuando estaba sujetando el balancín de babor, desaparece en un torbellino; mas por fortuna tengo la suerte de pescarle en el momento en que vuelve á salir á la superficie. Este accidente me induce á no dirigirme á Bislig por mar; llegaré antes atravesando de nuevo Mindanao hasta Bunauán, y llegado aquí, franquearé la cordillera, que se eleva entre el lago de Linao y el Océano Pacífico. En su consecuencia pongo la proa sobre Plaur, á donde llego difícilmente; la brisa, al principio favorable, es demasiado fresca; el viento salta bruscamente al Norte, arrebatándonos la vela mayor; mis hombres comienzan á no saber ya lo que hacen; y en este momento la barca, deslizándose con la rapidez de una flecha, estréllase contra las orillas de Plaur antes que yo pueda evitarlo. Afortunadamente, los que la tripulan llegan á tierra, y entro en Tagamán á las siete de la tarde, donde comiendo con el P. Plana y el hermano Pablo Aguilar, olvido las fatigas de este penoso día.

Mi patrón me asegura que los siniestros como el que acabo de presenciar son muy frecuentes. Cuando un bisaya se embarca, lo hace siempre con la misma imprevisión; iza su vela y la amarra sólidamente para no tocarla más; franquea las barras á todas horas, y aunque todos los años se ahogan varios indígenas en la de Gigaquit, el ejemplo no corrige á nadie.

Por regla general, los bisayas no emprenden nunca un viaje cuando hace mal tiempo; por lo tanto, son poco marinos, y cuando les sorprende un chubasco se aturden muy pronto.

17 *enero.* – De vuelta á Surigao, sólo permanezco aquí algunas horas, el tiempo necesario para saludar al señor coronel Bacaj y á los españoles á quienes he tenido el gusto de conocer. El P. Luengo, almorzando conmigo, me reprende amistosamente por no haber seguido sus consejos; si lo hubiera hecho, ciertamente estaría ahora en Bislig; pero es preciso intentar las cosas á menudo para conseguir el objeto alguna vez.

Prosigo mi marcha á la una y media de la tarde. Después de doblar la punta Punsán, y hallándome á las seis y media en la costa de la bahía de Butuán, á los 9°30' de latitud, reconozco claramente la diferencia de las mareas en la costa Este y Oeste de la península de Surigao, causa de las corrientes alternadas que pasan por esta península, y que en los sitios estrechos alcanzan una violencia extraordinaria. En este momento el mar está muy bajo en la bahía de Butuán, y por el contrario alto en Gigaquit, según he observado hace tres días.

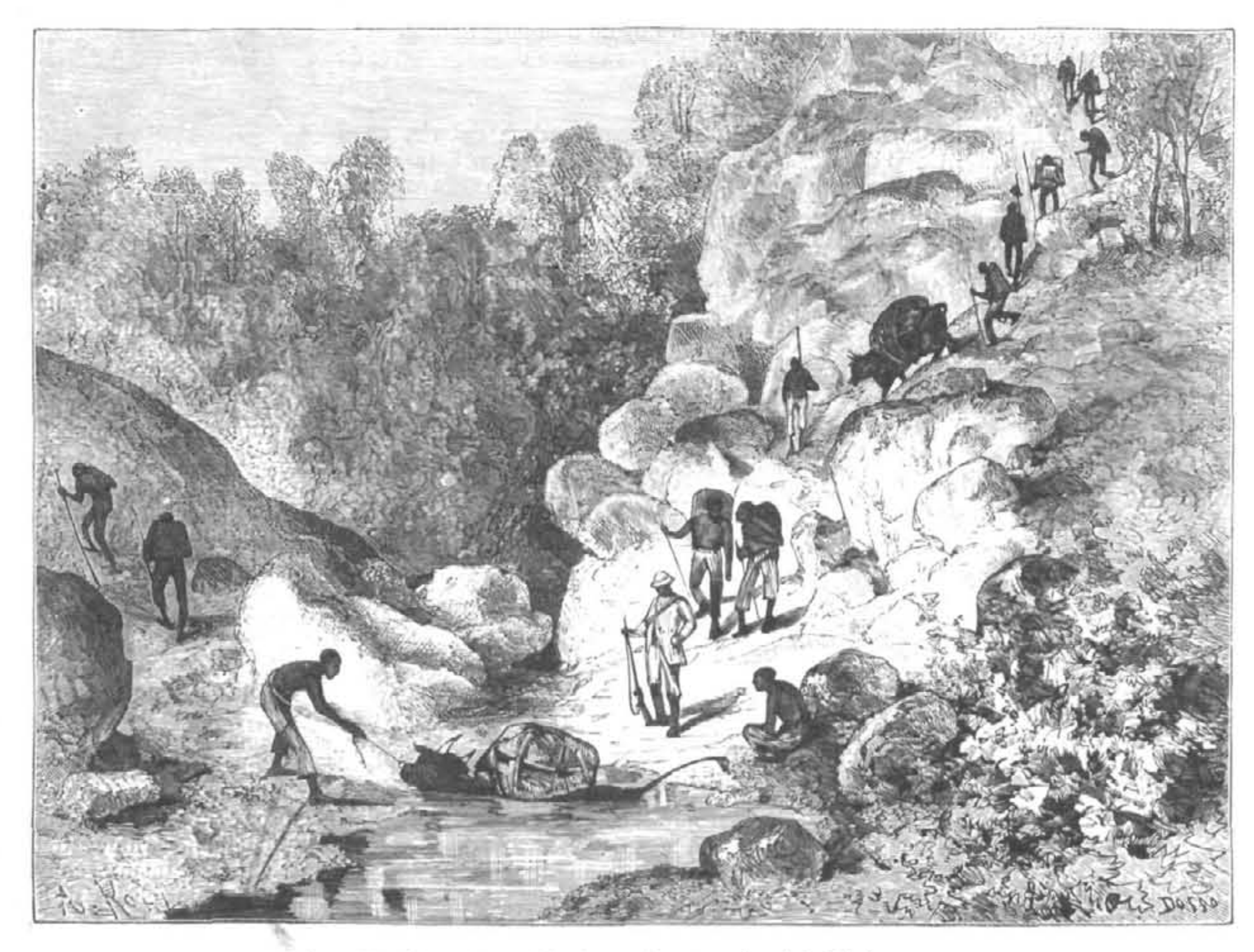
El 19 llego á Butuán y remonto de nuevo el Agusán aunque muy lentamente, porque el río tiene una crecida enorme, que me impediría hacer hoy el trazado de su curso. Los nuevos pueblos indígenas *conquistados* han sufrido mucho por la inundación; y al hacer un pedido de víveres, el capitán de Guadalupe me contesta: «Me muero de hambre.» Todas las plantaciones están destruídas; en Amparo, los habitantes carecen de sustento; las casetas han quedado desiertas, habiéndose llevado los que las ocupaban sus víveres y utensilios, y esto se ha convertido en una soledad.

En San Luís me dicen que yo soy la causa de la deserción de los habitantes de Amparo. En efecto, al descender por el Agusán he medido varios indígenas para conocer á punto fijo su talla, pues me dijeron que eran de raza pura; esta operación, inexplicable para ellos, les ha parecido sospechosa, y su antiguo jefe, que echaba de menos su independencia, los ha inducido sin dificultad á seguirle al bosque.

Mis observaciones astronómicas han sido otra causa de desconfianza para los ribereños del Agusán, que han forjado ya una leyenda sobre el hecho y me la dan á conocer ingénuamente. «No es natural, me dicen, lo que tú haces; por fuerza has de ser mágico para mirar al sol con un instrumento tan extraordinario (hablan de mi sextante), que debe estar encantado. Con él descubres las cosas ocultas detrás de las montañas, y en los más espesos bosques; trazas su posición en tu papel, y después volverás con los *Castillas* para entregarles á todos los *Infieles.*»

Siento mucho haber interrumpido involuntariamente la obra de los misioneros, que me acogen tan cordialmente. Me parece extraño que no se produzcan más á menudo las deserciones, pues la sujeción aniquila al dato, no dejándole más que una mujer; su autoridad como *capitán* ó *teniente* es muy dudosa; y en cuanto á los esclavos, sólo después de largo tiempo aprecian las ventajas del nuevo régimen. Gracias á su indiferencia, no les inquietan los azares de la vida salvaje, y por el contrario admiten difícilmente la obligación de construir una caseta para cada familia, un tribunal, una capilla y un desembarcadero; el dato les imponía el deber de seguirle á la guerra, pero este servicio les agradaba por la perspectiva del botín.

(Continuará.)



Viaje á Filipinas. – Marcha por la costa oriental de Mindanao

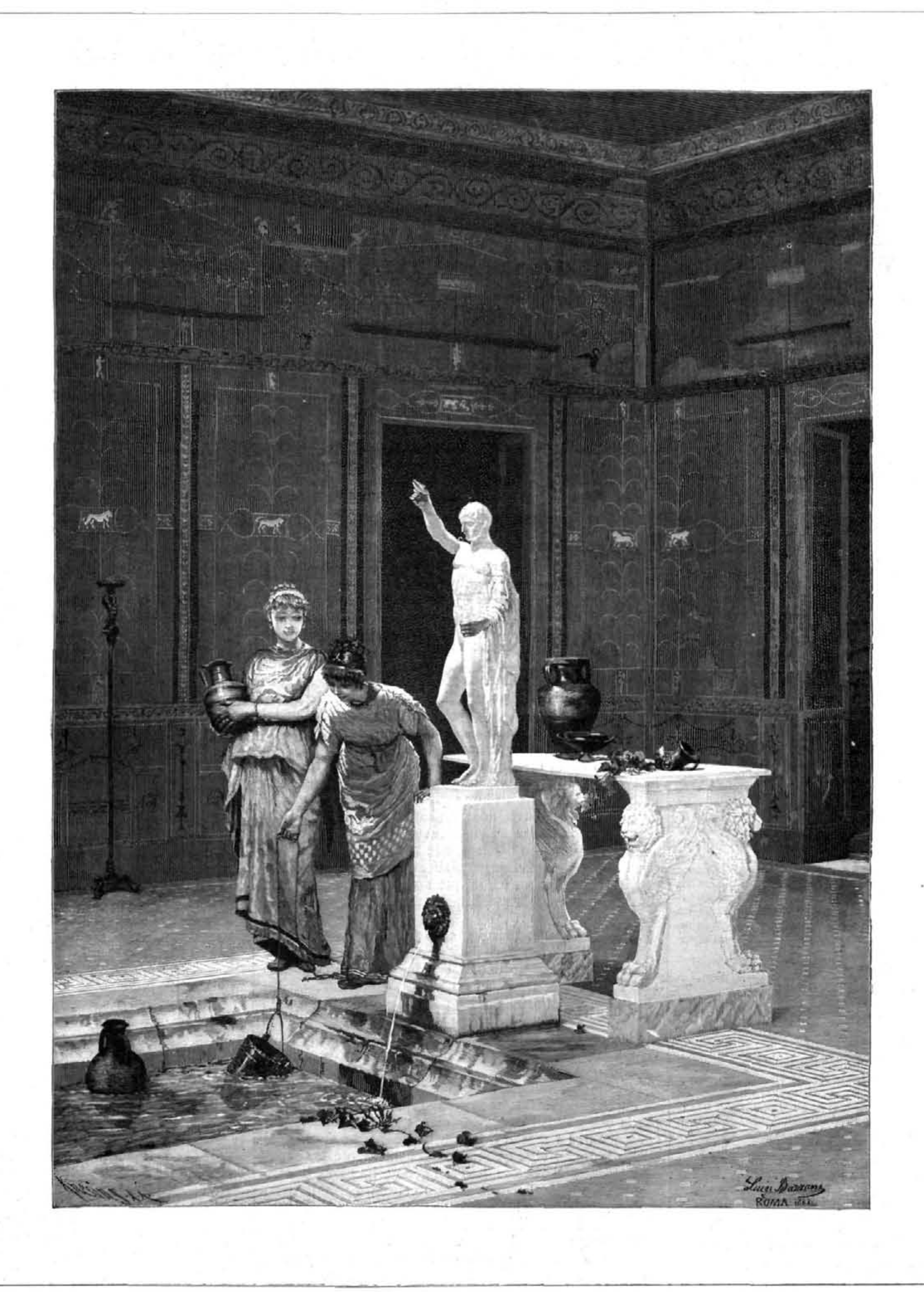
(1) Bandido, en dialecto bisaya.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V ←BARCELONA 23 DE AGOSTO DE 1886→ NUM. 243

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ATRIO DE LA CASA DE DIOMEDES EN POMPEYA, cuadro de Luis Bazzani

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ATRIO DE LA CASA DE DIOMEDES EN POMPEYA, cuadro de Luis Bazzani

Las excavaciones hechas en Pompeya han sacado á luz una porción de antiguas moradas de los alegres hijos de Grecia que poblaban las feraces comarcas situadas al pie del Vesubio cuando una erupción de este volcán sepultó la citada ciudad y sus contornos bajo una lluvia de cenizas y piedras pómez. Hubo también un temblor de tierra, pero como no fué muy violento, hanse conservado muchas casas en bastante buen estado. El pintor romano Bazzani nos presenta en su cuadro el atrio de una de ellas, llamada de Diomedes, atrio que hacía las veces de antesala ó recibidor en las casas de los griegos y romanos opulentos y cuya ornamentación era tan bella como artística en las moradas particulares de Pompeya. El atrio recibía la luz por la parte superior y por lo general tenía en su centro un surtidor ó una fuente con su piscina. Bazzani ha dado vida á su cuadro, animándolo con dos esclavas griegas que vienen á buscar agua, con lo cual produce todo su efecto el gusto artístico tan noble como serio, tan alegre como solemne del pueblo griego antiguo.

PAISAJE DE INVIERNO, cuadro de E. Mener

La pintura, ni más ni menos que todas las ciencias y que todas las artes, ha verificado una grande evolución, como diría un castelarista. A principios del siglo, los paisajistas no podían prescindir de la Mitología ó de la Arcadia: la naturaleza que reproducían era una naturaleza convencional; sus obras trascendían á los libros que las inspiraban y á la manera de sentir de los artistas que las producían. Todo se volvía ruinas de templos paganos; pastores vestidos en el taller de un sastre de teatro y hasta corderos y otros animales rumiantes que parecían recién salidos de una peluquería donde hubiesen rizado sus vellones á la última moda.

Este sistema no podía prosperar porque sus bases eran notoriamente falsas; y, como todo lo que carece de verdad, estaba destinado á perecer brevemente. Los paisajistas modernos prescinden de los idilios de Florián y de las églogas de Meléndez, para leer en el libro de la naturaleza, que además de ser verdadero, es más poético, más bello, más grandiosamente concebido y ejecutado. Así es de comprender en el cuadro de Mener que publicamos; gracias á él comprendemos la tristeza del invierno en el Norte y al mismo tiempo sus imponentes manifestaciones naturales. Ningún convencionalismo, ninguna violación de la verdad, sirva ó no sirva á los intentos del artista. Y sin embargo, ese paisaje da frío en el cuerpo y en el corazón. ¡Cuán triste debe ser la existencia sobre esa nieve que parece ha de ser eterna!... ¡Cómo podría amarse á Dios en esas regiones, si la aguda punta del campanario no elevase el ánimo á la riente y consoladora idea de un cielo sin inviernos!... Esto dicen los paisajes modernos, y esto nunca dijeron los que se forjaron una naturaleza ridícula y mentirosa, para su uso particular.

POR EL AMOR DE DIOS, dibujo de J. L. Pellicer

La circunstancia de ser nuestro director artístico el autor de este dibujo, nos impide decir del dibujo y del autor cuanto ambos merecen. No tememos, sin embargo, ofender la modestia del artista si decimos que, ora dibuje, ora pinte, las obras del señor Pellicer tienen una factura propia, correcta, característica, ajena á todo exclusivismo de escuela, realista sin ser grosera, y en todo hija de la más profunda observación de la naturaleza.

Nuestro director, que en su manera de apreciar las obras de arte, hace concesiones á todos sus compañeros, tan sólo consigo es intransigente: busca la verdad y la reproduce por medios legales, sin mistificaciones que la desfiguren, sin adornos que la desnaturalicen. Dícese vulgarmente que cada cosa es del color del cristal con que se mira: el señor Pellicer, para no equivocarse, suprime el color de los cristales, y aun los cristales mismos, y ve las cosas tales como son.

UN CASO APURADO, cuadro de E. Keyser

¿Puede haberlo mayor, en efecto, para la sobresaltada criatura en este cuadro representada? Así es un grano de anís; esperar que del árbol sacudido por su hermana mayor se desprenda alguna sabrosa fruta, y encontrarse con que lo que se desprende sobre ella es un feo insecto que la llena de horror, y del cual ni siquiera tiene alientos para desembarazarse. Si hay trances críticos para los grandes, no deja de haberlos para los pequeñuelos, y á fe que en éstos no dejan de causar un efecto tan profundamente desagradable como en aquéllos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LUTERO EN LA DIETA DE WORMS, cuadro de A. Werner

En el número 233 de nuestra ILUSTRACIÓN publicamos un grabado representando á Lutero en la Dieta de Augsburgo. El pintor Lindenschmit aprovechó este asunto para componer un cuadro de estudio verdaderamente notable. Werner, con mayor aliento, ha escogido, para tema de una obra de arte, el momento más culminante en la historia del heresiarca, ó sea la Dieta de Worms, en la cual rompió Lutero por completo con la Iglesia católica y sus formidables defensores, dando lugar á la mayor crisis por que hayan pasado el Pontificado y el Imperio. El cuadro ó tenía que ser deficiente por falta de grandeza á la altura del asunto, ó bien había de impresionar por su factura digna de la escena. Werner ha encontrado el secreto de esa impresionabilidad. Para que nuestros favorecedores se expliquen mejor el pensamiento del artista, vamos á reproducir unas líneas en que el eminente Castelar describe á los personajes de la Dieta.

«¡Grandioso espectáculo!—dice en la *Revolución religiosa.*—Bajo el trono Carlos V, de veintiún años escasos, vestido á la usanza española, con su ropilla festoneada de armiño, su gorra cubierta de plumas, su collar de perlas, al cual llevaba pendiente el toisón de oro, su calzón acuchillado, su manto de muchos pliegues y de larguísima rózaga; al pie del trono, en dos sillones de terciopelo ricamente bordados, los dos Nuncios, el uno con su traje de roja púrpura y el otro con su traje de seda violeta, parecidos ambos á estatuas, por lo inmóvil de su actitud, lo fijo de su mirar, lo puntiagudo de sus barbas recortadas al modo y manera de los tiempos de Julio II; á la derecha del emperador los príncipes eclesiásticos, verdaderos monarcas, que llevaban una corona espiritual y otra corona temporal en sus sienes, como personificaciones gigantescas que eran del espíritu de la Edad media; á la izquierda los cuatro electores laicos, resplandecientes de lujo, con todas las insignias de su soberanía y envueltos en sus capas de terciopelo; aquí un grupo de doctores con sus vestimentas universitarias, registrando volúmenes y pergaminos; allí otro grupo de frailes con sus diversos hábitos, observando desde varios puntos de vista el asombroso espectáculo; por un lado los heraldos, de los cuales el uno llevaba la corona imperial y el otro los báculos y cetros cuajados de pedrería, éste la espada imperial, aquél los globos de oro rematados por las cruces latinas; en tal parte los caballeros feudales de Germania, en cuyos petos nielados reverberaban las luces; en tal otra parte los españoles con sus trajes de terciopelo negro realzados por áureo tisú; y en tropel chambelanes, pajes, alabarderos, guardias nobles, cada cual según su categoría, con su respectivo uniforme, que daba al grandioso espectáculo, con tantos colores, matices, reverberaciones, reflejos, una deslumbradora entonación, capaz de cegar los ojos más acostumbrados á todas estas riquezas.»

DESDE ROMA

El decreto convocando á la ya próxima Exposición de Bellas Artes en Madrid, ha producido mágico efecto en los distinguidos artistas que forman el núcleo de la colonia española en la ciudad eterna. Esto, sin que pueda abrigarse la menor duda, prueba que los certámenes artísticos, lo mismo que todos aquellos en que se despierta el estímulo, son de grande utilidad y provecho. El pintor que trabaje única y exclusivamente para la gloria, si es que hay alguno, confesará sin rebozo que la exposición pública es seguro é infalible medio para llegar á ella: el que se afane sólo por lucro, por ganancia, no podrá negar que la Exposición de Bellas Artes es altamente necesaria para hacerse un nombre, merced al cual sus cuadros alcancen cada día mayor precio.

Resultado de los adelantos modernos, las exposiciones son además seguro medio para lograr reputación en breve espacio de tiempo: ciertamente para apreciar los méritos de una obra de arte, valen más los bien dispuestos salones de una galería, que los claustros de las iglesias y que los poco claros salones de los antiguos palacios en que lucieron sus glorias Murillo y Zurbarán, Velázquez y Rivera. Tal vez dirán algunos que sirven al propio tiempo para alimentar esperanzas y fomentar enconos; mas en esto, como en todo, no hay que achacar á las instituciones pecados de los hombres. ¡Si los jurados fueran jurados, como las exposiciones exposiciones!...

Dejemos el camino que nos conduciría á durísimas censuras y volvamos á nuestro asunto. La actividad de estos artistas se despertó, y, á pesar de los fuertes calores que se dejan sentir, todos trabajan: sus tareas hacen augurar un lucidísimo envío. Por supuesto, que nos referimos sólo á los artistas en libertad, que es á los que vemos trabajar y los que han dado señales de verdadero genio, probando así que si para el desarrollo de las facultades artísticas es útil y provechosa la permanencia en Roma, nada, absolutamente nada, influyen ni esta ni la otra Academia, y mucho menos la que aquí tiene el gobierno español, inútil desde todos puntos de vista siempre y perjudicial ahora por la funesta dirección que en ella se observa.

Poco se espontanean los artistas acerca de los cuadros que preparan. No queremos decir con esto que todos ellos pertenezcan á lo que pueden llamarse pintores de prestidigitación; artistas que, después de decir, voy á hacer tal cosa, se encierran en su estudio á piedra y lodo, no dejan ver á nadie lo que hacen y un día determinado lo presentan como resultado de una combinación especial, hija de medios sobrenaturales que no quieren sean sorprendidos. De estos los hay aquí como en todas partes, pero afortunadamente no abundan: el afán de darse importancia no es condición frecuente en los verdaderos artistas, y el extremo opuesto, constituído por el miedo de que las ideas propias se generalicen antes de haber conseguido provecho, es temor que no cabe en las almas que pueden elevarse hasta el infinito merced á sus excepcionales condiciones.

A pesar de lo enunciado, cometeremos, bajo nuestra responsabilidad, algunas indiscreciones que no tomarán á mal, seguros, como deben estarlo, de que nos guía la mejor intención. Desde luego, y procurando cada cual el mejor éxito, estudian asuntos poniendo á contribución la historia sagrada y la profana, los anales antiguos y los modernos. Echena, que ya en la pasada Exposición se dió ventajosamente á conocer, presentará en la próxima uno de estos dos cuadros: *Sansón y Dálila* ó la *Mujer Adúltera*: ilustrado y estudioso, no dudamos que sacará partido de cualquiera de ellos, merced á sus disposiciones, ya que por la originalidad es por lo único que no puede llamar la atención. La escena que constituye fuerte argumento contra la mujer y de que usan frecuentemente los cursis detractores de la bella mitad del género humano, lo mismo que aquella prueba de excelso perdón, han sido tratadas por pinceles de los que cada toque era un mérito para alcanzar la inmortalidad: bien lo sabe el artista que acomete la empresa de dar á una y otra representación artística más moderna y esto es un motivo más que nos hace confiar en que saldrá airoso de su empresa.

A la historia nacional acuden Seguí y Marco Artu para presentar escenas en que lucir sus condiciones: el primero, si no cambia de propósitos, enviará *Cristóbal Colón ante el Consejo de Salamanca*, cuadro simpático, escena de marcadísimo interés en la vida del ilustre descubridor, tormento de aquella alma gigante á quienes los ignorantes pudieron creer utopista, y cuyos manes resultan vengados al ver cómo los genios le rinden vasallaje. Marco Artu, hijo como Seguí de las provincias Vascongadas, ha querido particularizar más, sin duda para que la impresión sea más viva, y acudiendo á las tradiciones de su montañosa comarca, prepara el boceto del cuadro en que Don Pedro I de Castilla manda arrojar por la ventana al Señor de Vizcaya: este cuadro pide condiciones de maestro y hace necesarios grandes conocimientos en todas las artes auxiliares, imprescindibles al pintor. Tal vez, no porque le falten, sino por estar más en armonía con sus sentimientos, deje este cuadro para pintar una conmovedora escena de la antigua lucha entre romanos y vascongados. No dudamos de que tanto en uno como en otro hará mucho, llamando con justicia la atención.

Barrau ilustra gloriosos hechos de nuestra gloriosa guerra de la Independencia; dejará á la posteridad de una manera soberbia, la rendición de la heróica Gerona, ante cuyos habitantes rendidos se descubre respetuosamente el general francés. Silvio Fernández trabaja con actividad en su cuadro: *A las bestias*, tierna escena de las persecuciones contra los cristianos, buen estudio del interior del Anfiteatro en un día de tremenda fiesta, regocijo y diversión de aquel estragado pueblo á quien divertía ver cómo quedaban destrozados por las fieras aquellos que no pensaban como ellos. Sorolla tiene bastante adelantado su gran lienzo: *El entierro de Cristo*, cuadro muy hecho por maestros y de grandes dificultades.

Villodas procura sacar, y saca efectivamente, gran partido de un asunto tan difícil como: *Una Naumaquia*, fiesta que prueba hasta qué punto los romanos ponían en prensa la imaginación para inventar diversiones. Tal como hoy se encuentra el Coloseo es difícil poder decir de una manera precisa cómo tenían lugar aquellas renombradas fiestas: las excavaciones practicadas en su suelo, han dejado al descubierto buen número de pasillos y corredores estrechos, cuyo uso no se ha precisado aún; la altura á que se encuentra el pavimento del gigantesco edificio sugiere dudas acerca de si fué ó no la primitiva arena, más á pesar de todas las objecciones que la construcción presenta, contra todas las insinuaciones que hagan al ánimo las condiciones del terreno se sabe positivamente que saciados los espectadores de tanta fiesta en tierra, hubo quien concibió y llevó á cabo el proyecto de dar fiestas acuáticas convirtiendo aquello en inmenso lago: fueron primero caprichosas representaciones mitológicas, pero andando el tiempo sirvieron para hacer alardes de crueldad de los que tanto entretenían. Todas las clases de la sociedad acudían ávidamente lo mismo á las luchas de gladiadores, que á los simulacros navales; lo mismo á ver destrozos causados por las fieras, terror de bosques y montañas, que á presenciar horrores que realizaban los monstruos marinos. En aquel tiempo, si la dirección de los globos hubiera sido un hecho, se habría puesto también al servicio de luchas que tanto divertían. Villodas, ventajosamente conocido ya en el terreno del arte, es hombre de conciencia, sumamente estudioso y observador de lo bueno, condiciones indispensables para llegar mucho más allá de la mera distinción.

Silvela, que tanto ha conseguido en Roma donde aún se recuerda bien la grata impresión que dejó su *San Francisco de Asís dando limosna á los pobres*, se prepara también y tiene terminado ya el boceto de su cuadro. El asunto que ha escogido es una interesante escena en el interior de las Catacumbas; los cristianos entusiastas de la primera época comulgando en uno de aquellos lóbregos cubículos, santos lugares en que aun parece repercutir el eco de las serenas y sosegadas voces que explicaban la santa doctrina del Redentor, sin que le impusieran nada los peligros y persecuciones á que se exponían por este solo hecho. Las Catacumbas romanas han dado ya asuntos para no escaso número de cuadros, algunos de los que merecen muy señalado puesto: aquellos lugares, santificados por tantos y tantos recuerdos, no han podido menos que herir la imaginación de muchos artistas, entre los cuales formará en adelante el joven artista Mateo Silvela, legítima esperanza del arte español, del que es ya uno de los representantes que más deben tenerse en cuenta. De lo que llevamos apuntado es sin duda el cuadro que más estudios exige por la falta de documentos precisos para determinar de una manera clara y justa la indumentaria, no de aquella época, sino de aquellos lugares y de aquellos fieles, así como también para resolver las no pocas cuestiones de costumbres, disciplina, ceremonias y usos que pueden presentarse. Rossi (J. B.) ha estudiado las Catacumbas de una manera admirable, pero sólo desde el punto de vista arqueológico; tal vez más liberal es la crítica de Rollet, pero este distinguido protestante es otro arqueólogo notable: las persecuciones cristianas han sido estudiadas perfectamente por Allard, Aube y Hochart; pero estos concienzudos autores se han atenido más que á otras cosas al examen crítico de documentos y hechos que de entonces acá venían refiriéndose sin aducción de pruebas precisas, de modo que, arqueólogos é historiadores, han hecho bien poco para que el artista pueda salir adelante.

Nuestro distinguido compatriota sabe esto perfectamente, está persuadido de que su estudio debe ser muy complejo y día tras día estudia para llevar su obra á feliz término.

Las escenas de la antigua historia romana tienen también sus cultivadores, y repugnantes actos de Nerón y Heliogábalo formarán los asuntos de los cuadros que envían Monteros y Plasent. Reina acudirá para el suyo á la desventurada Pompeya, pidiendo asunto á la riente

vida de aquellos que tanta curiosidad despiertan. La historia patria sirve á Ruiz Morales, Brocos y Cerda para artísticas concepciones y enviarán cuadros inspirados en hechos que á todos nos enorgullecen. Además, completarán el ya extenso catálogo Pizá, Simonet, Roselló, Senet, Zarraoa, Salina, Parladé y algún otro que no recordamos.

Juan Antonio Benlliure pinta también, mas no podemos decir qué; hay que esperar fundadamente, sin embargo, que lo que haga merecerá distinguido premio, que así lo auguran sus adelantos, desde que consiguió sin esfuerzo una segunda medalla en la pasada Exposición. El gran lienzo: *La visión del Coloseo*, obra notabilísima de su hermano mayor, figurará también en el próximo certamen: cuadro de reconocidos méritos no ha menester nuestras previas alabanzas, y dicen poco las del Marqués de Molíns al lado de las que ha merecido del ilustre Domenico Morelli, el gran pintor italiano de nuestros días, que quería la fotografía de tan estudiada obra de arte para fuente de inspiración, como le servían ya en su estudio las aguas fuertes del inmortal D. Francisco Goya.

Larga es como se ve la lista de los presuntos envíos, grande la actividad con que estos artistas trabajan para salir airosos y esperamos que lo consigan. No lo afirmamos, pues para hacerlo sería necesario tener don de predestinación, del que carecemos, ó desconocer en absoluto que los mejores deseos se estrellan ante obstáculos que crean una serie innumerable de causas. Desde luego auguramos algún desengaño, resultado de falta de necesaria preparación: el estímulo, cuando no es otra cosa, produce opimos frutos siempre que ayuden las facultades, mas cuando dejando de ser lo que es muy alabable se convierte en la pasión de querer hacer porque los demás hicieron, entonces los resultados son casi siempre fatales. Hace ya mucho tiempo, puede decirse que desde Rosales acá, los artistas españoles se han distinguido presentando cuadros grandes, cuadros de composición, lo cual lleva á muchos al trascendental error de creer que el cuadro de regulares dimensiones ó las figuras aisladas, no pueden llamar la atención, creyéndose obligado por esto á mandar lienzos de seis y siete metros de largo, por cuatro ó cinco de alto, por lo que muchos á más que otra cosa llegan á ser palpables ejemplos de la gran verdad de que quien mucho abarca poco aprieta. Tal vez contra todos nuestros deseos resulten algunas obras flojas; tal vez algunas malas: de todo daremos cuenta á nuestros lectores.

Infinitamente más reducido será el envío por lo que toca á la escultura. Hasta ahora, que sepamos, sólo trabaja directamente para la Exposición, el tan aprovechado Díaz que presentará: *Las hijas del Cid*. Este asunto, tratado ya por la pintura, que es el arte que más partido puede sacar de él, no recordamos que tenga ninguna representación en la escultura. El joven artista que lo acomete, tiene sobradas condiciones para conseguir un verdadero éxito y no dudamos de que lo conseguirá á juzgar por la armonía del boceto que tiene acabado: le resultará un admirable estudio del desnudo, un grupo encantador formado por las desventuradas esposas de los villanos infantes de Carrión, pero á nuestro modo de ver al pie del grupo será necesario poner siempre lo que representa, pues dos jóvenes amarradas á un árbol sin que el artista tenga á su disposición el color para indicar en las carnes de ellas huellas de malos tratamientos, sin bosque en cuyo horizonte se pierdan dos jinetes, que parezcan huir en alas de su vergüenza, es difícil averiguar que son las hijas del siempre victorioso Ruy Díaz de Vivar.

En la Exposición de este año se echarán de menos obras de Barbudo, siempre recomendables por su brillante colorido y por algo especial que las particulariza. Tampoco acudirán otros muchos jóvenes que seguramente llamarían la atención con sus producciones; bien es cierto que hay muchos desanimados por la indigna conducta que con ellos observan los que más fieles y celosos debían ser en el cumplimiento de su deber. A más de los pensionados por el gobierno, vienen á Roma algunos jóvenes que, dignos de ello, reciben pensión de diputaciones provinciales ó ayuntamientos. Pocos de éstos cumplen puntualmente algunos tienen de atraso considerables cantidades, y sin sus recursos particulares, sería tristísima la suerte de estos extranjeros aquí, á quienes su talento y sus facultades sirvieron para ser engañados. ¿Cuándo cumplirán como deben estas diputaciones provinciales y ayuntamientos? ¿Cuándo satisfarán los compromisos que tienen contraídos? Si no tenían fondos bastantes, ¿por qué se dieron aires de protectores abandonando después en tierra extranjera á jóvenes dignos de la mayor consideración?

A. FERNÁNDEZ MERINO.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

– Ni yo.

– Hasta luego, pues, y mucho ojo, digo, cuidado con cantar, que por la boca muere el pez.

– Primero hablarán esas montañas.

– Entendidos.

El grupo se dispersó. Cinco minutos después, sólo gallinas y conejos paseaban tranquilamente por las calles de Alcornocal. Si un extraño las hubiese recorrido en aquel instante, un animado choque de platos y cucharas habríale advertido que la población en masa satisfacía la imperiosa necesidad de entregarse á los placeres de la mesa.

IV

El llamado palacio de Alcornocal era un viejo caserón restaurado en parte por su dueño, que aborrecía lo antiguo y amaba lo moderno. Constaba de dos pisos, principal y segundo, sin contar la planta baja, destinada toda ella á cuadras, lagares y bodegas, donde amén de las caballerías é instrumentos de labranza, se almacenaban y aun se aderezaban en parte los productos de la industria agrícola, cuya mayor riqueza constituían para D. Ramón el vino, el aceite y los áridos. El piso principal, todo él restaurado y amueblado á la moderna, contenía cuantas habitaciones y comodidades pudiera apetecer la más numerosa y exigente de las familias. Por lo que toca al segundo, componíanlo buhardillas y desvanes, donde amontonaban trastos viejos, y trojes para los cereales, ya con aberturas al campo, ya coronados por la azotea de que hablamos antes. La planta baja tenía rejas con alambreras; el principal y el segundo ventanas que por detrás caían al campo, al pie de las cuales, y á distancia breve, se abría el barranco de los Alcornoques, que daba nombre al pueblo. La fachada con balcones á la plaza, sustituída la antigua pintura por el moderno estuco con vetas azules y moradas, no conservando de su antigüedad más que el escudo señorial, restaurado también, sobre el dintel de la gran puerta, ofrecía, si no el aspecto de un palacio en toda la extensión de la palabra, el de la lujosa mansión del más rico hacendado de la comarca. El edificio, más hondo que ancho, se extendía desde la esquina de la plaza, á lo largo de la calle del Alcornoque, hasta la proximidad del barranco.

Pese á la gran capacidad del palacio, sólo lo habitaban al ocurrir la presente historia, D. Ramón del Soto, y Rosario su mujer, matrimonio algo desproporcionado y sin familia, acompañados de Enrique, *gomoso* madrileño, primo segundo de aquél, con los cuales estaba de temporada, y algunos criados y mozos de labranza.

El señor del Soto, hombre á carta cabal, pacífico y bonachón, quería paternalmente á su mujer, á la cual casi doblaba la edad, frisando él en los cincuenta y seis años y ella en los treinta. Rico, franco y amigo del trato social, residía habitualmente en Madrid, donde poseía algunas fincas urbanas, que él mismo administraba, y solía pasar los meses de setiembre y octubre, ya para saldar cuentas atrasadas con sus colonos, ya para dirigir en persona la cosecha de caldos que le rendían sus cuantiosas fincas rústicas. Un tanto dado al estudio, instruído hasta el punto de pasar por sabio no sólo entre los alcornocaleños, sino entre los españoles, los años no habían podido extinguir en él del todo una vehemente pasión por los viajes, que verificaba en cuanto las circunstancias se lo permitían, ora solo, ora acompañado de su mujer, diciendo siempre: – este será el último; – y de los cuales solía traer mil curiosidades adquiridas en los grandes centros que visitaba. Recientemente había estado en la América del Norte; el último de sus viajes, según aseguraba, y región que por otro lado, llevando la batuta del progreso, no quería morir sin conocerla. Como nadie se halla exento de defectos, éralo el principal de nuestro héroe un carácter un tanto extravagante, por demás metódico, muy amigo de llevar las cosas por sus pasos contados y de poner los puntos sobre las íes, particularidades que desesperaban con frecuencia á su mitad, más nerviosa y apasionada de lo conveniente al carácter reposado de su dueño. Por último, y para completar el boceto de D. Ramón, era éste en el agravio recibido un tanto y aún un mucho rencoroso; pero con cierto rencor infantil, cuya manifestación y efectos movían á risa ó compasión antes que á susto á cuantos los presenciaban.

Si á Rosario, su esposa, volvemos la mirada, se nos aparecerá como una mujer hermosa y elegante, en cuanto al físico; tierna, apasionada, de distinguida y rutinaria educación en lo moral, conforme acontecer suele con la mayor parte de las damas de su clase. Hija de una distinguida, mas no opulenta familia cortesana, matrimonio de conveniencia antes que de amor el suyo, amaba á don Ramón, si con entrañable ternura, sin ilusiones ni entusiasmo, conservando en lo íntimo de su corazón la virginidad de ese fondo poético, romántico, si se quiere, que con mayor ó menor intensidad, poseen casi todas las mujeres. Dos eran los constantes sinsabores de su vida: uno el carácter prosaico de su consorte; otro el haberle negado el cielo las delicias agridulces de la maternidad; este último sobre todo la tenía inconsolable. Aparte de esto, se consideraba relativamente feliz, acomodándose á los beneficios que su holgada posición le procuraba. Ansiosa de libertad, en el último viaje no había acompañado á su marido, prefiriendo esperarle en Madrid, acompañada de su familia, para trasladarse con él á Alcornocal en cuanto regresara D. Ramón.

Enrique, el primo segundo de este último, socio del Veloz-Club y perteneciente á la más *alta goma* madrileña, había tenido la humorada de acompañarles al pueblo aquel otoño, para divertirse, eran sus palabras, con las ocurrencias y las *cosas* de aquellos paletos. Joven, como casi todos los de su clase, ligero é insustancial, más amigo de amoríos que de investigaciones serias, pagándose de las apariencias más que de la sustancia de las cosas y personas; caído, como tantos otros, en el lamentable error de tomar lo transitorio por lo permanente y lo deleznable por lo positivo, con mucho aire en la cabeza y mucha sangre, nada más que sangre, en el corazón; tan elegante como distinguido en su persona y traje, distraía sus ocios requebrando á las rollizas mozas del lugar ó persiguiendo la caza de aquellos alrededores, siendo como era consumado tirador, diestro en el manejo de todas armas y en la ejecución de toda suerte de corporales ejercicios. Semejante al gastrónomo estragado á quien asalta el antojo de comer un día en la taberna, había él abandonado el regalo y las aventuras de la vida madrileña por las toscas rusticidades de Alcornocal, decidiéndose á respirar por una temporada el aire de sus montañas, á deslumbrar los ojos de sus palurdos, á encender – ¿quién lo duda? – más de una hoguera en el grosero corazón de sus zafias aldeanas. Otro objeto entrañaba también la decisión de nuestro César amoroso, objeto cuya manifestación y consecuencias contribuyen no poco al desenvolvimiento del hecho que vamos á narrar.

Por aquello de que donde quiera que fueres haz como vieres, los tres personajes descritos comían también al mismo tiempo que los vecinos de Alcornocal. La comida, diligentemente servida por dos criados en el vasto comedor situado en el piso principal con dos ventanas que miraban al barranco, era más animada que de costumbre, gracias á la aventura del novillo en que tan lucido papel representara el pisaverde, viéndose todavía en un rincón la carabina que le sirviera de instrumento.

Los tres comían sentados á una mesa cuadrada de roble con pie tallado. Rosario ocupaba la presidencia, teniendo á Enrique á su derecha, á la izquierda á D. Ramón y desierto el lado fronterizo. La comida tocaba á su fin, acabando de desaparecer una botella de *Champagne* con que D. Ramón obsequiaba todos los domingos á sus comensales. El rico propietario tomó su copa llena hasta el borde, y levantándola, dijo:

– ¡Brindo por el héroe y libertador de Alcornocal, por el nuevo Frascuelo!

Las copas chocaron ceremoniosamente, y el aludido, reventando de vanidad, repuso:

(Continuará)

LOS VENTRÍLOCUOS

Los ventrílocuos se pueden clasificar en diversas categorías según su especialidad: los unos consagran su talento á imitar gritos de animales, el canto de los pájaros, ruidos de herramientas, etc.; los otros remedan el sonido de instrumentos musicales; varios consiguen simular el rumor producido por una multitud, como por ejemplo, un regimiento ó una procesión; y hay quien hace hablar á los muñecos ó maniquíes aparentemente.

Bien conocido es el cuento que nos refieren los autores griegos: en una especie de concurso entre un actor y un aldeano, concurso en que se trataba de remedar á cuál mejor los gruñidos de un lechoncillo, la multitud otorgó el premio al primero y silbó al segundo; pero entonces éste, entreabriendo su capa, enseñó el animal vivo, que llevaba oculto, pellizcóle las orejas y demostró así al público su error.

En nuestros días se presentan á menudo al público ventrílocuos que imitan los gritos de los más diversos animales, el cerdo, el asno, el caballo, el buey, el perro y el gato; y hasta el lenguaje de todas las aves de corral.

Con estos ventrílocuos se pueden reunir los que imitan el canto de los pájaros, particularmente el del ruiseñor, y que en escenas, á veces encantadoras, llegan á producir casi la ilusión de tales.

Un actor bien conocido, Mr. Fusier, tiene singular aptitud para imitar los gritos de animales, y como prueba de ello refiérese una anécdota que, si no del todo auténtica, es por lo menos muy chistosa. Dícese que muchas veces el portero de la casa donde Mr. Fusier vivía, oyendo gritos extraños, había subido á la habitación de aquél para protestar contra la infracción de las condiciones de inquilinato, según las cuales nadie debía tener perros ni gatos en su casa, y mucho menos cerdos ó asnos y otros animales, á los que Mr. Fusier daba asilo, en opinión del portero.

Ciertos ventrílocuos imitan el sonido de instrumentos musicales, desde el violín ó el contrabajo hasta los de cobre de notas más sonoras; otros se distinguen simulando el ruido de la lima, de la sierra, etc.

Como ejemplo de las ilusiones que es posible producir de este modo, el autor inglés Stewart, que se ha ocupado mucho de la ventriloquia, nos habla de un individuo que imitaba perfectamente el silbido del viento á través de las junturas de una puerta ó de una ventana. «Con frecuencia, dice, le observé cuando hacía esta jugarreta en el rincón de un café, y rara vez se dió el caso de que algún concurrente no se levantase para ver si las ventanas ó las puertas estaban bien cerradas; mientras que otros, que se disponían á leer el diario, apresurábanse á ponerse el sombrero y levantarse el cuello del gaban ó abotonárselo.»

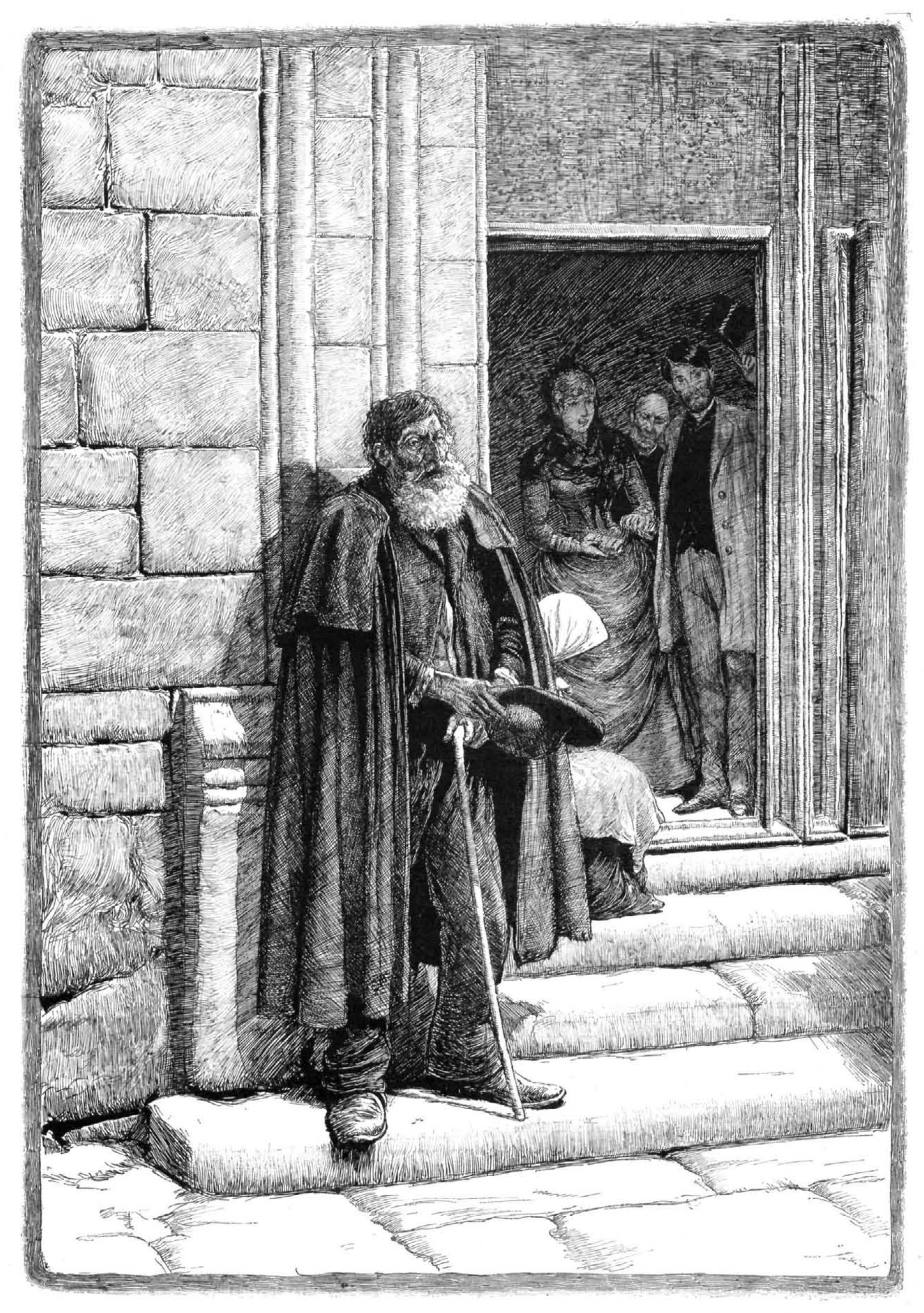
La especialidad de ciertos ventrílocuos consiste en ocultarse detrás de un biombo y producir en el auditorio la ilusión de que allí hay varias personas, y hasta una multitud.

El célebre ventrílocuo M. Vivier era muy hábil: en un salón, oculto por una mampara, llegaba á producir ilusiones sumamente curiosas; él solo imitaba á veces la marcha de un regimiento, y entonces oíase el clarín, el tambor, la marcha acompasada de la tropa, las órdenes de los oficiales, las aclamaciones de la multitud, etc.

A principios del siglo, un ventrílocuo llamado Fitz-James sobresalió en este género de ejercicios; imitaba, por ejem-



PAISAJE DE INVIERNO, cuadro de E. Mener



POR EL AMOR DE DIOS, dibujo de J. L. Pellicer

plo, el rumor de una procesión de religiosos bajo las bóvedas de un claustro, y oíanse, no sólo el rumor de los pasos y el murmullo de una numerosa multitud, sino también los cánticos religiosos, las notas graves de los chantres y las voces de los acólitos; de modo que el espectador creía estar cerca de centenares de personas y experimentaba una verdadera sorpresa cuando el ventrílocuo se presentaba solo. Hay muchos ejemplos de ventrílocuos modernos que, á semejanza de los mágicos de la antigüedad, hacían hablar aparentemente á los animales ó á los objetos inanimados.

Cítanse particularmente varias bromas de este género, de monsieur Comte, el célebre prestidigitador que dirigía el teatro llamado hoy de Los Bufos Parisienses: M. Comte era un ventrílocuo muy hábil.

Cierto día, hallándose en la feria de un pueblo, simuló que hablaba un lechón que una buena mujer llevaba para la venta; y el pobre animal, acusado por la multitud de ser un hechicero, fué arrastrado de las orejas por un guarda de campo, y conducido á presencia del alcalde.

Por el camino, el lechón no dejó de gritar, tratando de *imbécil* al que le llevaba.

En Tours, Comte hizo derribar la puerta de una tienda, cerrada hacía largo tiempo, simulando que en el interior se hallaba una persona que pedía socorro.

En Nevers, un pobre campesino montado en su asno, oye de pronto á éste protestar contra los malos tratamientos que se le infieren; y el buen hombre, poseído de terror, huyó abandonando al animal, por creerle embrujado.

Estas jugarretas del ventrílocuo Comte le expusieron á menudo á graves peligros: en Friburgo, por ejemplo, fué detenido por unos aldeanos que, acusándole de brujería, quisieron quemarle vivo en un horno; pero cuando llegaron á él, se oyó salir de éste una voz formidable, que bastó para ahuyentar á los campesinos.

De vez en cuando anúncianse en los programas de los teatros los ejercicios del *hombre de la muñeca*, que no es otro sino el hábil ventrílocuo M. Bouchotty, el cual lleva en brazos una muñeca semejante á una niña de cuatro ó cinco años, con la que sostiene una conversación de las más divertidas.

A fines del siglo último, un ventrílocuo de Viena, el barón Mengen, adquirió gran reputación por unos ejercicios análogos; hablaba largo rato con una muñequita que llevaba en el bolsillo.

Cuéntase que en una de las sesiones del barón Mengen, un oficial irlandés quedó tan maravillado del prodigio que acababa de presenciar, que se abalanzó al bolsillo en que el barón había guardado su muñeca, firmemente resuelto á cogérsela; pero entonces aquella comenzó á proferir gritos angustiosos, como si la hubiesen hecho daño; el oficial, sorprendido y aterrado, soltó su presa; y el barón, sacando la muñeca, hizo ver que era un simple pedazo de madera toscamente esculpido y cubierto con una túnica.

Ciertos ventrílocuos, imitando á la hechicera Cecilia de Lisboa, simulan que sus manos hablan.

Ultimamente hemos visto en el Egyptian-Hall de Londres, un prestidigitador que presentaba en escena una muñeca para hablar con ella, entablando un diálogo más ó menos extravagante; veíase que movía los labios, y la ilusión era completa; pero de repente, efectuábase una transformación singular: era que el prestidigitador acababa de abrir la mano, cubierta con un guante blanco, al que, algunas rayas de color comunicaban notable semejanza con la cabeza de una muñeca.

Sabido es que basta trazar algunas líneas con carbón en la mano, y cubrirla con un pañuelo ó servilleta, para producir la ilusión de que es la cabeza de un niño: en la figura 1.ª se indican dos maneras de colocar los dedos para formar una cara con la mano.

En nuestros días, muchos de los ventrílocuos que se presentan al público consiguen facilitar notablemente la ilusión que quieren producir, sirviéndose de muñecas grandes, ó más bien de maniquíes articulados, á los que hacen hablar, cantar y conversar entre sí, dando á cada cual una voz diferente. El mecanismo de estas muñecas está dispuesto de modo que los brazos y las piernas se agitan, la cabeza se vuelve á derecha é izquierda, los ojos se abren y cierran y la mandíbula inferior se mueve como si la boca articulara palabras, bastando para todo esto que el ventrílocuo toque un resorte.


UN CASO APURADO, cuadro de E. Keyser

Entre los ventrílocuos que se presentaron en París hace algunos años figuraba una joven inglesa, miss Ana, cuyos ejercicios eran muy notables; y hace poco ha llamado también la atención, entre otros, M. O'Kill con su familia, que hacía funcionar á sus muñecos de una manera muy divertida.

Colocados éstos en un estrado, el ventrílocuo se situaba detrás, y hacíales hablar, á cada cual de un modo distinto (figura 4); uno de los muñecos figuraba ser un hombre grotesco, cuyo acento era muy bronco, y el otro una vieja de voz gangosa; mientras que la de los demás muñecos era infantil y argentina.

M. O'Kill los hacía mover la cabeza, los brazos y las piernas; los muñecos disputaban entre sí, revelando á veces muy mala educación; y depués cantaban, separadamente ó acompañándose. Mientras que hacen todo esto, el ventrílocuo suele permanecer impasible, sin que se mueva un solo músculo de su rostro, ó bien aparenta escuchar con curiosidad la discusión, y sonríe cuando hay motivo para ello.

Esos ventrílocuos, gracias á sus maniquíes, consiguen generalmente producir una ilusión bastante completa, hasta el punto de que algunos espectadores se persuaden con frecuencia de que la voz que se oye sale efectivamente de boca de la muñeca, y que no es la del ventrílocuo, colocado detrás, sino la de algún individuo oculto bajo el maniquí ó en otra parte, el cual habla por un tubo acústico.

Indicaremos aquí un artificio, bastante tosco, pero siempre eficaz para contribuir á la ilusión del espectador: se reduce á que el ventrílocuo, en el breve discurso preparatorio que dirige al público, alega ser extranjero y se excusa de no hablar bien el idioma del país; para hacerlo creer así se expresa con dificultad y con mal acento; mientras que sus muñecas, por el contrario, le contestan en lenguaje muy castizo; de modo que al oirlas, los espectadores se inclinan á creer que el ventrílocuo no interviene en sus respuestas ó en su diálogo.

Explicación de la ventriloquia. – El arte de la ventriloquia está basado primeramente en un fenómeno acústico, en la dificultad que tiene el oído para determinar con exactitud el punto de donde un sonido procede; y esta incertidumbre respecto á su dirección es fácil de comprobar, como vamos á ver por los siguientes casos.

Un adivino que se presentó en París hace algunos años, M. Stuart Cumberland, practicaba en los salones, después de sus ejercicios de doble vista, un experimento acústico que sorprendía y divertía mucho á sus oyentes.

En este experimento, una persona de buena voluntad, sentada en medio del salón, dejábase vendar los ojos; Stuart Cumberland cogía entonces una moneda de cinco francos y hacíala resonar por medio del choque con un cuerpo duro, bien fuera una llave ú otra moneda; y la persona sometida al experimento debía indicar la dirección en que se producía el sonido, determinando á qué distancia. La persona se equivocaba casi siempre en ambas cosas, indicando lo contrario á la verdad; y estos errores, á veces notables, provocaban naturalmente la hilaridad del público. Además de esto, M. Cumberland, cambiando la posición de su mano de modo que ésta formase una especie de pantalla interpuesta entre la moneda y el oído de la persona sometida al experimento, hacía variar para ésta la percepción de la dirección del ruido, siendo así que el experimentador no se había movido de su sitio.

En cierta sesión vimos un individuo del Instituto que, habiéndose prestado de buena voluntad á la prueba, quedó sumamente sorprendido, cuando se le quitó la venda de los ojos, al reconocer los grandes errores de percepción auditiva en que acababa de incurrir. La ilusión que así puede producirse, variando la posición de la mano en que se ha hecho resonar una moneda, es del todo análoga á la que el ventrílocuo obtiene. Otro caso si varias personas se colocan en fila y una de ellas emite un sonido prolongado, por ejemplo, con una vocal, ó sea *aaaa*, que no exige ningún movimiento de los labios, el espectador no podrá determinar quién lo emitió; y si trata de indicarlo, es casi seguro que cometerá un error, señalando muchas veces, á derecha ó izquierda, la persona que está más lejos de la que produjo la voz.

En los coros de la ópera se procura reunir, además de las cualidades del canto, un aspecto agradable, y como una buena voz no va siempre acompañada de un rostro agraciado, muy á menudo se coloca en primer término, en los coros, á las más bonitas figurantes, que aunque no hayan de cantar, abren la boca y pronuncian al parecer, siendo así que sus compañeras, situadas detrás, son las que verdaderamente cantan: muy rara vez echa de ver el público este pequeño fraude.

Un hombre colocado cerca de un niño, y que sin mover los labios hablase con voz chillona, mientras que el muchacho aparentaría sólo pronunciar las palabras, podría hacer creer fácilmente que eran suyas. Esta ilusión se puede obtener hasta con los animales: no es difícil enseñar á un perro á abrir la boca siguiendo el movimiento de la mano de su dueño, y si éste es algo ventrílocuo, no le costará mucho hacer creer que posee un perro dotado del don de la palabra.

El ventrílocuo que situado cerca de sus muñecas consigue conservar impasibles los músculos del rostro, mientras que aquéllas se agitan, mueven los labios y parecen hablar, no llega á producir una ilusión tan completa para los espectadores sino en virtud del principio acústico de que acabamos de hacer mención, es decir, la torpeza del oído para determinar el punto exacto de donde procede el sonido que percibe.

Debe advertirse que la principal dificultad del arte del ventríloco consiste en conservar la fisonomía impasible, hablando sin que mueva ninguno de sus músculos.

El ventrílocuo que habla con una muñeca y la interroga, hace las preguntas con su voz ordinaria, articulando distintamente y moviendo los labios de una manera muy marcada: pero cuando la muñeca contesta, en el semblante del ventrílocuo no se ha de ver la menor contracción y apenas debe entreabrir sus labios una ligera sonrisa.

La inmovilidad de las facciones que el ventrílocuo conserva mientras habla, puede explicarse recordando algunos principios gramaticales que sólo son aplicaciones de la fisiología de la voz.

El lenguaje articulado, que distingue el del hombre del de los animales, se divide, como la gramática lo indica,

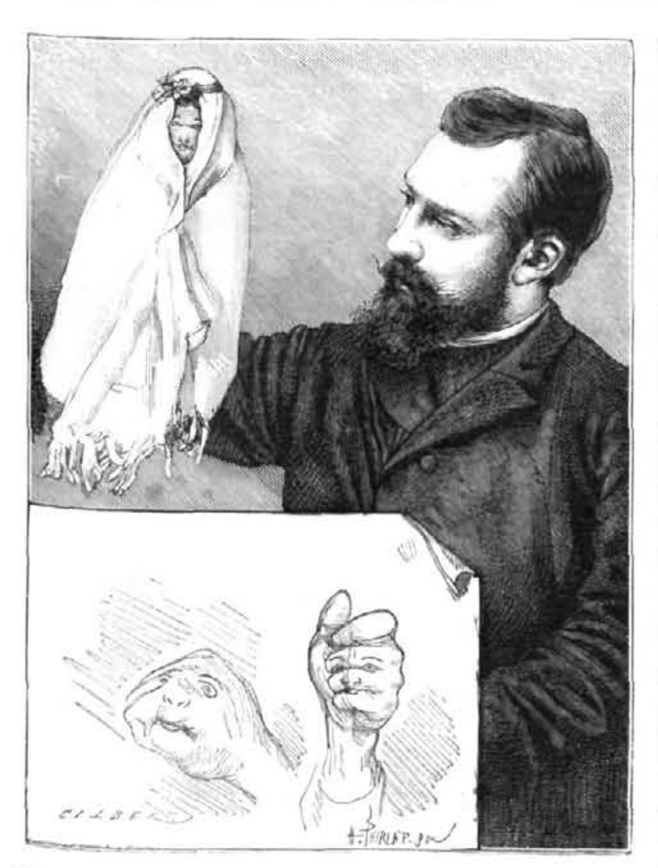


Fig. 1.—Ventrílocuo que aparenta hablar con su mano, trasformada en muñeca. – Manera de simular una figura con el puño cerrado.

en sonidos y articulaciones; los primeros, ó vocales, se forman con todos los ruidos continuos y uniformes que los órganos de la voz pueden emitir; así, por ejemplo, *a, e, o, u*, son vocales porque se puede prolongarlas indefinidamente, como *aaaaa*.

Las vocales figuran en mucho mayor número de lo que se admite generalmente en la escritura, puesto que es posible modificarlas á lo infinito, digámoslo así, por un sonido algo más cerrado ó un poco más abierto.

Se pueden clasificar bajo la forma de gamas, teniendo cada cual una vocal tipo, cuya serie entera correspondiente no es sino el resultado de una contracción cada vez más marcada de los labios, sin que la lengua y los demás órganos de la voz se hayan de modificar en lo más mínimo. En el cuadro que se acompaña señalamos esas vocales tipos y sus gamas descendientes (fig. 2).

Si al pronunciar cada una de ellas, y sin cambiar la posición de los labios ó de la lengua, se retira la punta de ésta hasta el fondo de la garganta, obtiénese el *sonido nasal* de esta vocal.

Los principales son *an*, sonido nasal de *a; on*, sonido nasal de *o*, y después vienen *en, in*, sonido nasal de *e; eun, un*, sonido nasal de *eu*.

Las vocales *i* y *u* no tienen sonidos nasales, á causa de la posición hacia atrás que ocupa naturalmente la base de la lengua al pronunciarlas, posición que se modifica muy poco si se trata de comunicarles un sonido nasal.

Lo que precede puede llamarse teoría de las vocales. Bajo el punto de vista de la ventriloquia, debe observarse que para pronunciar aquéllas no se necesita ningún movimiento de los labios; basta que éstos se mantengan ligeramente entreabiertos para dar paso á la emisión del sonido, lo cual suele obtener el ventrílocuo por medio de la sonrisa de que ya hemos hablado, al parecer provocada por el efecto que le producen las palabras de sus muñecas.

Todas las modificaciones de órganos necesarias para el paso de una vocal á otra, como en los diptongos *oa, oe*, ó para suprimir ciertas articulaciones intermedias, se obtienen fácilmente por el ventrílocuo con ayuda de la lengua y de los órganos interiores de la boca, sin hacer el más ligero movimiento ni la menor contracción con los músculos del semblante, ó por lo menos sin que se manifiesten á los ojos del espectador por ninguna señal visible. La pronunciación de las vocales no constituye, pues, ninguna dificultad para el ventrílocuo.

No sucede lo mismo con las consonantes, con las articulaciones, pues la pronunciación de alguna de ellas opone una dificultad que el ventrílocuo no puede vencer sino á costa de ejercicios y destreza, ó bien sustituyendo la articulación difícil de pronunciar sin contraer los músculos del rostro, con otra que dé poco más ó menos el mismo sonido, pero que se obtenga con los órganos vocales interiores de la boca.

Las consonantes se pueden clasificar por categorías según los órganos vocales empleados para pronunciarlas. En cada categoría divídense en fuertes y débiles, y bajo el punto de vista de la ventriloquia comprenden dos series. Esta clasificación da el cuadro que se representa en la figura 3.

Al examinarle se observará que en toda la primera serie de estas articulaciones, la lengua, sea obrando sobre la faringe ó el paladar, vibrando sola, aplicándose contra los dientes, ó tomando diferentes formas, puede funcionar, articular sin ayuda de los labios, y sin que sea necesario contraer ninguno de los músculos de la cara. El ventrílocuo podrá, pues, pronunciar todas las palabras en que sólo entren estas consonantes y vocales sin ningún movimiento del rostro.

No sucede lo mismo con las articulaciones de la segunda serie, es decir, de las cinco consonantes labiales *f, v, p, b, m;* y así es que el arte del ventrílocuo consiste en pronunciar estas cinco articulaciones sin mover los labios ó los músculos del rostro.

Con un poco de costumbre es fácil llegar á estos resultados por lo que hace á la *f* y la *v*, que pueden pronunciarse moviendo solamente los músculos interiores de los labios.

P y *b*, y sobre todo *m*, ofrecen más dificultad, pudiendo decirse que los más de los ventrílocuos que quieren conservar una inmovilidad absoluta de los labios no pronuncian ninguna de estas tres consonantes de una manera precisa mientras trabajan; generalmente las sustituyen por medio de una serie de articulaciones que se acercan á la *n*.

Así, pues, la ilusión que los ventrílocuos consiguen producir haciendo hablar á las muñecas es ante todo el resultado de un fenómeno acústico, y después de la costumbre adquirida de hablar sin que se muevan los músculos del semblante.

Los ventrílocuos que, sin ningún accesorio, consiguen producir la ilusión de una voz que parte del suelo, de una altura, ó de un sitio cualquiera, próximo ó lejano, como lo hacían Saint-Gilles, Comte y anteriormente las pitonisas y los mágicos, logran el objeto utilizando siempre el mismo principio de acústica, ó sea la dificultad del oído para determinar el sitio de donde procede un rumor; y además aumentan esta incertidumbre conservando la fisonomía impasible y disponiendo los órganos vocales de manera que el sonido sea más ó menos velado, si al ventrílocuo le conviene hacer creer que llega de lejos.

En cuanto á la dirección precisa del sonido, el ejecutante se suele encargar de indicarla por una expresiva mímica, fijando sus miradas en un lado ú otro y señalando con el dedo, mientras que su fisonomía expresa el espanto, el interés ó la sorpresa: el espectador, por imitación, se

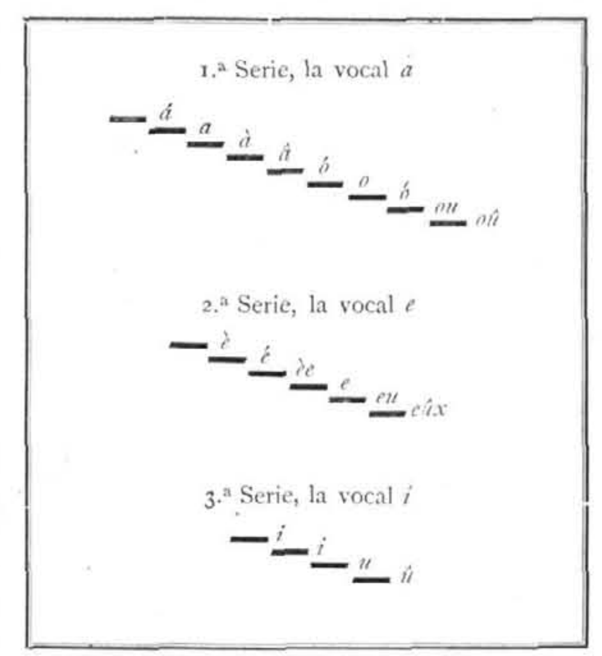
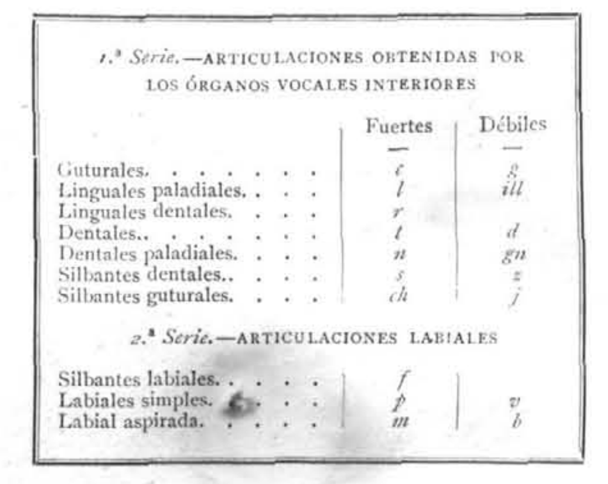


Fig. 2.—Clasificación de vocales.

persuade fácilmente de que el sonido que oye llega del sitio que así se le indica.

Las palabras se pronuncian á menudo de una manera poco inteligible por la voz misteriosa, pero el ventrílocuo se suele encargar de hacerlas más comprensibles, repitiéndolas con su voz ordinaria, acentuándolas y comentándolas, y de este modo persuade á sus oyentes de que son las mismas que acaba de oir. Para producir un sonido velado que parezca proceder de lejos, ó de una habitación cerrada, el ventrílocuo dispone la lengua de modo que su extremidad ó su base, aplicándose contra el velo del paladar, forme una especie de diafragma, para que pase muy poca voz: si el ventrílocuo articula entonces sus palabras con voz fuerte y gutural, parecerá que el sonido proviene de la tierra ó de un sitio cerrado, tal como una gruta, una caverna, y hasta una caja, un tonel ó una alacena. Por el contrario, si estando la lengua en la misma posición el ventrílocuo hablase con voz aguda, parecería que la voz llega del techo de la sala, ó de un sitio más ó menos elevado, como la copa de un árbol, la parte superior de una escalera y hasta el tejado de una casa vecina.

Pero en uno y otro caso, para obtener la emisión de esta voz ahogada, poco distinta, el ventrílocuo tiene los pulmones distendidos y pronuncia, si no aspirando, por lo menos emitiendo el menor aliento posible.



1.ª Serie.—ARTICULACIONES OBTENIDAS POR LOS ÓRGANOS VOCALES INTERIORES

	Fuertes	Débiles
Guturales.	*c*	*g*
Linguales paladiales.	*l*	*ill*
Linguales dentales.	*r*	
Dentales..	*t*	*d*
Dentales paladiales.	*n*	*gn*
Silbantes dentales..	*s*	*z*
Silbantes guturales.	*ch*	*j*

2.ª Serie.—ARTICULACIONES LABIALES

	Fuertes	Débiles
Silbantes labiales.	*f*	
Labiales simples.	*p*	*v*
Labial aspirada.	*m*	*b*

Fig. 3.—Clasificación de las consonantes.

El célebre fisiólogo Richerand, que tuvo ocasión de examinar al ventrílocuo Fitz-James, decía:

«Todo su mecanismo consiste en una espiración lenta y graduada, espiración que va siempre precedida de otra muy fuerte, por medio de la cual el ventrílocuo introduce en los pulmones una gran cantidad de aire, cuya salida ordena después.»

En cuanto á las modificaciones que se deben hacer en la posición ordinaria de los órganos para producir voces de personas de edad ó de niños, broncas ó gangosas, gritos de animales ó sonidos de instrumentos de música, rumor de útiles, de una multitud, etc., esto se consigue fácilmente gracias á la movilidad, á la perfección y á los recursos de estos diversos órganos. Por la costumbre y los ensayos, el ventrílocuo llega á conocerlos y repetirlos, obteniendo con seguridad la voz que desea.

Por lo demás, para explicarse bien los cambios que es posible introducir en la voz modificando la respiración, la abertura de la faringe y la posición de la lengua, comunicando á ésta diferentes curvaturas, basta hacer durante algunos minutos este ejercicio, con lo cual se comprenderán muy bien los procedimientos de los ventrílocuos y el grado de ilusión que pueden producir. Tal vez el ensayo revelaría á algún experimentador una aptitud para la ventriloquia que se estaba lejos de sospechar.

Recordemos de paso que Saint-Gilles, el longista ventrílocuo de Saint-Germain, había adquirido su habilidad en menos de ocho días de trabajo, y que su fama, que se re-



Fig. 4.—El ventrílocuo O'Kill y sus muñecos.

monta á más de un siglo, se ha perpetuado hasta nuestros días.

La celebridad de muchos grandes hombres, sabios ó libertadores, alcanzada á costa de toda una vida de trabajo, no ha sido tan duradera como la del longista Saint-Gilles.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sin embargo, las deserciones suelen producirse con más frecuencia por las exacciones de los inspectores ó intérpretes bisayas que se hallan en los pueblos para vigilar á los *nuevos conquistados* y darles á conocer las primeras reglas de la civilización. Los Bisayas no aceptan estos empleos sino con la esperanza de sacar partido de un comercio poco escrupuloso. Especulando sobre la imprevisión y la vanidad de los nuevos convertidos, les venden á crédito ropas, abalorios y objetos de quincallería, pidiéndoles un precio excesivo. Perdida la esperanza de pagar algún día todo lo que deben, los deudores se escapan á veces, pero el acreedor pierde poca cosa; y si ha recibido algo á cuenta, aun le queda beneficio.

24 enero.—Encuentro en Talacogón al P. Canudas, á quien había conocido antes en Bunauán, y muy pronto llega el P. Urios á la cabeza de sus cuadrilleros; vuelve de una expedición al alto Agusán, y trae prisioneros á dos *bagani*, que han asesinado á dos nuevos cristianos: el Padre impone un correctivo ejemplar á uno de ellos. Parece que hay una recrudescencia de hostilidades en el centro de Mindanao; los Mandayas del río Sahug acaban de sorprender y matar á los habitantes de un caserío dependiente de Dagohoy, y los Bisayas de Bislig se han puesto en campaña contra los Mandayas de las montañas.

25 enero.—Me separo de los dos misioneros, que han tenido la bondad de no hablarme de la deserción de Amparo sino para decirme que la consideraban desde hace mucho tiempo como muy probable, y que á falta de la excusa que los indígenas dieron, el dato habría encontrado fácil otro pretexto.

La corriente del Agusán es siempre muy rápida, y hasta el 27 no llego á Bunauán, donde cambio por dos piraguas la barca tomada en Butuán.

A partir de Bunauán sepárome de mi antigua ruta y remonto el río Simulao, crecido por los torrentes, hasta un poco más arriba de Tudela, mísero pueblo de mandayas más ó menos sinceramente convertidos al cristianismo. El Simulao está encajonado entre ondulaciones de terreno, generalmente poco elevadas; sus orillas, cubiertas de una vegetación de arbustos, se hallan tan desiertas como las del Sahug; llueve siempre, y bajo este cielo gris, Tudela, perdido en el fango, presenta el lamentable espectáculo de un conjunto de viviendas ruinosas antes de haber terminado su construcción. Los habitantes parecen heridos de parálisis; hasta los chiquillos, acurrucados en los rincones, permanecen silenciosos, entreteniéndose con unos puñales de madera.

Necesito indispensablemente portadores para franquear el monte Bucán, que me separa de Bislig; ni los ofrecimientos ni las amenazas no me dan resultado, y en su consecuencia apodérome del capitán de Tudela, le anuncio que es mi prisionero, que le llevaré lejos, y que no volverá á ver nunca las orillas del Simulao. Entonces se decide á facilitarme dos ligeras embarcaciones, tres hombres y cuatro chicos de cinco á doce años.

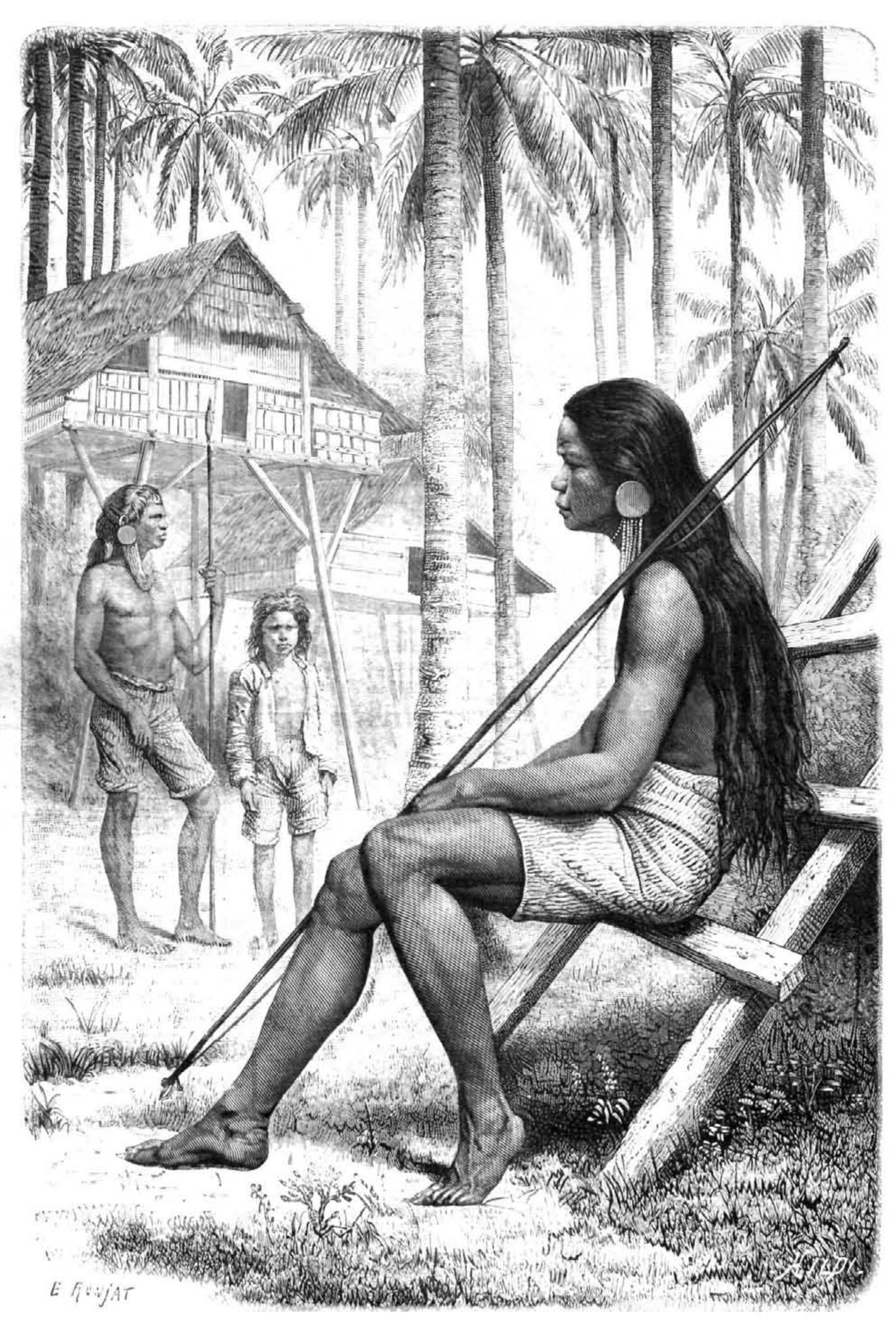
29 enero.—Salgo á las siete de la mañana, y me es forzoso cruzar otra vez penosamente las cataratas, sufriendo la lluvia; desde el Simulao paso al Miaga (8° 3' 1" latitud norte) y después al Dugán, riachuelo sin importancia. Por la tarde llego al pie del monte Bucán, donde el Dugán presenta una larga serie de cataratas y cascadas de imponente aspecto, que se precipitan sobre peñascos enormes.

30 enero.—Las rocas de andesita, cubiertas de moles arcillosas, forman la garganta del monte Bucán (altitud 130 metros), que remata en una meseta ligeramente accidentada, con una espesa vegetación, entre la cual hay barrancos profundos que dificultan la marcha; también veo en la meseta numerosos torrentes, por lo regular orientados al sud. El camino es más fácil en la vertiente este; pero mi guía, estúpido mandaya, equivoca el camino, y para llegar al río Bislig es forzoso encaminarnos por el lecho desigual de un torrente, cuyo caudal de agua aumenta con la lluvia. Paso la noche en una caseta de Mandayas.

31 enero.—Una hora más en los torrentes, y después llego al río Bislig, ancho y profundo, donde me embarco con dos esquifes que por poco zozobran en el puerto, á causa de la agitación del mar.

Así como todas las radas de esta costa, excepto el golfo de Pujada, la de Bislig está abierta al nordeste, y por lo tanto no se puede permanecer en ella durante el actual monzón. La desembocadura del Bislig ofrecería un buen refugio si se practicasen algunas obras en la barra, que tiene por todas partes de diez á doce brazas de profundidad, excepto en un punto, cuya anchura no alcanza á veinte. Esta circunstancia es buena de notar en una costa tan inhospitalaria.

Bislig, uno de los más antiguos pueblos colonizados por los Bisayas en el océano Pacífico, depende de Surigao, y su gobernador es un comandante. Me dirijo al tribunal, y busco en mi escaso equipo algún traje para presentarme á dicha autoridad. El comandante, D. Rafael Piquer y Morales, informado de mi llegada, me envía un pelotón de cuadrilleros, que recogen mi equipaje, los sigo, y poco después el gobernador me presenta á la señora Piquer, diciéndome que puedo disponer de su casa.



Viaje á Filipinas. – Guerrero guianga

Paso dos días muy agradables con mis nuevos patrones, que solos con su hija en este pueblo bisaya, han sabido desterrar el aburrimiento, buscando las ocupaciones más agradables. Los señores Piquer insisten para que me quede algún tiempo; pero fatigado y enfermo, conozco que ya es hora de terminar mi viaje á Mindanao, porque bien pronto me faltarán las fuerzas necesarias.

El tiempo parece mejorar: después de haber observado que la situación de Bislig se halla á 123° 48' 20" longitud este, y 8° 7' 6" latitud norte, marcho el 2 de febrero en una barca bastante grande, tripulada por cinco marineros, que me ha facilitado bondadosamente el señor comandante Piquer. Si el tiempo se mantiene así, tal vez podré llegar, á pesar del monzón, á la bahía de Pujada.

Apenas he doblado la punta de Sancop, la brisa comienza á refrescar, y el mar se pica; pero á favor de la alta marea puedo costear, pasando sobre un banco que aquí existe; navego sobre un metro de profundidad y así evito la fuerte marejada, que viene á morir con estrépito á pocos cables de mi barca. Después penetro en un pequeño canal que serpentea entre la punta Sancop y la costa; en la extremidad opuesta, el mar está demasiado embravecido, y mando anclar en el canal. Durante la noche, mis tripulantes hacen una buena pesca; provistos de hachas, recorren las aguas poco profundas; y cuando los peces, atraídos por la luz, pasan á su lado, los aturden de un golpe en la cabeza.

3 febrero.—Continúo mi ruta hacia la punta Tambog, manteniéndome, como ayer, á cierta distancia de las rompientes, con lo cual evito el encuentro de las enormes olas. A las once de la mañana me veo obligado á detenerme en un canal de la punta Tambog.

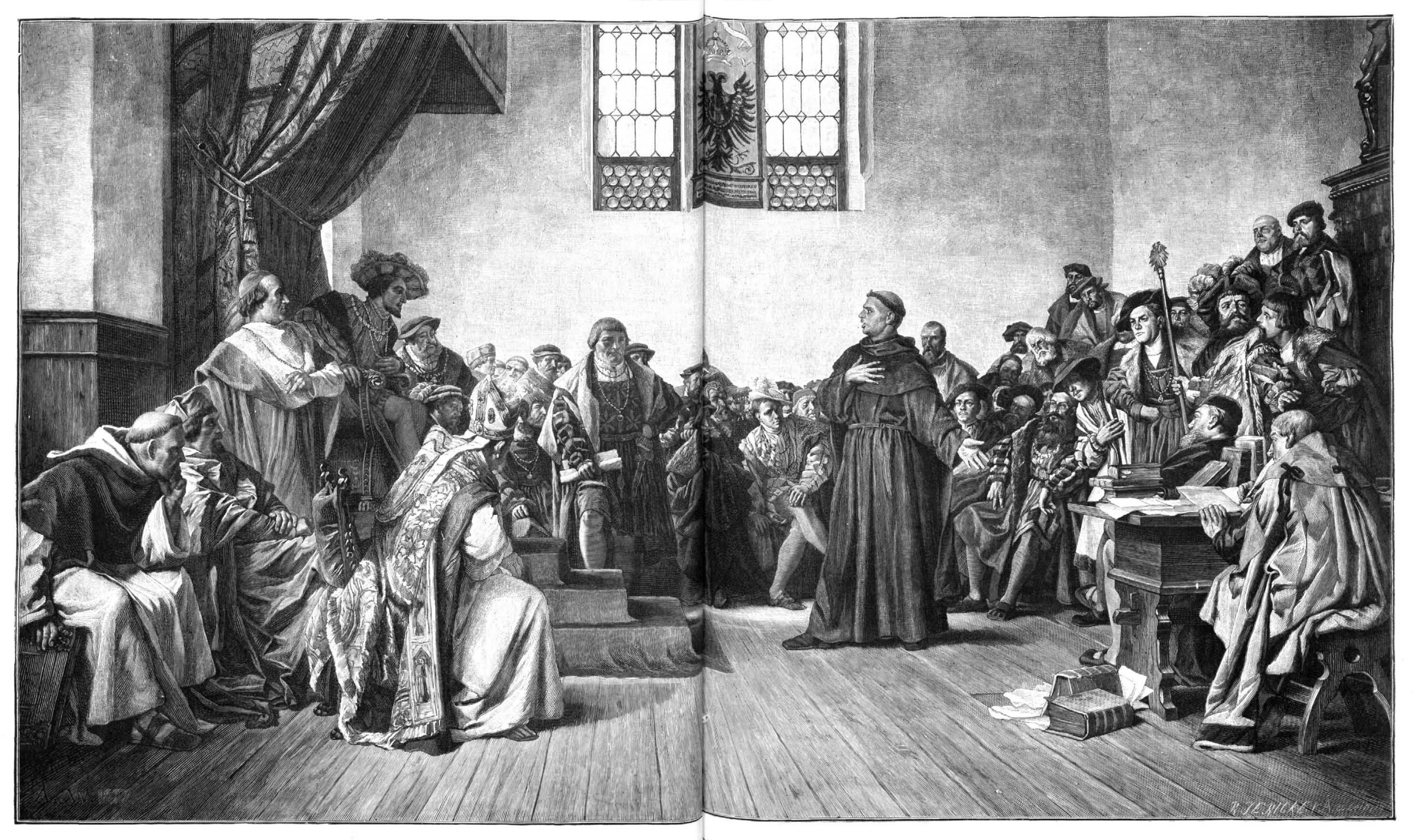
4 febrero.—A las seis de la mañana, calma relativa; doblo la punta de Tambog, procurando evitar la línea de las corrientes, que termina en la punta; poco después, con la profundidad de á dos metros, en marea alta, dejo á babor la línea de las olas que se estrellan en su periferia. A las nueve de la mañana doy vista á Lingit, pueblo bisaya asaz importante; y después de doblar la punta Baticangán, y de cruzar la bahía siguiente del mismo modo, anclo á las once delante de la punta Amuraón para observar.

A partir de la punta de Tambog, los bancos costeros están formados por restos de políperos, en los cuales crecen algunas algas. La costa es generalmente escarpada, componiéndose, como los pequeños islotes de la inmediación, de masas de moles de melafira más ó menos alterada. Desde la punta de Amuraón gobierno directamente sobre Catel Nuevo ó Dacuang Banúa (el gran pueblo bisaya); á doce brazas, ya no encuentro fondo; llego á Catel á las dos de la tarde, y encuentro al P. Terricabras, misionero de la Compañía de Jesús, que vuelve de su visita apostólica.

Catel Nuevo se ha establecido aquí porque la costa ofrece un anclaje regular para las barcas; mientras que el del antiguo pueblo es casi siempre inabordable; los Bisayas renuncian difícilmente á sus casetas, según me dice el P. Terricabras, quien me recibe afablemente, pero rehusa compartir conmigo lo que me queda de las excelentes provisiones que llevo en mi barca, y que debo á la bondad de la señora Piquer. «Hace mucho tiempo, – me dice el Padre, – que no he probado los manjares de Europa, y temo que me hagan daño.»

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LUTERO EN LA DIETA DE WORMS, CUADRO DE A. WERNER

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 244

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

Asunto y pintura á cual más simpáticos. ¿Quién no se sentirá movido á compasión al ver esa madre tan joven y tan mísera al propio tiempo, *que para engañar á su vista, engalana con el gorrito de su hijo* á un pobre cuadrúpedo y para engañar á su corazón le mece y le prodiga las más tiernas caricias? La fijeza de su mirada indica que su insensato desvarío la tiene dominada por completo. Al contemplar á esta infeliz loca, la lástima que inspira induce á desear que jamás recobre la razón, si ha de pasar de nuevo por las crueles torturas que se la han hecho perder.

Algunos de nuestros abonados habrían preferido tal vez que no hubiéramos puesto tan triste composición ante sus ojos; pero el cuadro de Deschamps ha alcanzado tal y tan merecido éxito en la última Exposición de París, que no hemos podido resistir al deseo de incluir en nuestras páginas una copia de tan artística obra.

CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de M. Schmid

La palabra *imposible* no existe en el diccionario del amor de padre. Nuestro cuadro representa al vivo esta opinión, que la experiencia confirma á cada paso. La desgracia ha llamado á la puerta de la cabaña del rudo montañés: su hija, la joven cuya sonrisa de ángel calmaba todas sus penas, cuya juventud y alegría eran el encanto del solitario hogar, ha sido atacada de terrible parálisis. El pobre montañés tiene escasos recursos y más escasa fe para implorar el auxilio de la ciencia de los hombres; pero tiene un tesoro de amor y de esperanza en Dios. El amor le inspira la confección de un aparato *para cargar sobre sus robustos hombros el cuerpo de su hija*, y la esperanza guía sus pasos al santuario donde se celebra la fiesta de la Virgen que obra milagros cuando los padres la imploran con toda la efusión de su alma. Tal es el asunto del cuadro de Schmid.

Sobrio de composición, ejecutado con firmeza de maestro, impresiona vivamente y á la simple vista vale á su autor un triunfo. Ese paisaje agreste, desnudo, solitario, es el teatro más conveniente para la escena escogida por el artista; como la figura del montañés, cuya robusta espalda se doblega bajo su preciosa carga, es la imagen gráfica del dolor resignado y del amor elevado á lo sublime del sacrificio. El sentimiento de que el pintor se halla dominado trasciende al espectador por medios naturales; y esto prueba la intensidad de aquél y las condiciones artísticas con que se manifiesta. Cuando se juntan el sentimiento y el arte se producen obras clásicas como el *Camino del jubileo*.

¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

El artista no dice en qué punto tiene lugar la deliciosa escena que ha pintado. A juzgar por la espléndida luz que la ilumina y por la transparencia del cielo bajo el cual se realiza, deberíamos decir que esa escena tiene lugar en Italia. Sin embargo, la disposición del jardín no es italiana del todo; los mismos personajes no tienen italiano tipo. Dondequiera que la escena se verifique, ello es que el pensamiento resulta agradable y la ejecución esmerada.

Una mujer, joven aún y hermosa, viste enlutadas tocas. Induda-



¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

blemente es una viuda que tiene concentrados sus afectos en la criatura que hace danzar á su muñeca, ejercicio que cautiva por completo su atención. Esa criatura es su hija; lo dice harto claramente el color negro de su sencillo vestido.

—¡Feliz edad!—dice para sí la madre acongojada.—¡Feliz edad aquella en que no se tiene idea de la desgracia que supone la pérdida de un padre!... ¡Feliz edad aquella en que una muñeca hace olvidar un cadáver é inspira una alegría tan inocente como contagiosa!

Esta idea se refleja en el semblante de la viuda, cuyo dolor templa una media sonrisa, bien así como en días borrascosos los rayos del sol iluminan pálidamente una nube, sin llegar á traspasarla. Las otras dos figuras del cuadro son igualmente expresivas; el conjunto resulta agradable y el pensamiento de la obra demostrado de una manera sencilla, pero no menos concluyente.

EL NÁUFRAGO, cuadro de Langhammer

Terrible y desigual es la lucha: el hombre es un ser muy débil para triunfar de las embravecidas olas. Con la fuerza de la desesperación se agarra el náufrago á los restos de la frágil barquilla; pero *¡cuán pequeña parece esta resistencia* comparada con la fuerza incontrastable del mar enfurecido!... Poner de manifiesto este contraste parece haber sido el pensamiento fundamental del autor de este lienzo, al pintar con vivos colores las horas angustiosas, horribles, que preceden á la muerte del desdichado náufrago.

UNA CALLE DE CLOVELY (Devon)

A pesar de su triste cielo, de las prosaicas aglomeraciones de edificios de agudas y apizarradas techumbres interpoladas de negras y altas chimeneas, que constituyen las grandes ciudades; de las no menos sombrías campiñas manchadas en grandes extensiones por el oscuro polvo de las minas de hulla, no carece la Gran Bretaña de puntos de vista pintorescos, donde tanto el viajero como el artista encuentran bastante que admirar y no poco que estudiar.

Una de las comarcas que más atractivos ofrecen es sin duda la del Devon, y en ésta el antiquísimo pueblo de Clovely, del cual ha dicho con razón un escritor que formaba el caserío más romántico del Devonshire. Basta contemplar el grabado, que representa una de las calles de dicho pueblo, para echar desde luego de ver la antigüedad de sus casas, así como su caprichosa situación en un cerro que se alza á 500 pies de elevación sobre la llanura, y en el cual se escalonan las robustas construcciones de la población. Verdad es que entre los países que más ejemplares de arquitectura primitiva conservan, figura con ventaja la Gran Bretaña, que si es fiel guardadora de sus tradiciones sociales, no lo es menos de todo cuanto constituye su modo de ser, especialmente en los puntos apartados de los grandes centros de población.

MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

El decenviro Apio Claudio, árbitro de los destinos de la ciudad de Roma (*449 años antes de J. C.*) concibió por Virginia, hija del centurión Virginio, una pasión innoble que ideó satisfacer de infame manera. Al efecto recabó de los magistrados una sentencia declarando á la infeliz doncella esclava de uno de sus clientes, convertido en su cómplice; mas antes de que la infeliz doncella fuera arrebatada á su padre, éste se apoderó de un cuchillo de la tienda de un carnicero y con él sacrificó á la desdichada Virginia. Los romanos, testigos de la iniquidad de los jueces, se sublevaron contra éstos y derribaron á los decenviros, que tan escandalosamente abusaban de su ilimitado poder.

Este asunto ha sido tratado por varios artistas y verdaderamente se presta como pocos para un cuadro de composición grandiosa. El hecho en sí mismo, el sitio en que tiene lugar, la manifestación de los afectos que dominan á los personajes, la explosión de la ira pública, todo cuanto puede concurrir, hábilmente tratado, á producir un cuadro de impresión, se encuentra reunido en esta escena. El autor del lienzo que publicamos ha sacado de ella buen partido y sin desviar la atención del hecho principal, ha iniciado al espectador en las consecuencias inmediatas que produjo en los destinos de Roma.

PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir

El artista puede soñar también su Arcadia, y Leloir la ha pintado tan grata, tan apacible, tan bella como la ven ciertos poetas desde Virgilio hasta Meléndez y Florián. Los modernos se sienten menos inclinados al idilio, y á la vista de esa embarcación adornada con atributos agrícolas, y de esos músicos que festejan sin duda á sus opulentos señores, y de ese lago que apenas riza la brisa, y de esos árboles poblados de ruiseñores, y de ese cielo sin nubes, y de esa felicidad sin contratiempos; una sonrisa escéptica asoma á sus labios y exclaman con amargura: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

Ello, empero, no puede disputarse á Mauricio Leloir, pintor francés de reconocido mérito, que su idilio está ejecutado con elegancia suma y que á él podría aplicarse aquello de: si esto no es la verdad, merecería serlo.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

– Ahora, me toca á mí; ¡brindo, pues, por mis galantes huéspedes, y sobre todo, por el hada de estas montañas!

– Cuidado, Casio, que no anda lejos Otelo, – respondió con alegre sorna el señor del Soto.

Rosario se turbó ligeramente; mas reponiéndose, dijo á su vez:

– Y yo, por no ser menos, brindo por el feliz descubrimiento del secreto de mi marido, y por los alcornocaleños á quienes hoy ha cabido en suerte tan bravo matador.

La muerte del novillo había impresionado la poética imaginación de Rosario, y al proferir sus últimas palabras, un pasajero carmín tiñó sus mejillas.

– ¿A cómo estamos hoy? – preguntó Soto.

– Domingo, 14 de setiembre, – contestó Enrique.

– Pues bien, dentro de quince días, el primer domingo de octubre, sabrás ese secreto, esposa mía.

– El primer domingo de octubre es el Rosario.

– Justamente, se trata de una sorpresa que para ese día te reservo.

– Pero... ¿no me dirás al menos qué te haces por las noches encerrado en el desván?

– ¡Imposible! ni una palabra, no me preguntes nada hasta ese día; tengo hecho un pacto y he de cumplirlo.

– ¡Un pacto! ¿Y con quién?

– ¿Con el diablo? – preguntó Enrique riendo.

– Tal vez.

El interpelado dió á estas palabras tan extraña entonación que Rosario y Enrique se miraron.

Los criados sirvieron el café y el señor del Soto, mudando de conversación, dijo á su pariente:

– Pero, ¡qué bien tiras, primo! Lo ignoraba; ¿dónde aprendiste?

– Me ejercité desde muy niño. Además, tengo un ojo y un pulso... En el Veloz todos me tiemblan. ¿Quieres darme tu revólver? Voy á dibujarte un seis de oros.

– No, chico; mi mujer es muy nerviosa y se sobresalta al oir tiros.

Rosario, como atraída por un imán, miraba á Enrique de hito en hito.

– ¡Qué miedo he pasado esta mañana! – dijo. – ¿Y ha habido desgracias?

– Poca cosa, el rabadán contuso y una caballería muerta, – contestó el de Soto.

– A no ser por mí, mal lo hubieran pasado esos palurdos, – añadió el pisaverde.

– No te burles de los alcornocaleños; mayor susto llevarán cuando yo quiera, – prosiguió D. Ramón.

– ¿Qué te propones, esposo?

– ¿Por qué lo dices, primo?

– Chitón, es mi secreto.

Y añadió mirando á la ventana:

– ¡Qué hermoso día! La tarde convida á pasear; ¿vamos al campo?

Los tres se levantaron. Mientras Rosario pedía á un criado la sombrilla, Enrique y D. Ramón encendieron sendos tabacos. Cuando el último volvió la espalda para tomar de un mueble su bastón, el segundo dijo á la primera:

– Cada día está V. más guapa.

– ¡Tonto! – respondió ella con una sonrisa encantadora.

Al cruzar los tres la plaza, Isidro, que con Blas y sus amigos ocupaba una mesa tras de los vidrios del café, profirió devorándolos con la vista:

– ¡Ahí vienen, ahí vienen!

– ¿Cuálos? – preguntaron sus amigos volviendo la cabeza.

– El brujo, su mujer y el pisaverde. Toman la calle Mayor; ¿adónde irán?

– Déjalos, – repuso Blas, – allá se lo dirán de misas esta noche.

– No, esta noche no.

– ¿Cuándo entonces?

– Después que nos hayamos convencido de su brujería. En esas cosas hay que andarse con pies de plomo; el diablo tiene malas pulgas.

– Corriente; pero de todas maneras esta noche...

Convenidos; le tomamos al diablo la filiación, y mañana, ó pasado, cuando á Dios plazca...

Continuaron hablando en voz tan baja que no pudo entenderse lo demás.

Entretanto, Rosario, D. Ramón y Enrique, recorriendo la calle Mayor, desembocaron en el campo y se dirigieron hacia la vía férrea. A su derecha se oían los rústicos acordes de una gaita y un tamboril, prueba de que los mozos y mozas del lugar alegraban el ocio del domingo bailando en la próxima era.

– ¡Cómo se divierten esos palurdos! – observó Enrique.

– También nosotros nos divertimos, – replicó D. Ramón, – sino que cada uno tiene su modo de matar pulgas.

– A ellos les divierte seguramente lo que á nosotros nos aburriría, – agregó Rosario.

– Vive Dios que si no fuera por Vds., había de ir á echar una cana al aire, – insistió el gomoso.

– ¿De qué suerte, primo?

– Bailando una jota con la mejor moza del lugar.

– ¿Cuándo sentarás esa cabeza? Hazlo si te atreves.

Rosario clavó en el semblante del joven una mirada tal de reconvención, que éste, avergonzado, bajó los ojos.

Llegado que hubieron á una hondonada cubierta de verdura, el de Soto se frotó las manos, profiriendo:

– ¡Ajajá! Hermoso sitio para herborizar; aquí debe haber plantas muy raras, y quién sabe si algún fósil.

– Pero, Ramón, – objetó la dama, – siempre con tus hierbas y tus piedras. ¿No sería mejor dar un paseo por esas cercanías?

– Nada, nada, lo dicho. Vosotros haced lo que gustéis; ¿me necesitáis acaso?

Así diciendo, con ligereza juvenil, empezó á brincar por entre peñas y arbustos. Su esposa se sentó en el suelo, sobre el mullido césped; abrió un libro que trajera á prevención y se puso á leerlo. Enrique, en pie junto á ella, mirándola fijamente, se azotaba el pantalón con su junquillo.

– Siento no haberme traído la escopeta, – dijo de pronto.

Rosario levantó la cabeza.

– ¿Para qué? – le preguntó.

– Mi primo con sus hierbas y pedruscos, V. con su libro, yo sin mi escopeta, ¡bonita tarde vamos á pasar!

– Todavía le queda á V. un recurso.

– ¿Cuál?

– Ir á bailar una jota con la mejor moza...

– ¡Rosario!

– A prevención traje este libro; no me gusta ser importuna.

– Sin embargo, demasiado sabe usted...

Interrumpiéndose de súbito, el gomoso miró hacia donde se hallaba D. Ramón, y como le viese envuelto en la espesura de un bosquecillo, se inclinó rápidamente, intentando asir con la suya la mano de Rosario.

– ¡Insolente! – exclamó ella, dándole en los dedos con la sombrilla.

El libro, escapándose de las manos de la dama, se había caído sobre la hierba, y sus hojas, barajadas por el viento, producían un rumor seco y burlón, cual si se mofaran de la audacia del petimetre; el mismo viento azotaba el rostro y las sienes de la hermosa con el velillo de su sombrero y con los rizos que de éste se escapaban; la falda, ceñida con pudorosa precaución á lo largo de su cuerpo, dibujaba las arrogantes curvas de las caderas y permitía ver en la extremidad el correctísimo calzado de dos pies que hubieran cogido en un puño.

– ¡Ingrata! – murmuró el pisaverde, absorto en la contemplación de aquel tesoro.

– ¡Yo! ¿Le debo á V. algo por ventura?

– Siete meses de martirio, desde mi regreso de Inglaterra, la tierra del *sport*, y de Francia la tierra del *sprit*, desde que tuve la desgracia .. la desgracia, sí, no la fortuna de admirar tanta belleza.

– Por Dios, Enrique, ya que no me respete á mí respétese V. á sí mismo, á ese excelente caballero, que es mi dueño ante Dios y ante los hombres.

– Ingrata, sí, ingrata una y mil veces, – prosiguió el gomoso irritado ante el llamamiento virtuoso de Rosario.

– Por V. he venido á enterrarme entre esos zafios, renunciando á mi *high life*, á mi vida de aventuras, á lo más *pschut* que el mundo encierra.

– Sabe Dios cuánto me opuse á que V. nos acompañara; pero hay cosas fatales, ojos que no ven, oídos que no oyen.

– Por V. no vivo, muero aquí y en todas partes; por usted hoy, con sólo disparar mi carabina, he librado al pueblo de una catástrofe... Por V. lo hice, sí, ¿qué me importaba á mí de esos palurdos?

– Enrique, no me atormente V., yo se lo ruego; usted sabe muy bien que sus merecimientos no han caído nunca en saco roto; que ese hombre bondadoso, con su edad, con su carácter, con sus gustos, con sus... extravagancias, no puede llenar el vacío de mi alma. Con todo, no ignora usted tampoco lo que me debo á mí misma, lo que debo á mi marido, lo que nos debemos todos.

– ¡Sí, yo debo el alma al diablo y forzoso será que se la pague! – prorrumpió el gomoso con acento sombrío.

– ¡Primo, primo! ¿qué te haces? – gritó en aquel momento, desde el bosquecillo, la voz de D. Ramón.

– ¿Qué quieres? Estoy aquí, acompañando á Rosario.

– Con que, haciendo el amor á mi mujer, ¿eh? ¡Ah! bribonzuelo, holgazán. Ven acá, hombre, ven acá un momento y ayúdame á atar estas hierbas; no puedo con tantas.

Enrique y Rosario cambiaron una mirada significativa, una mirada de compasión y de despecho hacia aquel hombre. El petimetre, no obstante, acudió al llamamiento, y la dama, recogiendo su libro, se puso á leerlo maquinalmente.

Por más que lo intentaron, no les fué posible en toda la tarde reanudar la conversación: el señor del Soto, locuaz, animado, inquieto, contento como nunca por las preciosidades que, según él, había recogido, cada vez que á ello iban lo estorbaba.

El pisaverde, por instintivo desquite de su pecado, se ofreció á llevar aquel tesoro; mas D. Ramón se opuso diciendo:

—Quita, hombre, quita, podrías mancharte el traje, tú tan buen mozo! ¿Qué dirían esas palurdas? En cuanto á mí, es muy distinto; ya estoy fuera de combate.

Echaron á andar los tres, D. Ramón cargado como un patán, con su haz de vegetales, el gomoso silbando un aire bufo y la dama, pensativa, revelando en el semblante la lucha de encontrados sentimientos que su alma sostenía.

(Continuará)

LO QUE VIVE EN LA SOMBRA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Paseaba yo una tarde de otoño por el Retiro: un viento húmedo y frío impulsaba en remolinos las hojas secas; los últimos rayos del sol que se filtraban por las rasgaduras de espesos y negros nubarrones, teñían con una tinta roja-pálida las copas de los árboles; la tarde se había hecho desapacible, y yo apresuraba el paso para que la lluvia que amenazaba no me cogiese al descampado.

Había llegado á la Avenida de las estatuas: estaba desierta ó casi desierta: sólo se veía en ella una persona sentada en uno de los bancos de piedra.

No sé por qué al pasar junto á aquella persona, y como por una atracción incomprensible, me fijé en ella: era un hombre ya de edad, vestido con desaliño, aunque no con miseria: su *pardessus*, su sombrero y sus pantalones estaban muy pasados de moda: tenía muy largos los cabellos grises, que agitaba el viento, y su barba aparecía demasiado crecida.

Como si mi mirada hubiese atraído la suya, alzó los ojos y los fijó en mí de una manera profunda: lanzó una exclamación de sorpresa, se levantó de una manera nerviosa, llegó á mí y me asió las manos.

– ¡Ah! ¡eres tú, Luis! – me dijo, – vamos, te aburres como yo, y vienes por el Retiro cuando el mal tiempo echa de él á todo el mundo.

– No recuerdo, – dije.

– ¡Pues, Agustín, el bachiller!

– ¡Ah! – exclamé; – pero ¿quién había de reconocerte?

– ¿Es verdad que es imposible reconocerme? – dijo con un acento extraño, – he venido á buscarla... á lo menos á su espíritu... ¡oh! ¡la vida! ¡esto que llaman vida! ¡el misterio! ¡tengo frío, Luis; mucho frío, y una sed insoportable! ¡vámonos!

Y se asió de mi brazo y tiró de mí.

Yo me sentía mal: á Agustín se unía una historia misteriosa y sombríamente dramática que quince años antes había dado escándalo; Agustín había desaparecido, se le había olvidado.

Él continuó tirando de mí y hablándome de una manera incoherente: si yo le contestaba me cortaba la palabra con la suya que no cesaba y que revelaba la vaguedad de la locura: aproveché el primer carruaje que pasó desalquilado, y algunos minutos después estábamos instalados, y con la mesa servida, en uno de los gabinetes de un *restaurant* de la calle de Alcalá.

Apenas si comía Agustín: bebía, y luego permanecía con las manos crispadas puestas sobre el borde de la mesa.

Su mirada brillaba de una manera vaga, indecisa, como esos fuegos fatuos que lucen más ó menos según que es mayor ó menor la densidad de la sombra en que flotan y que al entrar en un espacio iluminado por la luna desaparecen, para aparecer de nuevo con toda la intensidad de su luz fantástica sobre un fondo lóbrego.

Yo sufría, como si me hubiera contagiado la situación dolorosa del alma de Agustín: si aquello no era locura, era ya visiblemente el desorden cerebral: sus ojos dilatados huían la luz de las bujías, y al extravío de la mirada se unía la contracción de los labios trémulos, y una especie de sombra interna que parecía manifestarse en su rostro pálido hasta lo lívido, causando el efecto de una luz que se extingue y se reanima débilmente dentro de una bomba de cristal mate.

Agustín acabó por tomar para mí la apariencia de un espectro, ó más bien de un cadáver agitado por una poderosa influencia magnética: había en él una vida formidable, que no era la vida tal como la conocemos: era una vida de otra esfera, de otro orden de sensaciones y de relaciones; era, en fin, como el aborto de una pesadilla que nos ha despertado y que recordamos sin poder explicárnosla, sintiendo algo más terrible que el terror: la sombra de un universo desconocido, fantástico, producto de la perturbación del sentimiento, del desequilibrio de los términos de la razón.

– ¡Ron, ron, mucho ron! – exclamó; – ella no puede resucitar; los muertos, cuando se han sumergido en lo infinito invisible, vuelven, sí, vuelven cuando los evoca una voluntad poderosa, pero no encuentran su envoltura, la máquina por medio de la cual manifestaban, con la voz, con la mirada, con el gesto, con el movimiento, lo que sentían, lo que pensaban, lo que querían. Se ha desorganizado, se ha deshecho entre el fango pútrido de la fosa: no son más que sombras que se hacen sentir de nuestro espíritu, que nos hablan sin voz, que sin ojos nos miran, que sin formas materiales dejan ver las formas que tuvieron, pero idealizadas, trasfiguradas, llevadas á la belleza suprema; tú no sabes cómo es la sombra que se levanta en el miserable vacío que ha dejado en nuestra alma la desaparición material de un ser querido; no, tú no sabes cuán horriblemente ese vacío insoportable se llena sin llenarse, porque cuanto más se llena más se agranda, y cuanto más atormenta, más deleita; no, tú no sabes hasta dónde llega en placer y en dolor el sentimiento infinito del espíritu por el espíritu.

Si yo no hubiese visto patente el trastorno febril de Agustín, hubiera creído que la filosofía á la moda, la teoría de lo infinito, los desbarros del espiritismo y del sonambulismo, toda esa fantasmagoría con que, locos tranquilos, pretenden explicarse lo que no cabe en la razón humana, se habían apoderado de él y le habían *chiflado* (permítasenos esta palabra de un nuevo *caló* que ha hecho fortuna aun en los círculos más ilustres); pero yo no veía esto; veía un síntoma de muerte; la mayor parte de los moribundos por la depresión, por la perturbación del sentimiento, ven objetos extraños, seres fantásticos; sus miradas vagan como siguiendo á aquellos espectros, que ellos ven, por las paredes, por el techo, de objeto en objeto, de colgadura en colgadura, de los que hablan á los que doloridos asisten á su agonía; y cuando ya no pueden hablar ni moverse, cuando su mirada ya no busca, parece que en sus ojos mates y vidriosos se refleja aún la tenaz visión: Agustín era entonces como uno de esos moribundos, sólo que, por un fenómeno extraño, se tenía sentado y conservaba toda la energía de sus movimientos.

– ¿No la ves? – me dijo; – está allí, en el espejo; me mira con sus grandes ojos tristes y ardientes: pero tú no la verás: tú no estás en relación simpática con ella: tú no la has conocido: si tú la hubieras conocido, comprenderías lo que sin duda crees una alucinación.

– En efecto, – le dije, – puedo tratarte con confianza: tú no estás bueno: has bebido demasiado: ¿quieres que nos vayamos?

– ¡Sí, sí, es verdad! – dijo con acento sarcástico; – tú ves en mí síntomas de congestión: tranquilízate: basta con que me abstraiga para que ella se me presente: yo tengo la razón tan fuerte como tú: yo sé bien que lo extraordinario, lo sobrenatural, lo que creemos que sin existir existe, es la visión de un inexplicable sonambulismo en que nos sentimos despiertos, y durante el cual los que nos ven, los que nos oyen nos creen despiertos también: ¿qué te parece? cuando te detuviste delante de mí, acababa de verla pasar, esbelta, leve como una pluma llevada por el viento; flotaba su elegante traje, flotaban sus cabellos rubios... ¡oh, qué cabellos! un rostro sensual, un rubio pálido, con tonos dorados, con reflejos de una luz misteriosa... y su frente tersa, serena, pero sombría, con su misterio de pasiones desconocidas... con sus enormes y lánguidos ojos negros, siempre enigmáticos, siempre abismos oscuros en cuyo fondo se agitan informes la muerte y la vida... con la sonrisa leve y epigramática de sus graciosos labios... con su garganta irresistible cuyas arterias laten á la más leve sensación... toda vida, toda luz y toda sombra, toda paz y toda guerra... lo infinito en la mujer... el ángel en el demonio y el demonio en el ángel... un destino, una fatalidad; uno de esos seres humanos en que parece haberse infundido un espíritu incontrastable; una de esas criaturas que á un tiempo hielan y abrasan la sangre... y luego una herida sobre la sien izquierda de la que con la sangre se escapa la vida!...

Yo me estremecí; probé una sensación terrible que no puedo explicar.

Agustín acababa de retratarme á grandes rasgos una mujer que era mi desesperación, mi sueño.

Y yo había ido al Retiro sólo por verla pasar como una bella aparición fugitiva por entre las enramadas... y ella había acudido como siempre á su cita tácita; ella había pasado antes que yo por delante de Agustín.

¿Y qué relación había entre Agustín y Clotilde?

Yo necesitaba saber sin preguntar, sin causar la más leve prevención á Agustín.

Él estaba en el camino de las revelaciones, y era necesario que la revelación fuese completa.

Echó una enorme cantidad de ron en la copa destinada para el vino y yo no le impedí que bebiese. Aquello debía agravar su estado congestional. Pero ¿qué importaba? Yo sentía algo horrible que me roía las entrañas: sentía hambre, un hambre cruel de saber; de descubrir; cuanto más perdiese Agustín la razón, mejor.

Sus ojos estaban ya incandescidos: parecían dos ascuas opacas, como las de un carbón que se requema.

Aparecía en su semblante contraído, la expresión del olvido de todo, menos de la pasión que le combatía: de improviso dijo:

– Yo no sé cómo, ahora que está de moda el naturalismo romántico, los autores dramáticos no se hacen aplaudir á rabiar... con que anegaran sus miradas en los abismos sociales, en lo horrible desconocido, y de allí lo sacasen y le diesen forma, llegarían á una gloria espantosa. ¿Qué te parece si yo hiciera un drama con mi historia?

– Veamos, veamos, – le dije con ansia.

Agustín tomó una expresión semejante á la de un hombre que sueña despierto en algo terrible.

– La ví, y me absorbió: su destino es absorber; aniquilar en su ser á seres que sufren sin esperanza; era todavía una adolescente: pero una adolescente precoz: era ya el arcángel caído con toda su terrible hermosura, con todo su poder de fascinación, pero aun no manchado con el cieno de la vida... y su tía... su terrible y majestuosa tía, con su mirada incontrastable y sus formas de Cleopatra... fuí admitido... pero nunca cuando fuí á visitarlas encontré á Clotilde... estaba indispuesta, á casa de un pariente ó de una amiga... siempre sola la tía... la tía formidable, resplandeciente aún de juventud y de frescura á sus cuarenta años: yo resistí todas las incitaciones de la hermosura, todas las provocaciones de la mirada, todas las artes diabólicas de una mujer irresistiblemente seductora... yo ví pasar por sus ojos cóleras sombrías, expresiones misteriosas y aterradoras... pero yo estaba absorbido por Clotilde... ella, el amor desesperado que por ella sentía hacía impotentes todas las seducciones de Ascensión; era necesario decidirse por una de las dos, y yo me había decidido: Clotilde era mi universo... y yo no la veía nunca, nunca más que en paseo; cuando por respeto á las formas no podía acompañarlas... ¡oh!

Un día recibí una carta, la letra de cuyo sobrescrito me era desconocida, pero indudablemente de mujer: abrí temblando aquella carta, de la que fluía un leve y delicioso perfume... busqué ansioso la firma: leí *Clotilde* y se me nublaron los ojos: tuve que hacer un violento esfuerzo para dominar el trastorno que se apoderó de mí. Era una carta breve, pero frenética de amor, en que ella me daba una cita decisiva á una calle apartada... acudí á las doce de la noche: en una esquina de la calle de la Comadre, encontré arrebujada á una mujer que tenía todas las apariencias de una vieja. Aquella mujer me condujo á una casa de aspecto miserable: abrió su puerta: me asió con una mano descarnada y fría, cuyo contacto me causó una impresión horrible ...yo, sin embargo, pensaba en Clotilde... la vieja me condujo á oscuras por el piso bajo... se detuvo... sonó una llave en una cerradura; la vieja me empujó dentro... se volvió á cerrar la puerta... sonó otra vez la llave... yo estaba en un espacio densamente oscuro... llamé á la vieja... no me contestó... adelanté con los brazos extendidos... tropecé con la pared... con los muebles... hallé al fin una puerta...seguí... tropecé en un lecho .. encontré sobre el lecho un cuerpo... un cuerpo de mujer .. pero inmóvil... frío... mis manos palpando habían encontrado algo húmedo y viscoso... sangre sin duda... estaba encerrado con un cadáver!

Agustín se detuvo: sus cabellos estaban erizados; sus ojos vagos parecían los de una bestia brava.

Se sirvió de nuevo ron en gran cantidad.

– No era Clotilde, – dijo al fin, – pero yo había sentido el terror de que fuese ella: había gritado de una manera desesperada, había golpeado furiosamente la puerta... no tenía luz, ni aun fósforos y necesitaba ver, salir de una duda horrible... el terror me había enloquecido: yo no meditaba que me comprometía... y seguía gritando... gritando desesperado... sacudiendo con todas mis fuerzas la puerta... pretendiendo forzarla...

Se sintió movimiento en la casa... acudieron gentes... sobrevino la justicia... se franqueó la puerta... me encontraron con las manos rojas, con el traje manchado de sangre... en la alcoba, en un lecho modesto, aparecía el cadáver de una mujer joven y hermosa, á pesar de la muerte... pero no era Clotilde... su traje, aunque elegante en su género, revelaba á una obrera: en su garganta aparecía una larga herida trasversal de la que aun fluía sangre... se me había hecho caer en una horrible trampa de lobo en la que había encontrado una responsabilidad capital.

Mi pensamiento se fijó en Ascensión: pero yo no me explicaba su móvil... si me amaba, ¿por qué perderme?

El proceso arrojó de sí una luz sombría.

María de los Angeles, la pobre obrera asesinada, era la única parienta que me quedaba en el mundo, y á quien yo no conocía, por una de esas desviaciones que son tan frecuentes entre las familias; muerta *ab intestato* María de los Angeles, yo debía heredarla... ¿vas comprendiendo?

– No, no comprendo bien, – respondí aturdido por el horror de aquel drama terrible, uno de cuyos personajes aparecía loco y palpitante ante mí.

– Una intriga de Satanás – exclamó. – Aquella María de los Angeles debía heredar una fortuna de muchos millones, de un célibe que había muerto de repente y sin testar, y del cual María de los Angeles es la parienta más inmediata y á la que no se conocía: se habían publicado edictos que ella no había leído, que yo no había leído tampoco, porque no todos leen el diario oficial... Ella, como yo, tenía el apellido Pérez de Mendarieta... esto parecía evidente... yo había leído los edictos, había averiguado, había encontrado una parienta con mejor derecho en María de los Angeles y me había desembarazado de ella...¿No ves detrás de todo esto la sombría figura de Ascensión, un horrible juego por tabla, una carambola espantosa?

– Pero tú no podías heredar á una mujer á quien habías asesinado, – exclamé.

– ¡Es que fuí absuelto!

– ¡Absuelto! – exclamé con asombro.

– ¡Ah! ¡los abismos, los abismos! – exclamó Agustín: – yo no salí de la cárcel, sino casado con Ascensión.

– ¡Cómo!

– Se me puso entre el patíbulo y el tálamo: no había elección posible: me casé: entonces apareció el verdadero criminal... un perdido, un vago, uno de estos miserables que viven de una mujer; el amante de María de los Angeles... otro juego por tabla, otra espantosa carambola; el miserable había vendido por un puñado de oro á un desconocido la vida de la desdichada María de los Angeles: encerrado, compelido, se confesó autor del crimen, su declaración justificó mi presencia en casa de María de los Angeles, mi inocencia resplandeció; pero yo era el esposo de María de la Ascensión que por su enlace conmigo de una posición mediana había llegado á la opulencia, á las grandes ostentaciones, á la gran vida. ¡Oh! ¡los abismos! ¡los abismos! una pobre muchacha había muerto; un canalla, un gorgojo del lodo había sido ajusticiado... pero Ascensión era rica y tenía por marido á un esclavo.

Hubo una pausa durante la cual Agustín bebió otra enorme cantidad de ron, sin que yo se lo impidiese: era necesario que acreciese su locura, que se completase su revelación, que acabase de revelarse por completo para mí la figura de Clotilde.

No tardó en aparecer.

– Los que niegan la Providencia, – dijo Agustín, – son unos pobres diablos que no conocen la necesidad de los efectos dadas las causas: ¡los millones! ¡la sed rabiosa del oro que seca las fauces de las gentes de nuestro tiempo, y les hace producir un silbido ronco y amenazador como el de una serpiente hambrienta! ¡ron, más ron! ¡sobre la locura la embriaguez! ¡y todo es poco, todo es poco para olvidar!

Bebió y continuó.

– Yo sabía harto claro que Ascensión no me había amado jamás; que yo no había sido para ella otra cosa que un medio: Clotilde continuaba siendo mi sueño desesperado: vivía con nosotros... á Ascensión la importaba muy poco que ella y yo estuviésemos en contacto: Clotilde era altiva y pura y había entre los dos un imposible: un día Ascensión amaneció muerta.

– ¡Cómo! – exclamé yo.

– No lo sé, – respondió Agustín, – casualidad ó crimen: ¡siempre el abismo! los médicos declararon que había muerto de una apoplejía fulminante.

Clotilde miraba de una manera fatídica el cadáver, y aparecía más hermosa: había en ella algo de sobrenatural.

Cuando se fueron todos llevándose el cadáver me asió las manos y me dijo:

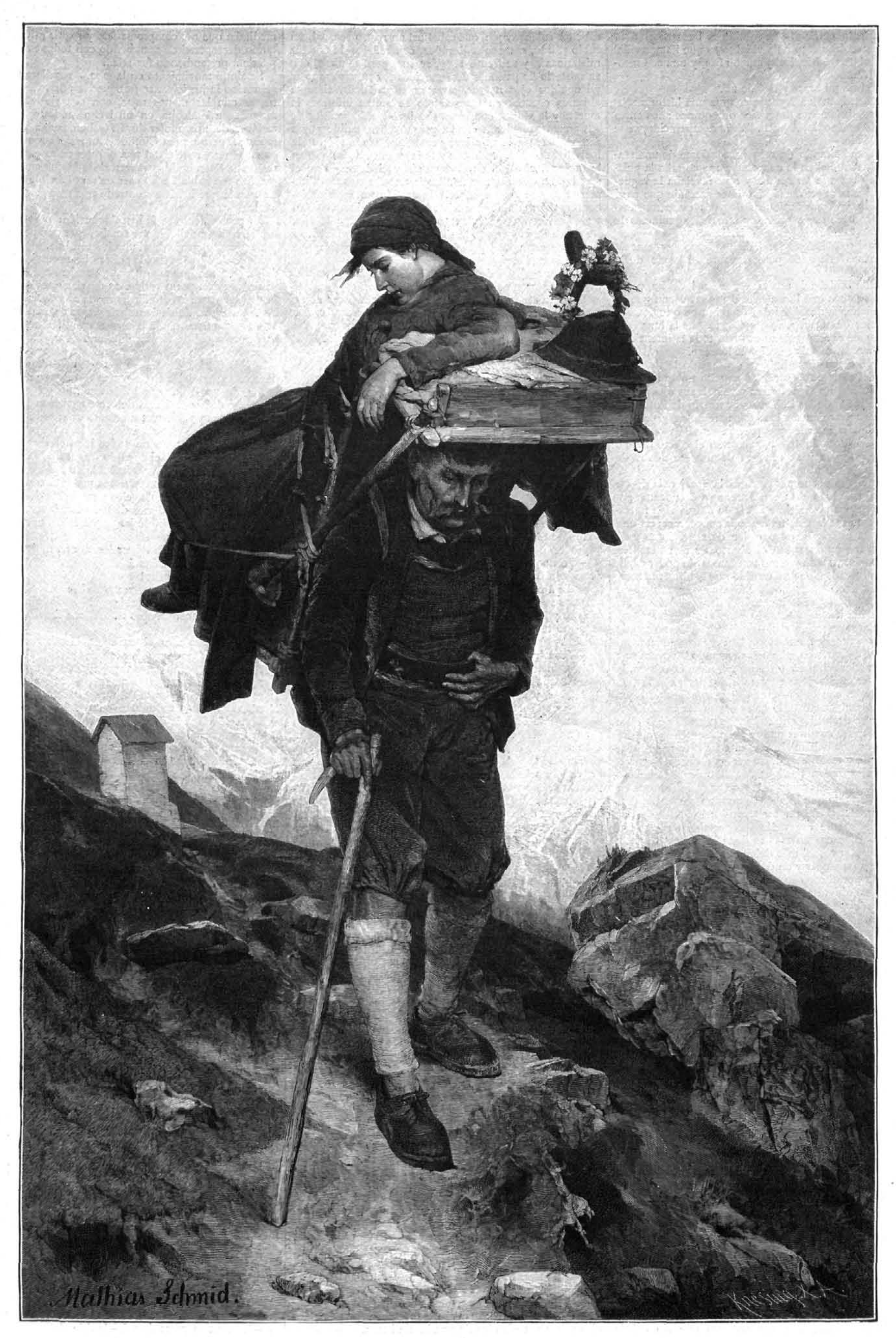
– Me he quedado sola en el mundo.

– ¡Y yo! – la respondí anhelante.

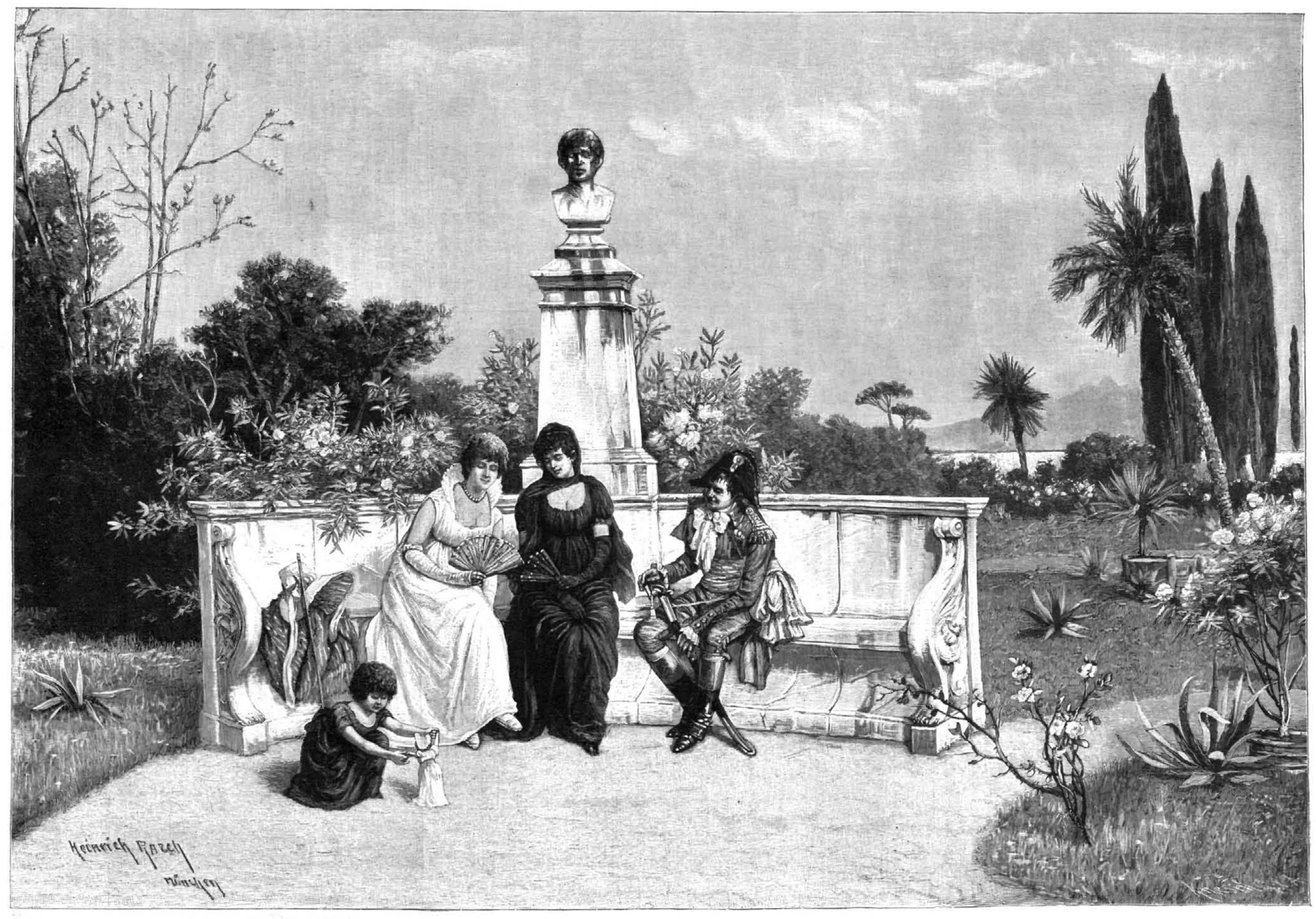
– Yo no puedo vivir á tu lado, – me respondió... – ¡las conveniencias!

– Tú no te separas de mí, – la dije.

Y tres días después partimos para viajar por Europa: á los seis meses Clotilde era mi mujer. ¡Ah!



CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de Matías Schmid



¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

Esta última exclamación de Agustín fué un rugido.

– ¡Como la otra! – añadió; – ¡la sed del oro! yo era todavía un medio: una larga asechanza, una infame traición me había engañado... tuve celos, me volví loco... herí... maté... huí... y la veo, la veo siempre con sus grandes ojos melancólicos, con su mirada profunda, con su sonrisa sarcástica!

Apenas si podía hablar ya Agustín: y continuaba bebiendo: y yo le dejaba beber.

Su voz se enronqueció al fin de tal manera, que no se entendía lo que decía. Pero estaba violentamente agitado: de improviso se levantó de una manera violenta; se llevó las manos á la cabeza, produjo un ronquido horrible y cayó como herido por un rayo.

Yo grité, acudieron... todo inútil... una apoplejía fulminante.

El cadáver fué conducido á mi casa por reclamación mía.

Una vez en ella, corrí á casa de Clotilde.

– ¿Por qué me has engañado? – la dije, – ¿por qué no me has dicho que eras casada?

Yo estaba loco.

Clotilde se había puesto pálida como una muerta

– ¡Ah! ¡yo no había querido matar tu esperanza! – exclamó, – tú eres el único hombre á quien he amado: yo no podía ser más que tu hermana mientras viviese él. . y él... ¿dónde está él?

Al hacerme esta pregunta había un abismo en los ojos de Clotilde: un abismo de ansiedad y de amor... de un amor indudable.

– Está... – respondí, – en mi casa.

– ¡En tu casa! – exclamó mirándome con espanto.

– ¡Lo sé todo!

– ¡Ah, sí! – exclamó con un altivo desdén, – ¡una historia horrible soñada por un loco!

Y había una altivez inmensa en la expresión de Clotilde.

– Un loco furioso, – añadió, – que por celos insensatos me hirió, me creyó muerta luego, y á quien yo por terror no he buscado.

Mis joyas que habían quedado en mi poder me bastaban para hacerme una renta. ¡Y ha muerto!

– Sí.

– Quiero verlo.

Me estremecí: la expresión profunda, fría, terrible de Clotilde al decir estas palabras, parecía confirmar la historia del loco.

Delante del cadáver de Agustín, Clotilde exclamó con acento opaco:

– Sí, verdaderamente es él.

Luego añadió:

– Pero entre ese hombre y yo había y existe un testamento en mancomún: yo soy su heredera; es necesario que se le identifique.

Volvían á aparecer los millones: yo sentía algo imposible de explicar.

Se identificó el cadáver; heredó Clotilde, y se unió conmigo.

. . . .

Esa mujer, inocente ó culpable, está ya delante de Dios.

Ha muerto al dar á luz un hijo que la ha sobrevivido algunas horas.

Yo era rico: ahora soy millonario: pero agonizo, muero, el horror me mata!

Esto contenía un pliego con sobre y orlas de luto que he recibido anónimo.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



EL NÁUFRAGO, cuadro de Langhammer

CLARIDADES PULPITABLES

Pensando estaba á mis solas cómo bautizar este artículo después de nacido, y al cabo de mucho ir y venir (sin moverme de mi sillón de vaqueta), se me ocurrió adjudicarle el susodicho, que me apresuré á apuntar, temeroso de que pudiéraseme ir el santo al cielo en medio de tantas especies como se agolpaban á mi mente.

«*Claridades* (dije entre mí) son verdades desnudas, esto es, destituídas de contemplaciones, paliativos ni rodeos; *pulpitables*, significa que se refieren al púlpito: ¡pues he dado precisamente con lo que buscaba; ya tenemos título!» Y soltando la pluma, y estregándome las manos, no «para dar á éstas calor, limpieza ó tersura,» porque de nada de esto habían menester, sino en ademán de fruición, como le sucede á todo aquel que cree haber hallado la clave del enigma, abrí mi tabaquera, le dí en la tapa los golpecitos de ordenanza, y exclamé, sin que nadie me oyera: *¡Vaya un polvo, y descansemos, que el asunto va formal!*

Pero... ¡qué bien dijo aquel que dijo cuando dijo que «la vida humana es un combate no interrumpido en la tierra!» En efecto, asaltóme dentro de pocos momentos la duda sobre si podría caracterizar, ó no, de *claridades* las especies que tenía colectadas como material para el presente artículo, y, de más á más, si me sería dable calificarlas de *pulpitables;* ¡ea, santo Dios! mi gozo, en un pozo! ¡vuelta á poner en tortura la mente! ¡trabajo perdido!

Para quien, como yo, tiene la costumbre de rascarse mucho la frente antes de sentar la pluma en el papel, con el loable intento de que lo entiendan á uno hasta los menos linces (cosa no muy corriente hoy en día el poder conseguirlo, dadas las nebulosidades de todo género que por doquiera nos circundan en achaque de lenguaje), es mueble indispensable el Diccionario de la Lengua, verdadero *refugium peccatorum* á que se acoge todo aquel que, estimando en algo la pureza y propiedad de dicción, desea naturalmente el acierto; tiréme, pues, á él con más ansia que la que aguija al ciervo sediento á buscar una fuente, y quedéme absorto, frío y desmadejado al leer que *claridad* significa «palabra ó palabras resueltas que suelen decirse de resultas de alguna queja ó sentimiento.»

Algo repuesto de mi estupefacción, volví á decirme: «No hay que precipitarse; vamos por partes, y veamos uno tras otro qué es lo que significan en el Diccionario los términos de que consta semejante definición, que pudieran inducir á alguna vacilación ó duda.»



UNA CALLE DE CLOVELY (*Devon*)

«*Resuelto.* Demasiadamente determinado, audaz, arrojado, y libre.»

«*Queja.* Resentimiento, desazón.»

«*Resentimiento.* Desazón, desabrimiento ó queja que queda de un dicho ó acción ofensiva.»

«Pues, señor, ¡estamos lucidos! En el artículo que acabo de trazar, ó séase en la criatura que va á nacer y tras de cuyo nombre ando, no existe ninguna de las circunstancias susodichas, y, sin embargo, toda ella se compone de *claridades* dichas en el púlpito á distintos propósitos, *ergo* no lo entiendo.»

En esto, llamaron á la puerta, y á poco entró la criada en mi despacho con una tarjeta que servía de garantía á la persona que la entregaba, quizás mucho mejor que la cédula personal, y, desde luego, á mucho menos coste, y en cuyo anverso se leía: *Justo Machetazo, juez de...* (aquí el nombre de la villa donde ejercía su cargo, y que no hay para qué nombrar).

Salíle inmediatamente al encuentro, pues, dadas tales señas de nombre, apellido, cargo y lugar, no pude menos de sospechar que aquel sujeto era el mismo, mismísimo, que tan activa parte hubiera tomado en las sesiones literarias de DOÑA LUCÍA. Dióseme á conocer como tal, así como me significó el objeto que lo encaminaba á la corte (que no era otro que el tejemaneje de elecciones), y que me traía una visita muy encarecida de parte del secretario de aquella efímera asociación, y autor de dicha novela. Hablamos largo y tendido acerca de aquella pobre señora, de cuyas manías y rarezas me contó cosas que, ora excitaban á risa, ora á compasión; y, queriendo aprovechar yo la tan fausta como inesperada coyuntura que se me acababa de entrar por las puertas con su presentación, le manifesté la duda de que era presa á su llegada, con motivo del capítulo de *claridades*. Al leerle lo que sobre el particular acababa de leer yo, junto con la materia que motivaba mi artículo, me dijo:

– Creo que está V. en lo firme al definir esa voz por los términos que me ha indicado de «verdades desnudas ó destituídas de contemplaciones, paliativos ni rodeos,» pues, esotro que acaba de leerme V., más parentesco tiene con *frescas*, y mejor aún con *desvergüenzas, salvo meliori.*

– El caso es, – repuse yo, – que en el texto que acabo de leerle á V. se hace á *fresca* sinónimo riguroso de *claridad.*

– Siento mucho no poder estar conforme con semejante sinonimia rigurosa, – me replicó, – por cuanto en *fresca* veo yo, además de la cualidad de mayor libertad ó desahogo que en la *claridad*, la circunstancia de serenidad ó desparpajo tal en quien la dice, que, en caso necesario, está pronto á decir unas cuantas más, siguiendo impertérrito é inalterable. Sí, señor mío; el decir las verdades, si bien amarga al que las oye, también suele ocasionar algún empacho ó turbación en quien las profiere; por eso dice un refrán, no prohijado por nuestra Academia, que *más vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo*, para dar á entender que cuando se presenta la ocasión de hablar claro ó de decir *claridades*, debe hacerse así, aun á trueque de tener que sonrojarse, con el intento de evitar el tener que deplorar mayores males en lo sucesivo; pero de semejante circunstancia se exime aquel que por su temperamento particular dice las verdades, no sólo en toda su desnudez y *claridad*, sino también con la ma-

yor indiferencia y *frescura*, en cuya consecuencia lo que viene á decir son *frescas;* y si á esto último se agrega el que su aspecto y sus palabras estuvieran empapadas en el descaro y en la licencia, entonces proferiría *desvergüenzas*. Ya ve V. cómo queda así debidamente graduada la escala de dichos tres vocablos... Y, antes que se me olvide, ¿qué dice ese Diccionario, que tiene V. ahí abierto de la palabra *pulpitable?*

– Pues dice, que no dice nada, aun cuando así lo han dicho Isla, Terreros y otros muchos escritores de nuestra nación que bien sabían lo que se decían.

– ¡Qué cierto es que el que nada, no se ahoga!



MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

Y con esto, se despidió, y yo redacté el presente preámbulo á la materia de que voy á tratar ahora, y que anteriormente tenía escrita, cada vez más convencido (entre otras muchas cosas que omito, por evitar el tener que decir unas cuantas *claridades)* de que el título que más se adecua al presente trabajo es el de

CLARIDADES PULPITABLES

Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache*, sevillano insigne, uno de los maestros más hábiles en el arte del bien decir, que compuso un tratado de Ortografía, rarísimo hoy, é imprimió en Méjico á poco de su llegada á aquel emporio, adonde se retiró, ya anciano, huyendo de España, como tantos otros ingenios á quienes, no de madre, sino de madrastra, sirviera el patrio suelo, da cuenta, en el primer capítulo de su inapreciable novela, de un sermón que predicó en la iglesia de San Gil de Madrid cierto docto orador ante los señores del Consejo Supremo un viernes de cuaresma, en el que, discurriendo por todos los ministros de Justicia hasta llegar al Escribano, al cual dejó de industria para la postre, dijo:

«Aquí ha parado el carro; metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el Angel de Dios no revuelve la Piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años á esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores que, caídos en un pecado, reincidieron muchas veces en él, y á todos, por la misericordia de Dios, que han salido de él reformando sus vidas y conciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer, y al jugador desengañó el tablajero, que como sanguijuela de unos y otros poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan sin él. Al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza. Al temerario murmurador, la perlesía, de que pocos escapan. Al soberbio, su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo. Al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas. Al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprensiones de sus amigos y deudos. Todos, tarde ó temprano, sacan fruto, y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estreche; á todos he hallado señales de su salvación; en sólo el Escribano pierdo la cuenta, ni le hallo enmienda, más hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo, ni sé cómo se confiesa, ni quién le absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio), porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados, ó por complacer al amigo, y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos), quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable; tienen hambre canina con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar á diestro y á siniestro la hacienda ajena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo llego á tratar), al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros, llenos de alegría: *Lætamini in Domino:* ¡Escribano en el cielo! ¡fruta nueva, fruta nueva!»

Por aquella época, puesto que vamos tratando del siglo XVI, ocurrió que, predicando un religioso delante de Felipe II, tuvo la debilidad, ó la tontería, de decirle: «Todos los hombres son responsables ante la presencia de Dios, menos V. M.» Formóse causa canónica al bueno de aquel Gerundio, acusándolo de que había divulgado desde el púlpito principios heréticos, amenazando ser terrible el castigo que le estaba preparado. Pero á influjos del Rey, que medió indirectamente en el asunto, pudo lograrse que se templaran las iras del Tribunal de la Fe con que aquel santo varón se retractase públicamente de lo dicho desde el mismo puesto en que se cometió la falta, y á presencia de las propias personas que la habían oído. Al efecto se dispuso una función de desagravios á que asistió el Monarca con su corte, y subiendo á la sagrada cátedra el predicador, entonando el *mea culpa* dijo en términos claros dirigiéndose al Monarca: «Señor, es de fe que V. M. es tan responsable de sus actos ante Dios como el último vasallo.»

A Felipe IV le dió una lección de justicia administrativa otro predicador, desde luego mucho más avisado que el de quien acabamos de hacer mención, por los términos siguientes:

«Señor, – comenzó dirigiéndose al Rey, – al encaminarme á este sitio, ví que llevaban preso á un hombre; pregunté la causa y me dijeron que por jugar á los naipes. Seguí adelante, y leí sobre la puerta de una tienda: *Aquí se venden naipes con permiso de S. M.* Pues señor, si se permite venderlos, ¿por qué se prende á los que juegan con ellos?»

(Continuará)

JOSÉ MARÍA SBARBI



PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir



Viaje á Filipinas.—Guerrero mandaya (centro de Mindanao).

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

5 febrero. – Salgo á las seis de la mañana. La brisa refresca, produciéndose al punto una marejada enorme, en medio de la cual mi barca desaparece hasta la extremidad de los mástiles. Nuestros pescadores del canal de la Mancha arrostran seguramente con frecuencia durante el invierno un tiempo semejante, pero sus embarcaciones no son como las de Mindanao; y además no hay comparación entre las cualidades morales y físicas de dichos pescadores y las de los indiferentes Bisayas. Por fortuna, se halla cerca un arroyo, el único que existe entre Catel y la punta Bagoso, que permite abordar, lo cual no sería posible por ninguna otra parte.

Fatigado de estas continuas detenciones, envío á buscar portadores al pueblo de Catel Viejo, pues continuaré mi viaje por tierra, siguiendo las sinuosidades de la orilla.

Llegó á Catel Viejo á las seis de la tarde.

6 febrero. – Catel Viejo, antiguo pueblo bisaya, está ocupado hoy por mandayas conquistados, cuya inercia es la misma observada en todos los nuevos cristianos. Cuando me ven encolerizado, los mandayas huyen, y es preciso buscarlos por tierra y por agua. A costa de grandes esfuerzos encuentro al fin cuatro hombres y dos búfalos para arrastrar dos trineos, que según dicen los indígenas, se deslizarán perfectamente por la arena de la playa.

A medio día atravieso el río de Catel, por dentro de la barra, que tiene mucha nombradía en la costa del Pacífico, y que es en realidad imponente. Más allá, mi caravana, reunida con tanto trabajo, emprende la marcha por la orilla del mar, sufriendo una lluvia espantosa. Las alturas, cargadas de bosques, se deprimen bruscamente á poca distancia del mar; la playa está cubierta de restos vegetales; en los bosques abundan los jabalíes y los gibones; estos últimos son fáciles de matar, y hago rodar algunos por tierra, pero no me aprovecho de sus despojos.

La costa se compone de bancos de madréporas, que se extienden á lo léjos en el mar, en forma de anchas tablas horizontales, en las que las grandes olas del Pacífico se estrellan con estrépito, levantando montañas de espuma.

A pesar de la lluvia, todo iría bien si los trineos construídos por los Mandayas pudieran deslizarse sobre la arena. ¡Qué lástima que unos hombres de tan poca inventiva se hayan atormentado la imaginación cabalmente en mi favor! Es preciso descargar los trineos y cargar los búfalos, haciendo en el acto una especie de cestos con bejucos. Uno de estos animales, molestado sin duda con el peso, emprende una carrera á escape, dispersando en tierra su carga; el conductor, aterrado, corre en su persecución, gritando desde lejos: «¡Ayao, ayao!» El aspecto del mandaya es tal, que no puedo contener la risa. Sin embargo, no puedo avanzar más, á causa de la oscuridad de la noche y de la madera flotante que obstruye la playa; es preciso acampar aguantando la lluvia, sin víveres, sin fuego y sin refugio; pero aun es mejor estar aquí, en una roca, que no en el bosque, pues allí nos mojaríamos dos veces, porque el follaje está lleno de agua, que se vierte á la menor sacudida.

7 febrero. – Llego bastante temprano á San Juan, otro caserío de Mandayas *reducidos*, cuyo capitán me alquila un caballo; pero como está muy escuálido, y peso demasiado para él, me deja caer al poco tiempo; entonces le ato á la cola de un búfalo, que le arrastra no sin trabajo; la lluvia que cae sin interrupción desde hace veinticuatro horas conviértese en un diluvio, y no parece sino que todo el Pacífico se volatiliza á la vez para caer pesadamente sobre nuestras espaldas: el sendero que franquea la arista de la punta Bagoso está erizado de rocas agudas, y cortado por arroyos profundos y anchos lodazales. Yo me pregunto cómo los búfalos podrán franquear tan malos pasos, cuando uno de los animales, el mejor, como para darme la contestación, se agacha y resiste á todas las excitaciones; veo que se hunde en el fango; dos muchachos corren al pueblo más próximo para pedir auxilio; entre tanto dispongo que se descargue al búfalo, y ¡oh milagro! el animal parece renacer, y conseguimos sacarle de su lodazal, cargándole después con menos peso, porque la lluvia continúa y duplica el que cada uno lleva. Sólo pierdo en esta maniobra los cráneos de algunos monos. Pronto llegan varios bisayas de Quinablangán: estoy de suerte; el pueblo se halla á corta distancia, y mis muchachos han encontrado un misionero que, sin conocerme, me envia cuantos hombres estaban á su disposición. Los búfalos, aligerados de su carga, no se detienen ya; mi columna franquea rápidamente los últimos barrancos de la montaña; avanzamos en medio de plantaciones de *hidiup* (1), que sólo sirve aquí para la fabricación de la *tuba;* y á las cuatro de la tarde llego á Quinablangán, donde puedo dar gracias á la persona que me ha socorrido, el P. Raimundo Peruza, que debía marchar esta mañana: el mal tiempo y mi buena estrella le han retenido aquí, y comparte cordialmente conmigo todos sus recursos.

8 febrero. – Hoy tengo por compañero de viaje al P. Peruza, que va tambien á Dapnán, pueblo bisaya, donde encontramos al P. Quírico Moré, á quien ya había tenido el gusto de ver en Davao. En Dapnán hay mucha agitación, porque hace dos días los Mandayas atacaron algunas casetas del pueblo; en la refriega perdieron tres hombres, pero han matado seis bisayas, apoderándose de otros varios: han sido unas represalias, porque los indígenas de este punto hicieron lo mismo hace pocos días. Estas *vendettas* parecen aquí interminables.

Por la noche llego á Baganga, pueblo de mil quinientos vecinos, todos cristianos viejos, y mestizos de Mandayas y Bisayas los más.

9 febrero. – Me separo de los simpáticos misioneros que se reunieron conmigo ayer tarde, y prosigo mi marcha, en la que cada paso me aproxima al bienestar y á la civilización; mis compañeros se quedan aquí para siempre, sujetos á las privaciones en medio de los Bisayas y de los infieles. Semejante abnegación es verdaderamente admirable.

El P. Moré, que debe permanecer dos días en Baganga, me presta su caballo, el cual le enviaré desde la primera parada. La marcha de hoy es difícil para mis muchachos y los portadores. Toda la parte oriental de Mindanao está ocupada por una cordillera de altas montañas orientadas generalmente de norte á sud; las estribaciones de la principal siguen la dirección este; desde la punta Bagoso, estas estribaciones son más altas y escarpadas, y avanzan más en el mar, resultando de esta disposición una serie de ensenadas y bahías, separadas bruscamente por alturas, á través de las cuales no se puede avanzar sino con mucho trabajo; las franqueamos al fin siguiendo un sendero apenas trazado, obstruído por los bejucos, y cortado por numerosos arroyos ó barrancos; el suelo está formado por restos de madréporas. La marcha por el bosque produce al cabo de algunas horas una impresión penosa, y respiramos con más libertad al llegar á la orilla, aunque los chubascos, de los cuales no nos preservaba la vegetación, son muy copiosos.

La noche ha cerrado ya por completo cuando llego á Manaligao, pueblo de Mandayas. Estos nuevos cristianos parecen progresar mucho hacia la civilización, pues el teniente y el alguacil me preguntan si no podría facilitarles carabinas como la que llevo.

10 febrero. – ¡Albricias, ya no llueve! Me pongo en camino á las 6 de la mañana, y á las 8 llego á Santa Fe, ó Kapanaán, otro pueblo de reducidos. Marcelo consigue que le den dos huevos, uno de ellos podrido. En el bosque que hay más allá, Lorenzo, que ha nacido en Caraga, encuentra á su hermano, el cual suponía que se hallaba en Davao; los dos quedan estupefactos, pero no profieren ninguna de esas exclamaciones que los europeos prodigan en semejante caso; limítanse á estrecharse la mano, y después de una explicación de medio minuto, cada cual se va por su lado.

En las accidentadas alturas que dominan á Caraga se extienden vastas praderas, muy antiguas, pues ya las invaden los árboles. Todo parece indicar que la región ha sido siempre un punto predilecto para los indígenas.

Llegado á las once de la mañana á Caraga, permanezco aquí dos días: algunos días claros me permiten tomar buenas alturas, que me dan 7° 17′ 49″ latitud norte, por 124° 00′ 50″ longitud este de Paris. Reconozco con gusto que mis últimas observaciones convienen con la carta geográfica inédita de los señores Bustamante y Ruiz de Ribera. En este momento la región pasa por una de esas crisis que son resultado de la mala inteligencia, y también de los odios y rivalidades promovidas por los intereses.

Hay mucha agitación, á causa de una furiosa guerra entre Bisayas y Mandayas; no se oye hablar más que de casetas incendiadas y de degüellos.

12 febrero. – Salgo de Caraga á las 8 y media de la mañana, con diez y siete portadores. Los chubascos duran todo el día; recorremos una parte del camino por el bosque, y la otra por la playa; el suelo es muy accidentado; por todas partes hay rocas calcáreas, particularmente en las cascadas inmediatas á Caraga, donde llegan á tener algunas veintenas de metros, y las alturas están cubiertas de polípero en todos los estados de alteración: el levantamiento del terreno es aquí evidente.

A las cuatro de la tarde llego á Santa María, caserío de Mandayas, recientemente convertidos; su aspecto es fúnebre y ruinoso, como todos los de su especie. A las cinco estoy en Manay, caserío bisaya.



Viaje á Filipinas. – Hijas de un dato mandaya (centro de Mindanao).

13 febrero. – Todos mis portadores de la víspera vuelven á sus casas, y no es fácil hallar otros. Continúo mi marcha á las ocho y media, y dos horas después llego á Zaragoza, otro pueblecillo tan lúgubre como los anteriores.

(Continuará)

(1) Caryota onusta (Palm), se emplea en las Molucas para la fabricación de cables de excelente calidad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN